



FILLIAS

R. York

Philias

R. York

Filias

Título: Filias

© 2019, R. York

Del diseño de la cubierta: 2019, David Sicilia

Corrección y maquetación: 2019, RM Madera

Primera edición: Noviembre, 2019

Número de registro: 1811202932681

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Anexos sobre filias](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

—¡Sarah, date prisa! —gritó Paul con voz cansada, después de estar media hora esperando a que su cita se dignara a aparecer por la puerta.

Paul la estaba esperando dentro de su coche, aparcado a la puerta trasera de la casa de Sarah, pues sabía de su impuntualidad.

Sarah, excitada por la excursión que iban a hacer esa tarde, había estado pensando durante horas en la diversión que les proporcionaría la fiesta de coches clásicos que se celebraba en los Hamptons. Ella había asistido sin falta desde que el evento comenzara a celebrarse años atrás. Esta vez pensaba que sería especial, pues había conocido a Paul, propietario de un Shelby GT 500 del 67, un coche muy exclusivo. Desde niña, Sarah había sentido devoción por los coches: su sonido ronco, la velocidad, el duro metal de la carrocería, los asientos deportivos donde acomodarse a la perfección al incorporarse a la carretera.

—¡Sarah!

—¡Voy! —contestó ella mientras bajaba los escalones de dos en dos. Su piso se encontraba en la primera planta, por lo que se presentó en la calle en un minuto y con una sonrisa encantadora.

Aquella sonrisa borró el enfado que mostraba Paul tras la espera. Sarah se paró frente al coche y le dio un buen repaso, admirando su línea. Caminó un par de pasos más para acariciar el capó y el techo del coche mientras dejaba resbalar la mano hasta la manilla de la puerta del copiloto.

Paul observaba a Sarah convencido de que esa noche se divertirían. Estaba guapísima con esos pantalones vaqueros de color blanco, una camiseta de manga corta rosa y una cazadora de cuero negro. Una vez dentro del coche, Sarah se inclinó y le dio un beso a Paul. Él, feliz de cómo se presentaba la cita, arrancó el coche y se puso en marcha. Irían por la costa.

En carretera había mucho tráfico. Paul no quiso coger la autopista, sino que, por el contrario, fue bordeando la playa, tranquilo y disfrutando del paseo con su chica. Paul había reconocido a Sarah en su cafetería. En aquel momento, ella estaba colocando el pedido que acababa de recibir de vasos de plástico con sus tapas para no derramar el contenido. Ellos habían trabajado juntos tiempo atrás en una empresa de inversiones. Paul se había quedado prendado de Sarah en el mismo instante en el que la vio. Por su sonrisa blanca y perfecta, y por el cabello rubio con ondas que marcaba su bonita cara. Había entrado en el local con la intención de beber un café antes de ir a trabajar rápidamente. Su oficina se encontraba a unas pocas calles, pero cuando Sarah le dio la bienvenida tan jovial y alegre supo que llegaría tarde a trabajar.

Tres citas después de aquel reencuentro, Paul estaba disfrutando de una de las mejores citas de su vida. No podía creerse que a Sarah le gustaran los coches clásicos tanto como a él, cuanto más la miraba, más nerviosa y expectante la notaba por asistir al evento al que se dirigían. Sarah había bajado la ventanilla del coche. El viento revolvía su pelo sin que eso le importara. El reflejo del sol en el agua del océano indicaba que el día llegaría a su fin en unas horas. Paul

conducía distraído a ratos, pues no dejaba de observarla. Se dio cuenta de cómo se movía inquieta en el asiento, acariciaba continuamente el cuero mientras observaba la puesta de sol. Era la hora perfecta para dar un paseo por la playa. Paul decidió parar el coche a un lado de la carretera con suficiente espacio; a unos pocos metros se encontraba la arena de la playa donde podrían pasear descalzos, sintiendo el calor de la arena en los pies. Sarah miraba a Paul extrañada por esa parada, pero él la animó a salir del coche.

—Vamos —dijo Paul, señalando el mar.

—¿No llegaremos tarde? Habíamos quedado con tus amigos —preguntó Sarah, aún deseando pisar la arena un rato.

Paul había salido del coche y lo rodeó para abrirle la puerta por su lado y ayudarla a salir como un caballero de los de antes. Ella se vio tan contenta que le agarró la mano con fuerza mientras se dirigían a la playa. Pasearon por la arena descalzos, haciendo fotos de su paseo mentalmente, pues ambos habían olvidado el móvil en el coche y no tenían intención ninguna de romper aquel momento juntos para ir en su busca. Sarah era una chica inquieta y activa la mayor parte del tiempo, sin embargo, en ese lugar y acompañada de Paul, se sentía en calma, sin agobios ni plazos para realizar pedidos o entregar proyectos de trabajo. Paul rodeó la cintura de Sarah sin soltar su mano, así la acercó a él para darle un beso. Estaban a gusto el uno con el otro y eso no le había pasado a Paul desde hacía mucho tiempo. No quería soltar el abrazo, pero los estaban esperando.

—Ahora sí que tenemos que irnos. Si llegamos más tarde, no encontraremos un lugar donde aparcar —susurró Paul en su oído, sintiendo cómo Sarah suspiraba con fastidio.

Subieron de nuevo al Shelby GT 500 y pusieron rumbo al evento de coches clásicos. Cuando llegaron a los Hamptons de Blue, las calles rebosaban de gente pasándose bien, bebiendo y riendo ante la excitación previa a la fiesta. La carrera de coches era de entretenimiento y las realizaban los organizadores del evento. Ellos habían cubierto con vallas de seguridad el trazado y contaban con ambulancias por si acaso ocurría un accidente. Faltaba apenas media hora para que diera comienzo la carrera, los coches participantes se colocaban en las marcas de salida. Paul pasó de largo el centro del bullicio y continuó conduciendo hasta que vieron un lugar para aparcar cerca de la feria. Nada más aparcar y apagar el motor del coche, sonó el móvil de Paul. Su amigo Rob apareció en la foto de perfil del contacto de llamada; descolgó de inmediato y, sin dejar que lo saludase, le explicó que habían tardado en aparcar, pero que en ese momento se dirigían al Old Men, bar en el que habían quedado con Rob, Brian y sus respectivas parejas.

Salieron de prisa del coche, Sarah corría calle abajo mientras se colocaba el bolso estilo mochila, muy cómodo para la ocasión, mientras que Paul se vestía la cazadora vaquera. Ambos llegaron a la puerta del bar llorando de risa, ya que Paul había intentado ponerse la cazadora con una manga del revés. Así entraron en el local, provocando que sus amigos se hicieran muchas preguntas mientras reinaba el silencio por la conversación interrumpida, acabando con muchas risas tras la divertida explicación.

Después de tomarse una cerveza, decidieron darse prisa para buscar la meta de la carrera de coches para, al menos, ver el final y conocer el ganador.

Sarah pensaba que eran un grupo de amigos como muchos otros esa noche: bromeaban, reían, bailaban... sin embargo, ella se mostraba inquieta y nerviosa. Necesitaba colocarse el pantalón continuamente, se pasaba el botellín de cerveza de una mano a otra de forma compulsiva.

Sus amigos se habían colocado muy cerca de la meta de carrera: los coches se acercaban en ese momento al final del trayecto, podía oírlos. Sarah estaba hablando con Vanesa, la pareja de

Rob, pero no podía prestar mucha atención a lo que le estaba diciendo la chica. A medida que los coches se acercaban más notaba el rugir de los motores en su interior. Sarah plantó a Vanesa con la palabra en la boca y comenzó a correr hacia los coches que paraban tras la banda de colores: calientes, oliendo a gasolina y a goma de rueda. Todos sus acompañantes se quedaron mudos viendo como Sarah echaba a correr hacia los coches. Se detuvo frente a los que habían cruzado la meta primero: los ganadores. Sarah estaba frente a un Mustang rojo muy excitada; se acariciaba la cadera, el vientre, introducía un dedo de su mano libre por la cinturilla floja del pantalón vaquero, simulando que se colocaba la camiseta. Cuantos más coches llegaban a la meta, más se abstraía Sarah de todo el mundo. Necesitaba tocar los coches, su duro metal, acercarse al calor que desprendían los motores encendidos. La música que sentía en su interior al oír el rugir de los motores y el olor de la gasolina la estaba volviendo loca. Nunca se había sentido tan bien. Deseaba esos coches; quería sentir el cuero de los asientos en sus manos y por su cuerpo desnudo. En aquel momento, sentía la boca seca mientras se humedecía los labios con la lengua. Los coches clásicos eran una debilidad para ella, siempre buscaba su cercanía y su tacto. Sarah notaba como sus pechos se hinchaban y luchaban por salir de la cárcel que les suponía el sujetador. Intentó aliviarlos pasando un dedo por el borde, pero no era suficiente.

Paul observaba a su acompañante desde la distancia. Adoraba a aquella chica guapa y sexi a la que le gustaban los coches. Deseaba a Sarah. Paul se acercó a ella por detrás y la sujetó por la cintura, pensando que de esa manera no se le escaparía.

—¿Te diviertes, princesa? —le preguntó Paul muy cariñoso. Sarah disfrutaba de los mimos que le daba, pero su gran distracción era un Camaro amarillo aparcado justo en frente de ella.

Paul siguió su mirada hacia el coche que ella no perdía de vista y lo reconoció al instante: era el Camaro amarillo propiedad de su compañero de trabajo, quien se encontraba muy cerca de ellos. Paul reconocía los sentimientos obsesivos que un hombre podía tener hacia su coche, sin embargo, nunca había conocido a una mujer como Sarah.

—Siempre he creído que los coches tienen alma —respondió Sarah mientras giraba en sus brazos, quedando frente a él, bien juntos. Le pasó los brazos por el cuello y lo besó.

Cogidos de la mano se acercaron a su grupo de amigos para despedirse por ese día. El evento se había terminado y la gente pronto comenzaría a abandonar los Hamptons de Blue para regresar a la ciudad, al menos, la mayoría. Rob y Brian se quedarían a pasar la noche en casa de los padres de Vanesa.

Tras despedirse y prometer verse pronto otra vez, Paul y Sarah caminaron despacio y acaramelados hacia la feria donde habían aparcado el coche, bastante alejado del centro de la fiesta. Era la parte del pueblo más bonita que tenía la ciudad de Blue, al lado de la playa. El lugar estaba rodeado de pequeños comercios familiares, restaurantes y hoteles. Sus calles eran estrechas y de un solo sentido. Tras veinte minutos de paseo, pudieron apreciar la soledad de la calle, el contraste con el bullicio que abandonaron en el centro era muy notorio. Sarah no recordaba esa sensación de soledad cuando llegaron al evento horas atrás y buscaban un sitio donde aparcar el coche entre multitud de vehículos aparcados y gente de un lado a otro. Si no fuera porque estaba con Paul, a esas alturas le habría invadido el miedo y habría corrido hacia el coche en lugar de caminar.

Sarah había salido del centro del pueblo eufórica, pero, en ese momento, un escalofrío le recorrió la espalda: no veía a nadie por las calles por las que pasaba. Apretó más fuerte la mano que tenía agarrada de Paul, poniendo en evidencia su nerviosismo.

—¿Estás bien, Sarah?

—Sí —respondió ella mecánicamente.

Paul no se había fijado en que las calles estaban desiertas. Había recorrido feliz el camino de forma automática, pues lo conocía de memoria: había pasado muchos veranos en aquel lugar con su abuelo cuando era un niño. La reacción de Sarah no había sido exagerada: algo ocurría. El coche se encontraba a unos escasos cien metros y él también tenía ganas de llegar, era una sensación extraña, como si los estuvieran vigilando. Las farolas de la calle lucían de forma alterna en aquel momento, Paul creía que cuando habían llegado estaban todas ellas encendidas en dirección a la feria donde había todavía más luces, música y voces de gente disfrutando del ambiente festivo. A esas alturas, la inquietud y los nervios ya los había invadido, aunque no vieron a nadie caminando y las luces de la feria estaban apagadas, pues ya era bastante tarde. Cuando estaban a dos metros del coche, respiraron con alivio, sintiéndose estúpidos por ese momento de intranquilidad que habían sufrido.

Paul abrió el coche con la llave a distancia y desde el lado del acompañante sujetó la puerta a Sarah para que entrara. Cuando ya ella se encontraba a salvo en su interior, él rodeó el coche y se acomodó en el asiento del conductor. Una vez que se hallaban dentro del coche, comenzaron a reírse de la situación tan absurda que acababan de vivir. Paul se inclinó hacia delante rozando el volante con el pecho para poder quitarse la chaqueta vaquera que llevaba puesta y poder así conducir más cómodo. Lanzó la prenda hacia el asiento trasero y arrancó el motor de coche. Paul pisó el embrague y, antes de que pudiera meter marcha atrás, colocó la mano en una pierna de Sarah para tranquilizarla, pues parecía que estaba un poco nerviosa todavía.

—Nos asustamos sin motivo, Sarah. No pasa nada —procuró calmarla él, aunque sin demasiado éxito. Ella se había reído de la situación cuando entraron en el coche, pero tenía la impresión de que algo no iba bien.

—Está bien, cariño. ¿Podemos irnos ya? —le apremió ella.

Sarah se recostó en el asiento y apoyó la cabeza con los ojos cerrados un instante. Instante que aprovechó una sombra para colocarse delante del capó del coche. Paul debía salir hacia atrás para incorporarse a la carretera, ya que estaban aparcados en batería, pero se había quedado paralizado mirando al imbécil que se había plantado debajo de la farola mirando hacia ellos.

No podían verle la cara, el individuo se había cuidado de ir perfectamente cubierto. Llevaba una cazadora negra de talle largo con una capucha tan grande que no acertaban a verle la cara. Unos pantalones de montaña con bolsillos a la altura de las rodillas y botas y guantes también color negro: demasiada ropa para el poco frío que hacía en esa época del año. No se movía de la acera, se encontraba bajo la luz de la farola. No conocían sus intenciones. Paul miró a Sarah a la cara, pues notó que ella quería decirle algo, aunque no lograba articular palabra: Sarah solo acertaba a balbucear sin sentido. Paul movió la mano para coger la de su chica y lo siguiente que oyó fue un tiro.

—¡¡Noo!! —gritó Sarah mientras tiraba del brazo de Paul para intentar girarlo hacia ella y poder taponar la herida que este tenía en el pecho—. Por favor, Paul, aguanta. No te muevas. Llamaré a una ambulancia.

Paul acarició la cara de Sarah con una mano ensangrentada y luego la intentó sujetar por el brazo con la poca fuerza que le quedaba. Paul no podía hablar, tenía la garganta llena de sangre, por lo que lo único que consiguió fue rociar la cara de su amiga con gotas rojas. Paul había querido avisarla de que el hombre que los estaba atacando se acercaba al coche, ya no se encontraba en la acera bajo la luz de la farola, sino que había caminado sin prisa hasta la puerta del copiloto donde se encontraba Sarah.

Sarah, pese a haber estado gritando y llorando por el estado de Paul, escuchó como alguien abría la puerta del coche. Entró en pánico: el encapuchado estaba abriendo la puerta.

Paul apenas podía moverse y se estaba desangrando, aun así, no soltaría a Sarah para que ese loco se la llevara: la agarraba de la mano con todas sus fuerzas, que no eran muchas. El hombre introdujo medio cuerpo en el coche para romper la unión de la pareja y, de esa manera, arrastrarla a ella fuera del vehículo. Sarah no dejaba de gritar pidiendo auxilio mientras el hombre la tiraba en el suelo y le ataba los tobillos con una brida, sentándose a horcajadas encima de ella para impedir que se moviera e intentara escapar. Sarah pedía a su captor que la soltase a la vez que le golpeaba la espalda con la intención de molestarle y que la dejara libre. Paul estaba más débil a cada minuto que pasaba, pese a ello intentó taponarse con una mano la herida que le había hecho el disparo. Sarah, desesperada, intentó incorporarse para empujar al hombre con más fuerza, quien, al estar sentado encima de ella atándole los tobillos, le daba la espalda, por lo que tuvo que girarse para golpearla en el pecho con suficiente fuerza para privarla de aire durante unos segundos. Sarah giro la cabeza en dirección al interior de coche de Paul, que se encontraba aún con vida. Estaba recostado de mala manera en el asiento que ocupaba Sarah un momento antes. Ahora veía a su compañera en el suelo llorando y luchando por liberarse de aquel hombre que los había atacado. Paul se sintió inútil en aquel momento, sin poder librarlos de aquella situación. El asaltante puso otra brida en las muñecas de Sarah y le tapó la boca con cinta americana. En ese lugar nadie la iba a oír, pero lejos del resguardo del coche y la oscuridad de esa calle de la feria podrían cruzarse con alguien. El atacante tenía que mover el cuerpo de Sarah en silencio a partir de ese momento. Cogió a la mujer por las caderas para incorporarla y, sin mucho esfuerzo, la lanzó sobre sus hombros. El hombre cargó con ella hasta una furgoneta negra, donde abrió las puertas traseras y dejó caer el bulto en el interior.

—Pórtate bien y no sufrirás mucho —comunicó el encapuchado antes de cerrar las puertas del vehículo.

Sarah no podía creérselo: estaba secuestrada en una furgoneta con un hombre frío que no contestaba a sus preguntas ni tampoco la miró durante todo el trayecto. Llegaron a una finca apartada en medio del bosque; su secuestrador se dirigió hasta la sombra de unos árboles espesos donde se detuvo, paró el motor de la furgoneta en un lugar que ocultaba un poco más el camino que se dirigía al granero que se encontraba unos metros más adelante. O eso era lo que ella podía ver desde la ventana de la furgoneta. Sarah cerró los ojos muy fuerte. En ese mismo momento, se dio cuenta de lo que significaba que llevara los ojos sin tapar durante todo el viaje: Su secuestrador no le ocultaba el camino, porque nunca más lo iba a ver.

«Estoy muerta », pensó Sarah.

Capítulo 2

Arthur Doyle estaba recogiendo en una caja las últimas pertenencias que le quedaban en su despacho de la universidad. Durante años había sido su segundo hogar, allí guardaba todos sus triunfos médicos y docentes. Uno de sus trofeos más preciados era el primer libro que publicó sobre la mejor manera de proceder en una cirugía urgente, es decir, cuando la vida de un paciente se determinaba en segundos y dependía totalmente de la capacidad de resolución del médico que lo atendía.

En aquel momento, Arthur se despedía de toda una vida de logros como cirujano; luego, como profesor en la Universidad de la ciudad de Blue. Los últimos diez años los había pasado enseñando a los futuros médicos del país, dominaba la anatomía humana, conocía el cuerpo mejor que nadie, al menos, eso es lo que decían sus alumnos sobre él. Arthur había ayudado a los estudiantes con su formación básica, tesis y posgrados. Se sentía orgulloso de lo que habían conseguido muchos de ellos.

Cuando terminó de recoger todas sus cosas, cogió la caja que tenía sobre el escritorio y la posó en el suelo al lado de la puerta. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón caminó despacio hasta la que fuera la ventana de su despacho durante el tiempo que había pasado allí y se paró a observar la extensión de la ciudad universitaria de Blue. A Arthur le esperaba una nueva vida como hombre jubilado en un lugar que necesitaba de buenas acciones con las personas menos favorecidas. Salió de su letargo cuando llamaron a la puerta y esta se abrió despacio.

—Buenas tardes, profesor. Debemos irnos —anunció Mad mientras recogía la caja que él había posado en el suelo.

—Sí, ya no tenemos nada que hacer aquí.

El despacho se encontraba en una planta superior, por lo que ambos hombres se acercaron a la puerta del ascensor en medio del pasillo y tocaron el botón para llamarlo. Un timbre los avisó de que las puertas se abrirían. Echó una última mirada atrás, saludó a modo de despedida a un alumno que pasaba por su lado y ya todo había acabado. Las puertas del ascensor se abrieron para que entraran en él y volvieron a cerrarse hasta que llegaron al estacionamiento, cuando sonó de nuevo el timbre anunciando que ya estaban en la planta baja. Mad metió la caja con las pertenencias del profesor en el maletero del coche para luego ponerse al volante y salir de allí.

Después de media hora de trayecto en coche, ya se encontraban en el patio de la casa de Arthur a las afueras de la ciudad, la misma en la que habían vivido sus padres. En el interior de la casa lo esperaba el personal de servicio, la cocinera y la sirvienta. Ellas dos y Mad formaban parte de su familia.

Empezaba una nueva etapa en su vida; como médico había sido el mejor valorado por compañeros cirujanos y pacientes. En ese momento debía disfrutar de la tranquilidad que le ofrecía el campo para ser el mejor en otro campo: la publicación de novelas. Con todos los

conocimientos adquiridos durante años en los hospitales, sus libros de anatomía eran considerados la mejor guía a la hora de abrir un cuerpo, ya fuese vivo o muerto. Como reto personal, le esperaba una nueva y más activa vida social. Con estos nuevos propósitos en mente, Arthur sonrió a Mad cuando le abrió la puerta del coche para que saliera.

Había llegado a casa y cruzado el pasillo hasta la biblioteca donde le esperaba la sirvienta con una bandeja llena de correspondencia sobre la mesa de trabajo. La biblioteca era su habitación preferida de la casa, allí era donde escribía y estudiaba los nuevos avances publicados en revistas especializadas. Además de pasar horas leyendo en su sillón sobre la Edad Media, época en la que comenzaron a realizarse las primeras cirugías a personas enfermas y condenadas a morir por la falta de avances en un campo donde reinaba la religión y las supersticiones.

Arthur había pasado la tarde leyendo el periódico y poniéndose al día de lo que sucedía en la ciudad. En un mundo en el que lo primero era el dinero y el poder que este otorgaba, las relaciones personales se resentían a diario, las empresas se dividían entre socios por falta de acuerdos entre ellos mismos. Una persona sola al frente de una marca podía ser más poderosa que un gobierno. Todo lo movía el dinero.

Arthur tenía dinero y la capacidad de involucrarse en la vida social y política de la ciudad de Blue. Por mucho que le repugnara la idea de ser amable con los gobernantes era justo lo que debía hacer para ayudar a los pacientes del centro social en el que se había involucrado. Personas a las que nadie quería ayudar. Esa noche había una gala benéfica a favor de los planes de pensiones de la policía. Arthur, como persona influyente de la sociedad tanto por su trayectoria profesional como por la posición social elevada en la que su familia lo había dejado, estaba invitado a participar en el evento. Jack, el alcalde de la ciudad, lo había invitado personalmente, pues se conocían desde la infancia. Nadie obligaba a Arthur a asistir, por supuesto, pero consideraba que era necesario disfrutar de una vida pública con buenas relaciones sociales si de verdad quería encontrar las puertas abiertas y no cerradas durante su proyecto de ayuda a las personas del centro social.

Arthur posó el periódico que había estado leyendo sobre el escritorio de su biblioteca y se levantó del sillón dispuesto a darse una ducha y disfrazarse de caballero. A la entrada de la cocina encontró a Mary, su sirvienta, una chica joven y guapa pero con poco seso.

—Mary, necesito el esmoquin sobre mi cama en media hora —ordenó Arthur a la chica.

Mary era una joven dispuesta y eficiente, por lo que dejó sus agujas de tejer sobre la cesta de lanas que tenía en un rinconcito para ella cuando se sentaba a rato a descansar y, con una sonrisa destinada a su señor, desapareció por el pasillo en dirección al armario donde se guardaban los trajes de etiqueta.

—Señora Cook —llamó Arthur a la cocinera, dirigiendo su mirada hacia donde se encontraba la mujer—. Hoy no vendré a cenar, no deje nada preparado para mí. Aunque un trozo de ese pastel que está preparando me lo comeré encantado.

La cocinera sabedora de lo goloso que era su señor, sonrió y anotó mentalmente dejarle un plato a la vista mientras ambos reían cómplices. Arthur metió un dedo en el bol de la masa del pastel, ganándose un manotazo de la mujer por el gesto. Se dio la vuelta y salió de la cocina.

Una vez que se hubo duchado y afeitado para la ocasión, abandonó el baño privado para acercarse a la cama donde encontró el esmoquin negro perfectamente planchado junto al lazo de la pajarita, un estuche con dos gemelos de oro y unos zapatos bien lucidos a los pies de la cama. La ducha había sido larga y relajante. Una vez vestido para la ocasión, Arthur bajó a la primera planta de la casa donde lo esperaba Mad, también vestido con su mejor traje de fiesta y un abrigo colgado del brazo que le había entregado Mary para su señor.

—Buenas noches, Mad. Está usted muy elegante —saludó Arthur a su chofer.

—Sí, señor, Mary no me ha dado otra opción. Entró en mi cuarto como un huracán y dijo que hoy debía ir vestido en consonancia con usted —gruñó el hombre por la incomodidad de la camisa totalmente abrochada.

Mad colocó el abrigo sobre los hombros de Arthur y luego abrió la puerta principal por la que salieron los dos. Mad había aparcado el coche justo en la bajada de las escaleras y había dejado el motor en marcha. Arthur se encaminó hacia la puerta trasera del pasajero y la abrió, acomodándose en el interior del coche. Acción que provocó que Mad se sintiera incompetente por no haber llegado a tiempo para abrir la puerta del coche a Arthur, ya que ese era su trabajo. Entonces, Mad giró sobre los talones para dirigirse hacia el asiento del conductor.

Arthur había conocido a Mad en Europa cuando los dos eran jóvenes estudiantes de medicina. Mientras que Arthur se centró en aprender lo máximo posible sobre el cuerpo humano de manera obsesiva, Mad lidiaba con las relaciones sociales. No era solo un chico tímido, sino que detestaba a la gente, no le interesaba mantener una conversación con nadie salvo que esta tratase de cirugía. Mad era considerado un chico antisocial por sus compañeros. Todos fueron rechazados con sus invitaciones en algún momento de la convivencia en la residencia. Al no asistir a la fiestas de las hermandades, cumpleaños o partidos del equipo de fútbol de la universidad. Obsesivo y meticuloso, con el tiempo se ganó el respeto de sus profesores así como el de sus compañeros, aunque estos no confiaran en él del todo por su carácter introvertido. Arthur había conocido a Mad en la biblioteca. Se encontraba en una mesa tomando apuntes de un libro de anatomía, el que coincidía que también estaba buscando Arthur. Lejos de molestarlo o exigirle que le diera el libro como hacían aquellos que no se relacionaban con Mad, Arthur se sentó enfrente mientras esperaba que terminara de usar el libro, así él aprovechaba el tiempo acabando otras tareas. Luego compartieron opiniones, aunque Mad siempre contaba esa anécdota como desacuerdos.

Arthur estaba sentado en la parte de atrás del coche observando la rigidez que mostraba Mad en su postura.

—¿Qué pasa, Mad? ¿Te encuentras bien? —preguntó Arthur.

—Señor, sabe que es mi trabajo —contestó Mad molesto.

—Lo sé, pero es una simple puerta y estábamos solos en casa. No nos veía nadie. No eran tan importantes las formas.

—Usted me enseñó que se debe realizar un trabajo impecable o no comprometerse a ello —replicó Mad, sabiéndose ganador, pues solo había repetido las palabras que usara Arthur con anterioridad.

—Está bien, tú ganas, no volveré a interferir en las normas establecidas —dijo Arthur de forma amistosa para zanjar la conversación.

Veinte minutos más tarde en un silencio absoluto, llegaron a la puerta del hotel donde se celebraba la gala para recaudar dinero para los fondos de la policía. Aún dentro del coche, Arthur se colocaba la pajarita, sintiendo que llegaba demasiado pronto, ya que no veía mucho movimiento en la entrada del hotel donde se celebraba la cena. Por la ventanilla del coche, Arthur se fijó en la mujer con un vestido amarillo mostaza, con una caída muy sugerente que iba del brazo del inspector John Murriel, nuevo miembro ilustre de la policía de la ciudad de Blue. Ella le resultaba familiar, pero no recordaba de qué. La pareja caminaba deprisa como si llegaran tarde, aunque Arthur sabía que no era así, pues faltaban diez minutos para las nueve en punto. Por lo tanto, podría ser que los miembros del cuerpo de policía tuvieran la obligación de presentarse con tiempo extra a la cena por algún motivo propio.

A las nueve en punto, Arthur se encontraba bajo el marco de la puerta de la magnífica sala del hotel convertida en comedor. Su amigo Jack, el alcalde, le hizo una señal con la mano para que Arthur se acercara a su grupo de acompañantes. Arthur siempre se había sentido incómodo con mucha gente alrededor y mucho más siendo obligado a conversar con ellos por educación.

«JODIDA GENTE».

Sabiéndose uno de los hombres más influyentes de la sociedad de Blue, puso una de sus mejores sonrisas y, caminando despacio, se acercó en dirección a su amigo Jack. Este lo había asediado con llamadas durante semanas. Correos y mensajes al móvil con la única intención de conseguir su asistencia a la cena. Arthur, lejos de sentirse halagado, le asqueaba como las personas se manipulaban las unas a las otras en beneficio propio.

Jack estaba muy bien rodeado. A su derecha se encontraba el jefe de la policía de la ciudad, un hombre corrupto según los rumores, además de cornudo público, pues su mujer era la amante de uno de los hombres de seguridad personal desde hacía años. El jefe actuaba como si desconociera los hechos y ella era discreta. A la izquierda de Jack, se podía reconocer a la señora Annie Gold, jueza del tribunal legislativo. Era una mujer temible para sus adversarios, dura e implacable y con miedo a bajar el ritmo de trabajo, pues detestaba que pudieran considerarla débil.

Arthur llegó junto al grupo, se plantó al lado del alcalde y saludó con un gesto educado de cabeza.

—Buenas noches, Arthur. Te presento a la señora Annie Gold —saludó Jack mientras señalaba a la mujer.

—Señora —saludo él.

—Encantada de conocerle, profesor Doyle —contestó ella cordialmente.

Arthur apenas mostró interés por la mujer, sabía por la prensa que sus actos eran feministas en extremo. Una revolucionaria que quería subir los impuestos a los ricos. Él entendía que había necesidad de cambios en el ámbito laboral, como ayudas en un nuevo negocio durante los primeros años, facilidades para comprar un local o una nave industrial para expandir un negocio. Siempre había creído que el dinero se ganaba trabajando hasta caer rendido. La solución no era malvivir de ayudas sociales, sin trabajar ni aportar una parte a las arcas comunes del estado.

—Buenas noches, señores. ¿Cómo les va? ¿Ya conocen al nuevo inspector? Se dice que no es trigo limpio —preguntó Arthur con la única intención de provocar al grupo con una pregunta maliciosa y, en su opinión, divertida. Era el tema preferido de los ciudadanos los últimos días: la decisión del alcalde de nombrar al capitán de infantería de marina, John Murriel, como inspector de homicidios.

—Arthur, sabes que es una decisión meditada entre el jefe de la policía, aquí presente, y un servidor —confesó Jack, poniendo los ojos en blanco con resignación, pues los últimos días no había hecho otra cosa que contestar a esa misma pregunta a la prensa y a los curiosos—. El capitán es un gran investigador y tiene los conocimientos y la formación necesaria para desempeñar el trabajo.

—Claro, reconozco a un buen militar en cuanto le veo —señaló el aludido.

Annie Gold se dio cuenta del sarcasmo que mostraba el profesor con su respuesta, dando la sensación de que no aprobaba la decisión del jefe de policía ni de su amigo Jack.

Hasta donde ella había podido averiguar, el alcalde y el capitán habían coincidido en una visita a las tropas durante una misión complicada en el extranjero. El alcalde sabía del gran trabajo militar que allí se estaba haciendo y de las enormes pérdidas que sufrió el equipo del

capitán John. En aquel lugar hubo varias bajas en situaciones poco claras, al menos, eso era lo que se explicaba en los informes que ella había podido leer. Por supuesto, tanto secretismo con el pasado del hombre incitaba a pensar que algo había pasado en aquel lugar que se había querido ocultar.

—Profesor, ¿ha saludado al inspector? Si no lo conoce, puedo presentárselo. Yo tuve el gusto de conocerlo esta mañana en los juzgados. Un hombre de mundo como usted seguro que comparte muchas experiencias con él. Es un hombre tremendamente educado —comentó Annie para ver la reacción ante el ofrecimiento de presentar a ambos hombres.

Sorprendida se quedó ella al vislumbrar en la cara de Arthur que el militar no era digno de pasar un rato con él.

—Gracias por el ofrecimiento, señora jueza, pero, quizá, más tarde —contestó Arthur, pasando por alto la reacción de diversión de la mujer al proponer tal encuentro.

Arthur y Anne eran opuestos en los temas políticos y disfrutaban de provocarse el uno al otro.

—Supongo que podemos acercarnos a nuestra mesa para disfrutar de tan deliciosa y cara cena, siempre a favor de nuestro estupendo cuerpo de policía —anunció Arthur al ver cómo se estaba organizando el personal de los camareros de salón.

Jack, como alcalde, tenía reservado su asiento junto al jefe de policía, además del fiscal de la ciudad de Blue. La cena se celebraba a favor de las pensiones de los policías. Había invitados de la alta sociedad: banqueros, inversores, empresarios, jefes de prensa de los más distinguidos periódicos, personas adineradas que pudieran hacer un buen donativo a la causa. Por ese motivo, Jack había insistido en la presencia de Arthur, ya que era un gran amigo siempre dispuesto a ayudar a aquellos que lo necesitaban. Jack había sentado juntos a su amiga Annie y a Arthur. Ella tenía a su hermana pequeña ingresada en un centro de ayuda contra la drogadicción, con apoyo psicológico, tras pasar una época difícil como cocainómana. Él podría hacer mucho por la hermana de la jueza, siempre y cuando Jack consiguiera que ambos se sentaran juntos a cenar y se conocieran mejor personalmente. Así lo había planeado Jack, quien en ese momento estaba vigilando desde su mesa como transcurría la velada entre sus dos amigos.

Arthur estaba escuchando a la jueza atentamente mientras esta explicaba los detalles de la nueva ley de derecho a decidir de la mujer. Él era médico y a lo largo de su vida laboral había atendido a demasiadas mujeres maltratadas, violadas y obligadas a ejercer la prostitución que le habían pedido que, por favor, les sacara el «engendro» que llevaban dentro. Arthur entendía perfectamente la decisión de todas ellas y nunca tuvo ningún problema en ayudarlas sin pedir explicaciones. En ese momento, en algunos sectores de la sociedad se estaba cuestionando que ese derecho a decidir de la mujer excluía al padre. Arthur esperaba que no solo las mujeres violadas o maltratadas pudieran elegir, sino todas aquellas mujeres que no consideraran positiva la carga que deberían soportar con un bebé no deseado tuvieran la valentía de ejercer su derecho a decidir. Entendía todas las opiniones a favor y en contra, y las respetaba todas.

La jueza era una fiel defensora de la ley, ese debía ser el único punto que tenía en común con el profesor Arthur Doyle.

Arthur desvió la mirada un par de mesas a la derecha de su posición donde se encontraba la guapa acompañante del nuevo inspector del que todo el mundo hablaba esas últimas semanas. Estaban sentados juntos, aunque no se apreciaba excesiva complicidad, más bien se comportaban como se esperaba de ellos en un acto social en el que mucha gente los observa con curiosidad. A Arthur le resultaba familiar la mujer. Era muy joven, por lo que pronto descartó que hubiesen sido compañeros en el hospital. Sin embargo, era probable que ella hubiera estado entre sus conocidos

en la universidad donde había ejercido de profesor de anatomía y realizado varios cursos sobre la mejor manera de recoger pruebas forenses para su análisis durante los últimos diez años.

La chica se inclinó sobre el brazo del inspector John para decirle algo al oído. De inmediato, se levantó de la silla con expresión de aburrimiento y resignación. Arthur quiso entender que la chica estaba cansada del pomposo acto al igual que él mismo. El recorrido de ella acabó en la barra del bar, donde pidió algo al camarero.

—Disculpen, señores, ahora regreso con ustedes —dijo el profesor, incorporándose y colocándose la chaqueta del esmoquin que se había desabrochado para comer.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Annie, pues ella sospechaba que el hombre se estaba aburriendo con la conversación de leyes penales para delincuentes comunes.

—Sí, voy a saludar a un conocido.

Elsa estaba apoyada en la barra del bar esperando su copa. A su lado apareció un hombre de más de sesenta años que aún conservaba su atractivo. Ella sonrió, reconociéndole como su profesor de criminología en la Universidad de Blue cuando se animó a estudiar un curso corto para beneficio de su trabajo, el cual ese hombre impartía cuando abandonó la medicina y se presentó como profesor en un aula. Elsa sonrió sincera por primera vez en toda la noche, ya que le daba la impresión de que su profesor no la había reconocido.

Cuando él estuvo a su lado aún estaba confuso, intentando recordar de qué conocía a la chica.

—Lo siento, señorita. Estoy seguro de conocerla, pero no recuerdo de qué —se presentó Arthur.

—Buenas noches, profesor. Soy Elsa Parker. Fui alumna suya hace unos años me encantaban sus clases de criminología —se presentó también Elsa como una exalumna feliz con el reencuentro.

—Entonces ya sé quién es: Elsa. Era policía, ¿verdad? —recordó Arthur.

—Sí, esa soy yo, aunque en este momento soy inspectora en la comisaría número nueve del centro —parloteó Elsa orgullosa de su progreso.

Arthur recordaba a la chica en primera fila escribiendo todo lo que él explicaba, era una buena estudiante.

—Compré esta tarde su último libro sobre la mejor manera de proceder en una autopsia. Ahora mismo prefería estar en casa leyendo en lugar de aquí con personas tan ricas que no reconocerán nunca las necesidades de las personas de clase media o pobres —se lamentó Elsa para sí.

—Cuando lo acabe de leer, me gustaría invitarla a un café y resolver todas las dudas que pueda tener —se aventuró Arthur a pedirle una cita con un buen pretexto.

Elsa se daba cuenta del doble sentido de la propuesta del profesor, pero no le importaba. Arthur era un hombre muy interesante con el que podía compartir un café y dudas en sus casos de homicidios. El camarero llevó la copa que le había pedido Elsa, disculpándose por la demora, además de darse cuenta de que el hombre mayor que acompañaba a la joven no podía quitarle los ojos de encima. Elsa había elegido un vestido largo, con escote de pico en la espalda, que gracias a la caída de la tela marcaba su cuerpo a la perfección. El camarero se dio la vuelta para atender a otro cliente, pero no antes de sonreír ante la suerte del hombre que hablaba animadamente con la chica.

—Me encantaría quedar con usted para debatir opiniones. La verdad es que me resultaría muy útil dar significado a los diferentes cortes que sufre el cuerpo ante una agresión para realizar el perfil del asesino. Todas las marcas tienen un porqué —concluyó Elsa.

—Entonces le doy mi tarjeta para que se ponga en contacto conmigo cuando quiera. —Arthur le ofreció su contacto para que Elsa lo cogiera.

Ella se fijó en que su compañero, el inspector John, le hacía señales para que volviera a la mesa. Pronto comenzarían los discursos para convencer a los presentes de la necesidad de más donaciones, Elsa era la mujer más joven en ser inspectora en la comisaría nueve y seguro que sería mencionada. Y John, su compañero, era la novedad del momento como nuevo miembro de la policía con un pasado que llamaba la atención a muchos.

—Encantada de volver a verlo, profesor.

—Llámeme Arthur, Elsa. Nada de formalismos entre nosotros —alentó Arthur a la chica para tener una relación más informal.

—Está bien, acepto. Ahora tengo que disculparme, pero... debería volver a mi silla —coqueteó Elsa mientras cogía la tarjeta que Arthur le ofrecía.

Capítulo 3

El despertador sonaba otra vez esa mañana. Hacía diez minutos que Elsa lo había aplazado y no podía retrasarlo más: debía levantarse y prepararse para ir a comisaría. Era un día intenso de mucho trabajo por hacer.

En cuanto sacó un pie fuera de la cama, sintió un escalofrío y se puso la bata que tenía en un sillón. Elsa se levantó y, al mirar por la ventana, su ánimo decayó al ver que había amanecido un día lluvioso y gris. Uno más en esa ciudad deprimente. Se ató el cinto de la bata y, subiéndose el cuello de la misma, se encaminó a la cocina: un café caliente le ayudaría a entrar en calor. Cuando llegó a la cocina, recordó que la noche anterior se había olvidado de programar la cafetera, por lo tanto, no había café. Elsa le dio al botón de la máquina y mientras se hacía su preciado desayuno decidió irse a la ducha.

Duchada, peinada y más despierta, tomó una taza humeante de su droga legal preferida y la saboreó mientras leía sobre la isla de la cocina el prólogo del libro de su profesor, Arthur Doyle. A Elsa le parecía curioso que ese hombre se hubiera ofrecido a ayudarla con las dudas o preguntas que tuviera sobre su libro. Era una lectura intensa, eso desde luego, la anatomía forense era muy densa y técnica; en el fondo, le agradecía el ofrecimiento a resolver sus dudas, aun sabiendo que era un hombre muy ligón entre sus alumnas.

En ese momento, ella y su compañero tenían un caso complicado y sin muchas pistas, la clave siempre estaba en los signos de lucha que presentaba el cuerpo de la víctima y en los restos biológicos que pudieran analizar. Elsa terminó el café de un sorbo y apartó la taza. Sabía que cuanto antes llegara al trabajo, más posibilidades tenía de hablar la primera con la forense sobre el caso. Cogió su bolso y se encaminó a la puerta, pensando en la innecesaria presencia de su nuevo compañero: él era un militar acostumbrado a las guerras en el desierto, y ella tenía sus manías a la hora de seguir los hechos de un caso. No estaban encajando muy bien, eso también era un hecho, uno que su capitán se negaba a ver. Sin embargo, Elsa no daba nada por perdido: era cierto que necesitaban acostumbrarse a la forma de trabajar de uno y otro.

De camino a la comisaría, Elsa repasaba mentalmente el escenario del crimen que habían visto el día anterior: la víctima estaba totalmente desnuda y cubierta de sangre, pero el cuerpo había sido movido y trasladado, al menos, esa era la conclusión a la que habían llegado por las marcas y rozaduras que presentaba el cuerpo. Si por el contrario, el crimen hubiera sido cometido en el piso de la joven, las marcas de movimiento en la sangre y agarrones en el cuerpo no existirían. En un primer registro del lugar no habían encontrado ninguna manta o plástico ensangrentado en el que se pudiera haber envuelto el cadáver. Elsa no dejaba de pensar en cómo llegó el cuerpo a la cama de su casa.

John esperaba a Elsa en la puerta de comisaría. Había visto cómo su compañera giraba la esquina del edificio y decidió parar para entrar juntos. Le parecía raro que ella llevara dos días sin usar el coche para llegar al trabajo. Elsa le había dicho varias veces que no le gustaba el transporte público por las mañanas, pues había demasiada gente. John se permitió el lujo de

sonreír para sí mismo, pensando que había dado un golpe al coche. Si descubría que había pasado algo parecido, se reiría de ella una temporada, eso seguro. La perfecta conductora siendo una más en la ciudad.

—Buenos días, compañera —saludó, sin obtener más respuesta que una mirada y un movimiento de labios de los que John no escuchó salir ninguna palabra.

John abrió la puerta para que pudieran entrar en el edificio de la policía y, en silencio, se dirigieron a la oficina. Los inspectores entraron en comisaría con intención de conocer los datos de la autopsia que había recabado la forense antes de comenzar con los interrogatorios. Cuando llegaron a la mesa, encontraron una nota que les comunicaba que el informe que esperaban se retrasaría hasta la tarde.

Elsa se había sentado en su silla con desgana y comenzaba a echar un vistazo a sus notas del día anterior, aunque solo habían hablado con la asistente de Sarah durante unos minutos antes de que esta se viniera abajo por el disgusto de encontrar a la chica muerta en su domicilio. El día anterior no pudieron interrogar a ningún vecino, por lo que ese era buen momento para empezar. De todos modos, en comisaría no había nada que hacer hasta que tuvieran el informe con las causas de la muerte.

Elsa confeccionó una lista de preguntas para hacer a los vecinos: era el momento de conocer a la chica. Aun así, el comportamiento de los vecinos era un poco raro en ese edificio. Una chica había aparecido muerta en su piso de una manera perversa y nadie, salvo la mujer que la había encontrado, se había parado a hacer preguntas a la policía. Eso a Elsa le había parecido desconcertante, pues en la calle sí que hubo bastantes curiosos tras el cordón policial. Ella sospechaba que la chica no tenía una buena relación con las personas de su alrededor en aquel bloque de pisos.

—John, deberíamos aprovechar la mañana interrogando a los vecinos de Sarah, en lugar de ir por la tarde —dijo Elsa a su compañero con lo que consiguió que este separase la vista de las fotos.

—Tienes razón. De esa manera avanzamos trabajo y a la tarde hablamos con la familia que pueda acercarse a comisaría hoy —asintió él militar.

Los inspectores llegaron al barrio más lucrativo de la ciudad de Blue, conocido como el lugar donde se guardaba el dinero por la cantidad de bancos, empresas de inversiones y locales de ocio que se encontraban allí. Ambos se acercaron al portal del edificio de Sarah y enseñaron sus placas para que el portero les permitiera pasar al interior. Esa puerta era la principal, el día anterior habían pasado por unas escaleras pequeñas que daban a otra calle. El portero estaba en recepción hablando con un chico de mantenimiento.

—Buenos días, somos los inspectores Murriel y Parker. Necesitamos hacerle unas preguntas sobre Sarah Miller, la vecina del primero C —saludaron los policías con su mejor cara.

El chico que tenían frente a ellos, al otro lado del mostrador de recepción, era joven y alegre. Llevaba el uniforme más grande de lo que le correspondía, por lo que los inspectores pensaron que lo había heredado de algún compañero más corpulento.

—Buenos días, señores, yo les ayudaré con lo que pueda. Sarah era una chica estupenda. A mí me ayudó a adaptarme y a no confundir el correo de los propietarios: el presidente de la comunidad se enfada mucho con esos errores —contestó él solícito.

John había dejado a Elsa con el interrogatorio, mientras que él observaba el lugar. El recibidor del edificio era grande, la portería se encontraba al lado izquierdo y a la derecha, se encontraban unos sofás rodeados de plantas enormes: era un lugar para agradecer. El ascensor y las

escaleras se podían ver desde la puerta principal, por la que entraba suficiente luz para iluminar el espacio. Todo de la mejor calidad. John subió por las escaleras hasta el primer descanso donde se encontraban las tres puertas de las viviendas de los vecinos. El piso C, en ese momento, seguía acordonado con la banda policial. El pasillo, al igual que el recibidor, era un espacio muy luminoso con las ventanas de suelo a techo frente a las puertas de las viviendas. John estaba seguro de que el cadáver de la chica lo movieron y que no fue asesinada en su piso. Sin embargo, nadie llamó a la policía por haber visto algo sospechoso cuando las escaleras principales y las de la calle de atrás eran tan visibles a través de las enormes ventanas tanto de día como de noche gracias a las farolas de la avenida.

El inspector estaba observando el movimiento de los números rojos del ascensor al ascender desde el recibidor y, por casualidad, este se paró en el primero, justo donde él estaba. Al abrirse las puertas, se encontró con un vecino de mediana edad con traje, al que se acercó para presentarse como policía e intentar hacerle unas preguntas.

—Disculpe, señor. Soy el inspector John Murriel. ¿Conocía a Sarah Miller? —preguntó.

—No.

—Pero eran vecinos. ¿Hace cuánto tiempo que vive aquí? Sarah era una vieja inquilina — insistió, aun siendo consciente de que al hombre no le agradaba la situación.

—Mire, la chica era joven y juerguista. Cada día tenía un amigo nuevo y a los vecinos no nos gustaba que hubiese personas desconocidas por el edificio todos los días —dijo el hombre, insinuando que estos podían saber algo más.

—Está bien. ¿Sabe de algún vecino en concreto que tuviera suficiente resentimiento hacia la chica para provocar o facilitar que le hicieran daño? —preguntó John mientras se fijaba en los gestos de confusión del hombre.

—No, no sé nada y creo que ya he hablado demasiado. Disculpe, pero tengo que ir a trabajar —se despidió el vecino mientras salía apresurado del recibidor del primer piso hacia la puerta de su domicilio.

John no sabía qué pensar, ese hombre parecía querer decir muchas cosas, pero no había querido mostrarse colaborador: las preguntas que John le había hecho provocaron que el hombre se pusiera nervioso y el inspector no sabía por qué. Se encontraban en un buen barrio donde a veces las apariencias lo eran todo, probablemente, la vida de una joven a la que le gustaba mucho salir no fuera del agrado de los que vivían allí. John pensaba que la chica había sido asesinada en otro lugar y la trasladaron al piso más tarde, sin embargo, ese hecho no eximía a los vecinos de haber participado dando información a quien no debían.

Durante el resto de la mañana, los inspectores se dedicaron a hablar con el resto de los inquilinos del bloque; muchos de ellos estaban en el trabajo o habían salido, según pudieron averiguar gracias al portero; otros estaban en su casa, pero fingieron no estar cuando la policía llamó a su puerta.

Elsa y John salieron hasta una cafetería enfrente del edificio, observando las entradas y salidas de los vecinos del bloque mientras comían un sándwich a media mañana. Apenas se entrevistaron con un par de personas mientras estuvieron en el interior del edificio, sin embargo, en ese momento no dejaban de ver mucha gente susurrando entre ellos a la salida del mismo. Elsa estaba convencida de que algo ocultaban, pero coincidía con su compañero en que iba a ser difícil que alguien hablara si no lo pillaban en una renuncia. El portero, en cambio, había sido más hablador, pues Sarah se había portado bien con él cuando consiguió el trabajo. Había dicho a Elsa que la chica tenía problemas con las vecinas casadas, pues constantemente pillaban a sus maridos

mirando a la joven, y las mujeres se juntaban para provocarla escondiendo su correo o dejando en su felpudo notas de amenazas. A Sarah, lejos de molestarle, esa situación le divertía e ignoraba los hechos. Esa información es la que había dicho el portero a Elsa y el vecino al que interrogó John también había dado a entender lo mismo.

La situación no era más que una relación entretenida entre los vecinos, pero eso no justificaba un asesinato. Sin embargo, no podían descartar que alguno de los inquilinos se tomara demasiado en serio el juego. Necesitaban conocer más cosas sobre la vida de Elsa.

Los inspectores regresaron a la oficina tras recorrer el barrio hablando con los vecinos de la víctima y con aquellos clientes de la cafetería de la chica. Los empleados tenían en alta estima a su jefa, la describían como una joven trabajadora, alegre y emprendedora. El personal decía de ella que tenía muchos amigos de su paso por la empresa de inversiones en la que había trabajado desde que había terminado sus estudios. Un trabajo que a Sarah le gustaba mucho y que se le daba genial. Sus excompañeros inversores respetaban mucho sus análisis financieros, pues era algo que le apasionaba. Sin embargo, Sarah había dejado ese mundo por el estrés constante y la creciente presión para asumir más responsabilidades. Durante años, ella fue el mejor activo según su jefe, hasta que decidió abandonar el puesto cediendo los clientes a su mejor amiga, quien trabajaba en la misma empresa.

Para una chica con dinero, sin ganas de formar una familia y deseosa de pasarlo bien, no le faltaban amigos. Un vecino del mismo barrio donde se encontraba la vivienda y la cafetería de la chica le contó a la policía que cuando más feliz había visto a Sarah era mientras conducía los coches deportivos de aquellos amigos trajeados con los que salía.

—Tenemos mucha información sobre el día a día de Sarah, pero nos faltan nombres —dijo Elsa, sentada de nuevo en su mesa de la comisaría mientras John intentaba escribir sobre la cronología de la muerte de Sarah.

—Lo sé, deberíamos hacer una visita a su antiguo lugar de trabajo y averiguar si alguien la vio ese fin de semana. Nosotros sabemos por la encargada de la cafetería que tuvo una cita el sábado por la tarde —informó John, recordando datos de las entrevistas de esa mañana.

—Tenemos que encontrar a su cita —sugirió Elsa.

Elsa estaba cómoda en la silla cuando sonó el teléfono de su escritorio. Se abalanzó sobre él y descolgó el aparato deseando que la forense estuviera al otro lado de la línea telefónica. Así era. Elsa hizo un gesto de asentimiento a su compañero con la cabeza para informar de que por fin tenían el resultado del informe forense. Es decir, respuestas del cómo había muerto la chica. Lo que habían estado esperando durante todo el día.

—¿Chicos, podéis bajar al laboratorio para entregaros el informe yo misma? No quiero enviarlo sin explicaros algunas cosas —pidió la forense a los inspectores.

—Claro que sí, Ruth, bajamos enseguida —contestó Elsa.

John y Elsa estaban en el pasillo del laboratorio del departamento de policía de la ciudad de Blue. Ellos se sentían entre sorprendidos y ansiosos por saber qué era eso tan importante que Ruth no había querido decir por teléfono. Los inspectores llegaron a la puerta y la empujaron hacia dentro de la sala sin demora. Prácticamente, entraron los dos a la vez para disfrute de la forense.

—Hola, chicos, ya estáis aquí. Qué pronto —comentó ella.

—Nos dijiste que debías explicarnos algo —contestó John.

—Explicaros no, pero sí enseñaros una marca en el cuerpo de la víctima. He escrito en el informe que fue torturada antes de morir, pues la cantidad de sangre perdida indica que el cuerpo aún estaba con vida cuando le provocaron esos cortes: su gran diámetro y la poca profundidad

indican que no buscaban quitarle la vida de una forma rápida —argumentó la forense.

—¿Por eso nos has hecho venir? Normalmente, eso nos lo das por escrito, Ruth. ¿Hay algo más? —preguntó Elsa.

—Sí, quiero que miréis una marca que encontré en el pie izquierdo —explicó Ruth.

La forense quitó la sábana que cubría el cuerpo de la joven y señaló los pies. El derecho mostraba unas rozaduras alrededor del tobillo, lo que daba a entender que la chica había estado inmovilizada, pero el pie izquierdo, además de la atadura, lucía el dedo pulgar cortado con una especie de sierra dentada que desgarraba la carne. Elsa se mostró asqueada con la imagen, por lo que Ruth, al ver su reacción, cubrió de nuevo esa parte del cuerpo y terminó mostrándoles la mano izquierda con las uñas pintadas de rojo sin cuidado ninguno.

—¿Crees que el asesino escenificó un juego con ella? —preguntó John.

—No sé lo que puede significar. Yo solo os muestro lo que veo, el resto es cosa vuestra. Aun así, pienso que ninguna mujer se hace la manicura en una sola mano y, mucho menos, a brochazos —presentó Ruth su conclusión.

—Entonces buscamos a un sádico, pues muestra un juego de tortura y planificación —argumentó John formando una hipótesis.

—En la mesa de ahí detrás hay dos copias de mi informe. Suerte con la investigación, inspectores. —Y así dio por terminada la reunión la forense.

Ruth conocía a Elsa desde hacía años, sabía que era una buena investigadora, pero no le gustaba la actitud que mostraba con su nuevo compañero; ella misma había compartido más de un almuerzo con él y era muy capaz de estar a la altura de su compañera. Elsa debía dejar de mostrarse distante y conocer mejor a John.

John y Elsa estaban de regreso a sus mesas después de haber estado hablando con la forense las causas de la muerte de Sarah Miller. Aunque el cuerpo de la chica presentaba numerosos cortes y hematomas, la causa de la muerte había sido un corte certero en el cuello. Ese que había permitido que la chica se desangrara por completo. La forense había hallado numerosos residuos entre las uñas rotas y desgarradas, fragmentos de piel que ellos esperaban que fueran del asesino y así poder buscar su ADN en la base de datos de la policía, y esperar que el individuo estuviera fichado.

Una vez en sus mesas, asimilaron toda la información que tenían hasta la fecha. John se encargó de colocar una foto de la víctima en la pizarra y resaltar con un rotulador las zonas del cuerpo de la chica donde había sufrido los peores cortes durante su tortura. El asesino había demostrado tener un amplio conocimiento sobre el cuerpo humano al realizar cortes y pequeñas puñaladas de una forma tan precisa para provocar que la víctima sufriera una muerte lenta.

Un agente se había acercado a la mesa de Elsa y John para avisarles de que la madre y la asistente de Sarah Miller estaban en comisaría para hablar con ellos. La noticia no los pilló por sorpresa, porque esperaban esa reunión, pero sí que contaban con haber tenido tiempo para dar la vuelta a la pizarra y evitar así que las mujeres vieran las fotos de la chica muerta. Ambos inspectores se levantaron para recibirlas.

—Hola, buenas tardes —saludó Isabel Molina a la vez que presentaba a Miranda Miller, la madre de la chica asesinada—. Ella es la madre de Sarah. Ha llegado a Blue esta mañana.

—Inspectores, ¿cómo podemos ayudarles para acabar con esto? —preguntó Miranda.

—Señora, siéntese por favor —propuso Elsa, señalando las sillas para invitadas mientras ella acercaba también su asiento a la mesa.

Miranda Miller era una mujer orgullosa e intentaba mostrar su entereza con una postura recta

y cabeza alta, que daba la impresión de no confiar en la policía. En cambio, Isabel se mostraba muy afectada, de vez en cuando se le caían las lágrimas y sobaba el pañuelo de papel entre sus manos.

—Está bien, comencemos —empezó Elsa—. Necesitamos saber si Sarah tenía problemas con algún cliente de la cafetería o con alguna pareja. ¿Conocían ustedes a alguien cercano que quisiera hacerle daño?

—No, yo no conocía a los amigos de mi hija aquí en Blue. Ella era muy celosa de su vida privada, incluso Isabel era una desconocida para mí hasta hace unas horas —respondió la madre de Sarah.

Durante la conversación con Miranda, los inspectores se dieron cuenta de la frialdad que mostraba la mujer en todo momento, daba la impresión de no afectarle la situación, algo impensable para una madre. O, simplemente, se ahorra hablar con la policía de la cual no esperaba que encontraran al responsable de la muerte de la chica.

—Sabemos que Sarah era una mujer independiente, muy capaz en los negocios. Llevaba una cafetería de éxito en el centro de la ciudad donde sus clientes eran empresarios e inversores, incluso, antiguos compañeros suyos de su anterior trabajo que, por lo que hemos podido comprobar, nunca perdieron el contacto. ¿Alguna de las dos había oído hablar a Sarah de novio o pareja? ¿Alguien con quien mantuviera una relación especial? —preguntó John un poco impaciente por obtener alguna respuesta útil. Sarah era descrita por sus empleados y amigos como una persona sociable y cariñosa.

—Yo sé que ella estaba ilusionada con Paul, un chico que había trabajado con ella en la empresa de inversiones hace años —confesó Isabel, sin saber muy bien cómo reaccionaría la madre al hecho de que su asistenta supiera más cosas relacionadas con su hija que ella.

Elsa ya había hablado previamente con Isabel el día que encontraron el cadáver y el siguiente por teléfono para concertar la cita con la policía que se estaba desarrollando en ese momento. Isabel le tenía cariño a la chica; solía subirle al piso el almuerzo antes de que ella terminara las tareas del hogar y, en esos momentos, aprovechaban para hablar de sus cosas como dos amigas. La señora Miranda no compartía la decisión de su hija de vivir en la ciudad de Blue después de terminar sus estudios en la misma. El lugar de Sarah estaba en su casa ocupándose de la empresa maderera de la familia, decisión que las mantenía distanciadas.

—Inspectores, mi hija vivía en una ciudad peligrosa. Estoy harta de escucharlo por las noticias. La policía casi nunca encuentra a los culpables de los asesinatos de las jóvenes de otro lugar, aunque, sinceramente, espero que esta vez sea diferente. Yo solo quiero llevarme su cuerpo y poder enterrarla en paz —dijo Miranda, visiblemente afectada con los horribles detalles que se habían descrito del caso.

—Está en todo su derecho, señora. Procuraremos no molestarla si no es necesario —terminó John la conversación, buscando la complicidad de Elsa.

Tendrían que buscar información en otro lado, pues esas dos mujeres no sabían nada que pudiera ayudar a la investigación.

—¿Puedo irme? —preguntó Miranda a los inspectores.

—Sí, claro —contestó Elsa, viendo cómo la mujer abandonaba la silla en la que se encontraba y también a Isabel.

—Gracias por ayudarnos —dijo Elsa a la asistenta, quien abandonó el lugar sola y contrariada.

Capítulo 4

Las bombas caían una tras otra contra objetivos enemigos. John y el sargento de su unidad, Luc, se encontraban en el último piso de un edificio abandonado. Desde ese lugar tenían una vista privilegiada de los accesos al pueblo donde se hallaban. Los camiones de la milicia de la zona hacía tiempo que no se movían, pues llevaban horas sin observar movimiento alguno durante la noche con sus miras infrarrojas. La misión de la unidad de John consistía en encontrar a los cabecillas de la célula que tenía planeado atacar contra la base militar. El general de la base había recibido el soplo a través de agencias de investigación privadas sobre los planes del enemigo. El caso era que no podían evacuar a todos los soldados de la base a otro lugar, pues en la enfermería había hombres con heridas graves por las misiones realizadas en territorio de conflicto activo. Además de que todos los equipos podían ponerse en peligro en el traslado a otra base. Por lo tanto, la unidad de operaciones especiales de John era la encargada de encontrar y eliminar a quienes pretendían atentar contra ellos. El cabo de infantería de marina, Mike, estaba situado dos pisos más arriba de la posición de John y el sargento, como francotirador, en la azotea del edificio. El ambiente se sentía en calma. Solo un camión se acercaba a la planta baja del edificio de enfrente situado a cincuenta metros. Mike no había visto salir a nadie desde entonces. John, desde su posición más baja, escuchó el ruido de la puerta metálica al abrirse, arrastrándose hacia un lado por una línea corredera en el tejado de la nave. Se asomó discretamente a la ventana con su mira nocturna mientras el sargento apuntaba con el rifle hacia el mismo lugar.

Lo último que John y el sargento pudieron ver fue el resplandor de una bazuca que se dirigía a su edificio, lugar donde se encontraba su francotirador.

John se despertaba empapado en sudor todas las mañanas en su minúsculo apartamento de la ciudad de Blue. Rememoraba las mismas pesadillas sin descanso desde que Mike había muerto y Luc y él habían resultado heridos en el desierto, donde habían perdido a un gran amigo.

John se levantó de la cama en calzoncillos y se dirigió al mueble bar que había en el salón: el *whisky* era su mejor desayuno. Con el vaso en la mano, se sentó en el sillón que miraba por la ventana mientras observaba cómo se despertaba la ciudad.

John, decidido a no dejar que sus pesadillas acabaran con él, posó el vaso en la cocina, para luego encaminarse a la ducha y empezar el día lo mejor posible. Esa mañana debían entrevistar a los antiguos compañeros de trabajo de Sarah Miller: era necesario encontrar al chico que había quedado con ella el fin de semana antes de su desaparición. Una vez que el inspector estuvo despejado y listo para continuar con la investigación, se encaminó a la puerta de su apartamento decidido a buscar a su compañera inspectora con un café y una sonrisa. Pensando que, con un poco de suerte, conseguiría mejorar la relación que tenían entre ellos, que hasta el momento era un poco tensa.

Cuando caminaba por la acera de la calle próxima a la casa de Elsa, John recordó la empatía

de Elsa con la vida de privilegios que había tenido la chica tras haber terminado los estudios universitarios al ser contratada por una gran empresa de inversiones. John no lo había entendido en un principio. En cambio, en ese momento que estaba frente a la casa de Elsa o eso pensaba él, tras seguir las indicaciones de su dirección en el móvil, comprendió la actitud de Elsa. Ella vivía en una casa en el centro de la ciudad, en un barrio que no muchos policías podían permitirse. Mientras John caminaba hacia la puerta número seis le daba vueltas al porqué de las reservas de Elsa con Sarah Miller cuando ella también formaba parte de una sociedad acomodada.

—Vamos allá —susurró John, quien había llamado al timbre hacía dos segundos cuando su compañera se asomó a la ventana del primer piso y, al ver que era él quien esperaba en la calle, lo instó a esperar con un gesto de la mano.

—Hola, buenos días, adelante —saludó Elsa, sorprendida de ver a su compañero en la puerta de la casa—. ¿Cómo es que vienes por aquí hoy? ¿Tenemos algo pendiente? —preguntó ella.

—No, pero me apetecía ir al trabajo caminando y decidí rodear un poco. Vives en un barrio muy bueno. Cuando miré la dirección de tu casa en los datos que me diste el primer día que nos conocimos no me di cuenta de que era el centro hasta que giré en la esquina —explicó John, intentando no sonar sorprendido, aunque eso era difícil porque realmente lo estaba y cada vez más mientras se acercaba a la enorme cocina que incluía una sala de estar que llegaba hasta la ventana de enfrente.

—Bueno, esta no es mi casa. Era de mi prometido y cuando murió me enteré de que la tenía a mi nombre. Nunca entendí por qué lo hizo antes de casarnos, pero es así —contestó Elsa sincera, aunque a lo mejor en demasía, pues en esos momentos pensaba que no era información que pudiera interesar a su compañero—. ¿Quieres un café mientras termino de arreglarme?

—Vale, así le doy una vuelta al informe que veo encima de la mesa antes de ir a hablar con los compañeros de trabajo de la chica. No te preocupes por mí.

El informe de la forense había resultado ser muy específico, tanto, que los inspectores estaban convencidos de que buscaban a alguien que conocía a la víctima y, por alguna razón, la tortura para infringirle dolor. Lo que esperaba John es que no fuera al contrario y la tortura que sufrió la chica no hubiera sido por placer para el asesino, pues si eso resultaba ser cierto, estaba convencido de que habría más chicas muertas. No era el único que pensaba de esa forma: la forense quiso que los inspectores vieran con sus propios ojos los indicios claros de un posible ritual que habían llevado a cabo por placer... o eso parecía.

Elsa bajo por las escaleras con prisa para no hacer esperar a su compañero mucho tiempo. Cuando llegó a la isla de la cocina apoyó la cazadora de cuero en ella y se sirvió un café en el termo para llevárselo consigo. Se había vestido cómoda con unos vaqueros y unas zapatillas de deporte. Tenían una agenda que cumplir muy saturada durante todo el día y, además, debían moverse por lugares bastante alejados unos de otros: la oficina de inversiones se encontraba en el distrito financiero de la ciudad y la comisaría estaba en el centro, dos lugares con mucho tráfico. Elsa recogió la cazadora y se vistió rápido, metiendo en su bolso de bandolera las llaves, el móvil y la carpeta que le entregaba John, rescatando de la isla de la cocina el termo de café para salir juntos por la puerta.

Una vez en la calle, Elsa se relajó mientras reorganizaba las prioridades del día en su cabeza.

—John, ¿qué te parece si nos acercamos primero al distrito financiero? Así, luego en comisaría ya esperamos la visita de la amiga de Sarah y marcamos los interrogatorios de sospechosos —preguntó Elsa.

John notaba a su compañera nerviosa, quería organizar la agenda de manera rápida por algún

motivo que él desconocía. Mejor no le preguntaría qué le sucedía para marcar ese ritmo de visitas, quería mantener el buen rollo.

—*Ok*, sin problema — contestó John.



Eran las ocho de la mañana y en el distrito financiero todo el mundo estaba histérico. Las acciones de una importante compañía de aviones comerciales habían caído empicado tras el anuncio de divorcio de sus dos socios. Con la incertidumbre de cómo se dividiría la empresa muchos compraban, pues creían en una recuperación de los valores y otros vendían, pues lo probable era la quiebra. Scott Lie se encontraba en su despacho, esperando las conclusiones de sus analistas sobre lo sucedido y el motivo de que no hubiera sabido nada hasta el anuncio oficial de esa mañana.

En ese momento, su secretaria estaba llamando a la puerta de su despacho. Scott sabía perfectamente que era ella, pues las puertas eran de cristal con un diseño borroso por el que apreciaba su silueta. A la mujer la acompañaban dos inspectores de policía mostrando sus placas en el cinto del pantalón. Scott se puso la americana del traje formal e indicó que pasaran con un gesto de cabeza. Una vez la puerta estuvo abierta, las tres personas que se encontraban en la entrada de la oficina, que presidía la planta llena de mesas con teléfonos, se saludaron.

—Buenos días. Somos los inspectores Parker y Murriel, nos gustaría hacerle unas preguntas sobre un empleado de esta oficina —se presentó Elsa.

John, más tranquilo que su compañera, estrechó la mano del empresario mientras este se sentaba de nuevo en la silla detrás del imponente escritorio y los invitaba a hacer lo mismo. Una vez todos estuvieron sentados en su lugar, John sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta. Tenía apuntadas unas preguntas de dudas sobre el hombre que, supuestamente, había salido con Sarah el sábado por la tarde.

—Ustedes dirán —dijo Scott, impaciente por saber que hacía la policía de homicidios en su oficina. Con un vistazo rápido, controló quiénes faltaban en sus mesas cerca de los teléfonos un día tan importante como el que estaban viviendo. Si no estaba muerto, lo mataría el mismo por no estar presente.

—Necesitamos conocer la relación que tenían dos empleados suyos. Bueno, en realidad, Paul porque Sarah había dejado el trabajo hacía un tiempo. ¿Eso es correcto? —preguntó John.

—Sí, Sarah se fue hace bastante tiempo. Era una de las mejores analistas que teníamos, su intuición nos hubiera ahorrado el día de hoy —comentó, señalando el caos que había en la oficina—. Probablemente, ella tendría toda la información que nos falta sin despeinarse. La capacidad para conocer a las personas y sus intenciones siempre nos sorprendió a todos. La chica olía el dinero. Yo le ofrecí un ascenso con más comisiones, pero lo rechazó. Dijo que ya tenía bastante —recordó nostálgico Scott.

—¿Qué relación tenía con Paul? —preguntó Elsa esta vez.

—Perdón. Me están hablando en pasado. ¿Ha ocurrido algo? —se interesó Scott—. ¿Se encuentran bien?

—Paul fue hallado muerto en su coche y a Sarah la encontraron muerta en su apartamento hace dos días. —Elsa le dio unos segundos al empresario para que asimilara la información—. Su asistente nos dijo que el sábado habían salido juntos a un evento de automóviles clásicos.

—Sí, bueno, no sé qué planes tenían. Ni siquiera sabía que se veían, pero no me extraña que hubieran ido a una fiesta de ese tipo: a los dos les gustaban los coches deportivos de la época que fuera. No puedo creer lo que me han contado. ¿Lo sabe la familia de Sarah?

—Sí, ayer hablamos con su madre. ¿Sabe de alguien que quisiera hacer daño a la chica? —continuó John con la entrevista.

—No, aquí todos le tenían mucho cariño. La buscaban para consultarle sobre alguna inversión, se preocupaban por el estrés que sufría... Nadie le haría daño. Me consta que cuando abrió la cafetería la visitaban antiguos compañeros como Paul, con la excusa de necesitar un café, para preguntarle qué haría ella en algún momento. —Un minuto más tarde Scott sacudió la cabeza como si quisiera quitarse una mala idea—. Había un hombre mayor que ella que la esperaba a la salida del edificio. No tardó en convertirse en una situación desagradable, ya que la llamaba a todas horas. No sé nada más. La verdad, tampoco creo que ese hombre la pudiera matar —concluyó el empresario, pasándose las manos por la cara sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—¿Sabe el nombre de ese hombre que llamaba a Sarah? —quiso saber John.

—No, qué va.

—¿Paul y Sarah tenían una relación o se veían de vez en cuando? —preguntó John de últimas.

—Creo que no tenían nada serio, pero eso lo sabrán mejor los amigos de fuera del trabajo. —Scott no podía continuar con la conversación, era demasiado. Tenía que llamar a la familia de Paul e interesarse por cómo lo estaban llevando todo—. Disculpen inspectores, pero no puedo seguir con vosotros. Tengo un día muy difícil y acaba de empeorar con las noticias que me han dado.

—Está bien. Por favor, si recuerda algo que pueda ayudarnos, no dude en ponerse en contacto con nosotros. Coja mi tarjeta —se despidió Elsa.

Elsa y John abandonaron la oficina del jefe de Paul y Sarah muy confusos. Nadie entre las personas que se relacionaban con los dos chicos todos los días podía contarles algo que les ayudara a dar con un sospechoso. Elsa pensaba hablar de nuevo con Isabel para preguntarle por los amigos con los que fueron al evento de coches clásicos, aunque sabía que el asesinato de Paul lo llevaba otra comisaría, pues el cuerpo del chico apareció dentro de su coche en los Hamptons. Aun así, Elsa llamaría a los compañeros inspectores del caso para ver si podían ayudarse, al fin y al cabo, sucedió todo el mismo día.

Después de un paseo tranquilo y pensativo, organizando la estrategia a seguir, llegaron las doce del mediodía y John necesitaba comer algo: su desayuno había sido una copa de *whisky* y un café en casa de su compañera. Él propuso a Elsa que pararan a tomar algo antes de regresar a comisaría, de todos modos, estaban un poco atascados con la investigación. Necesitaban organizarse y buscar nuevas líneas de investigación. Decidieron almorzar en una cafetería que ofrecía platos combinados. Estaba en hora punta. Todos los trabajadores de la zona de oficinas habían decidido salir a la misma hora; unos recogían sus pedidos para llevar y otros, como Elsa y John, decidieron sentarse en una mesa.

John recordaba los primeros días en la comisaría, cuando había entrado por la puerta como inspector de policía y el capitán le había presentado a su compañera. Elsa Parker era una chica orgullosa y con el mejor registro de casos resueltos en su oficina. Se decía de ella que era adicta al trabajo y que tenía una habilidad especial para desarrollar perfiles criminales. A la chica no le hizo ninguna gracia que su superior le endosara a un militar sin experiencia como inspector de policía, además de pensar que su nivel de casos resueltos descendería al tenerlo a él como

compañero. La relación entre ellos no había mejorado en exceso, pero, al menos, podían entrar en un restaurante a almorzar juntos.

La camarera se acercó a ellos y les entregó la carta para que miraran la lista de platos. Elsa pidió un sándwich con ensalada y agua, mientras que John prefirió una hamburguesa con patatas y café. Él se rio de la expresión que puso su compañera al ver como mezclaba la hamburguesa con el café. John no lo podía evitar, le gustaba. La comida no se hizo esperar, en poco tiempo le tenían en la mesa con un montón de sobres de ketchup.

—Bueno, dime: ¿qué piensas de la actitud de la madre de la víctima y el jefe de Paul? ¿Realmente no saben nada? —preguntó John.

—La verdad es que creo que hay algo que no estamos viendo, pero no todo el mundo hace públicas sus relaciones sentimentales, además, Paul podía ser solo un amigo con quien compartía afición por los coches —contestó Elsa a la vez que cogía el sándwich y le daba un mordisco.

—Necesitamos hablar con los amigos que estaban con ellos en los Hamptons —dijo John, metiéndose dos patatas en la boca.

—Y con los policías que llevan el caso de Paul.

Media hora después salían de la cafetería camino a comisaría. Esa tarde revisarían lo poco que tenían y Elsa procuraría desarrollar el perfil del asesino. Este había matado al chico en su coche y, luego, secuestrado a la chica para torturarla antes de matarla, exponiéndola también en su propio piso. Los inspectores, al llegar a la oficina, se sentaron en la mesa y revisaron el caso desde cero.

A lo largo de la tarde, Elsa miró mucho el reloj de pared que había al lado del pasillo y que daba a las salas de interrogatorios. Esa noche tenía una cita con Arthur Doyle, su antiguo profesor, en un curso de criminología. Elsa siempre lo había encontrado atractivo pese a tener unos años más que ella. Aunque terminó de estudiar, siguió leyendo sus libros, ya que eran actualizaciones constantes de los procedimientos forenses y conducta del asesino. Elsa podría pedirle su opinión sobre el caso que le ocupaba en ese momento.

John y Elsa estaban en comisaría sin saber cómo avanzar en su investigación. Estaba siendo un día improductivo, no encontraban ni una sola declaración de amigos o clientes de la cafetería de la víctima que pudiera ser de utilidad. John estaba a punto de irse para su casa y esperar que el día siguiente fuera mejor con ayuda de la comisaría de los Hamptons. Sin embargo, en aquel momento entraba un repartidor por la puerta con un ramo de flores. El hombre se acercó a la mesa de un agente y preguntó por Elsa.

—Ese hombre es su compañero —dijo el agente, señalando a John.

John se quedó mirando al repartidor que se acercaba a él con el ramo y cuando estaba enfrente, entrecerró los ojos de forma curiosa. Elsa le había dicho que su pareja había muerto, pero olvidó mencionar que se veía con alguien.

—Buenas tardes. ¿Puede recoger el envío y firmar la entrega de este ramo? —preguntó el repartidor.

—Claro —contestó John sin saber muy bien qué hacer.

El delicado ramo de rosas rojas había sido colocado en la mesa de Elsa con un pequeño sobre con una tarjeta al lado. John estaba sentado en su silla mirando fijamente hacia las flores. Era un detalle romántico. En ese instante, recordó la actitud nerviosa de Elsa, se pasó todo el día consultando la hora en el móvil. Había pasado media hora desde que su compañera estaba ausente, John no la había visto desde que llegaron de hacer la entrevista al exjefe de Sarah. Elsa era amiga de Ruth, la forense, así que, probablemente, estuvieran juntas en la morgue hablando.

Además, Elsa estaba inmersa en el desarrollo del perfil del asesino, por lo que estaría consultando algún detalle.

El mensajero también había dejado en la mesa de John una carta dirigida a los inspectores Parker y Murriel. John no recordaba cuando había dejado esa carta en el escritorio, sin embargo, allí estaba. No tenía escrita ninguna dirección ni remitente, solamente, el nombre de ambos inspectores.

Capítulo 5

A las cinco de la mañana nadie paseaba por un barrio a las afueras de la ciudad de Blue, lo que agradecía inmensamente el hombre que pujaba con un cuerpo colgado de su hombro. Él cumplía las órdenes de su amo. La chica que sujetaba como un saco de cemento sobre su cuerpo debía estar en su domicilio antes del amanecer.

Cuando el portador del cuerpo llegó al portal donde vivía la mujer disminuyó la velocidad a la que caminaba por aquella oscura calle y miró hacia todos lados, comprobando que nadie estuviera siguiendo sus pasos. El hombre, tras comprobar que se encontraba solo, metió una mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón para coger la llave de la puerta, mientras que con la otra mano procuraba que el cuerpo de la chica no terminara en el suelo. Introdujo la llave en la cerradura y, con ayuda de un pie, abrió la puerta lo suficiente para entrar al interior del edificio con su carga especial. El lugar estaba a oscuras. Estaba buscando el interruptor de la luz cuando notó algo húmedo por su espalda: el cuerpo que cargaba estaba goteando sangre. Probablemente, el cuerpo que lo cubría no había sido sellado correctamente. La bombilla por fin se encendió, aunque brillaba débilmente y parpadeaba, pero sería suficiente para llegar al segundo piso. Comenzó a subir las escaleras deprisa para intentar evitar dejar gotas de sangre; la anterior gota en su espalda creía que no había tocado el suelo, pero no quería correr riesgos.

Una vez estaba en la puerta del apartamento, soltó el aire contenido y, sin mucho esfuerzo, abrió la puerta y entró en el interior con el cadáver. Se consideraba un hombre agradecido, le debía mucho a su amo. Desde el día en que se conocieron, ambos se dieron cuenta de que sus vidas serían mucho más intensas si las pasaban juntos. Él estaba solo en el mundo y su amo le ofreció compañía y amistad. A veces, el amo le encargaba cosas especiales.

El cuerpo que mantenía al hombro se le estaba resbalando por lo que se dispuso a buscar el cuarto de la mujer para poder posar su carga. Cortó el plástico que cubría a la chica e hizo un ovillo con él. Ella debía ser descubierta en la cama de una determinada postura. La colocó lo mejor que pudo, pues había pasado demasiado tiempo escondida en el coche mientras cruzaba la autopista y el cuerpo empezaba a mostrar *rigor mortis*.



John estaba en comisaría desde hacía más de media hora. Esa mañana no había querido pasar a buscar a Elsa por su casa, ya que el día anterior sí lo había hecho y tenía la sensación de que a ella no le había gustado que lo hiciera.

John había querido tener una relación de confianza con su compañera desde el principio, pero el carácter tan distante que mostraba ella le complicaba las cosas. John entendía que Elsa aspiraba a ser la mejor inspectora de la comisaría y tenerlo a él de compañero novato no era la mejor

imagen que podía dar de pareja capaz. Sin embargo, John le demostraría que estaba equivocada porque él era buen investigador.

En su mesa de trabajo tenía la carpeta con el informe forense que Ruth había hecho de Sarah Miller. Además de unas cuantas fotos de la chica muerta en su cama. Imágenes que dejaban claro que el asesino se había tomado mucho tiempo con ella. Una de las cosas que más rabia le provocaba a John era la falta de información por parte de los amigos de la chica. Durante una jornada de fiesta en los Hamptons de Blue se había cometido un crimen y no había sospechosos.

John se incorporó en la silla por décima vez mientras cogía la carta que había dejado el mensajero el día anterior. Esa carta representaba todo un enigma, solo tenía escritos dos nombres, el suyo propio y el de su compañera Elsa. No quiso abrir el sobre hasta que ella llegara a comisaría, pero la verdad, le intrigaba mucho. La incertidumbre pudo con él por lo que cogió el sobre dispuesto a abrirlo y leer su contenido. El sobre roto y la carta extendida en la mesa. Así lo encontró su compañera.

—En ese sobre pone mi nombre —dijo Elsa mientras colocaba la chaqueta en el respaldo de su silla y se acercaba a su compañero para ver lo que estaba leyendo.

John estaba tan concentrado en su lectura que no había visto cómo Elsa se colocaba detrás de él.

—Sí, y el mío —contestó John.

El contenido de la carta era asqueroso. John era militar, al menos, lo había sido durante todos los años que estuvo destinado en lugares nada recomendables, pero no había sentido semejante repulsión nunca, hasta que terminó de leer la carta que tenía en las manos.

Era la descripción del asesinato de Sarah Miller.

Hola, inspectores,

Quiero contaros una historia.

Érase una vez, en un lugar público, que conocí una mujer hermosa como pocas: inteligente, educada y con un vicio oculto. Yo descubrí cuál era ese vicio. Me convertí en su sombra día y noche, memorizando sus movimientos, estudiando cuándo y dónde le daba rienda suelta.

Sarah Miller era una mujer desinhibida, libre, lujuriosa y exquisita. Los hombres con los que solía salir no entendían su necesidad: la atracción que sentía estando cerca de un buen automóvil potente. Ella seguía con sus manos las líneas del frío metal, sentía su nervio, su olor... se excitaba más y más con cada segundo que estaba dentro de él conduciendo a gran velocidad hacia un lugar apartado.

Yo necesitaba a esa chica salvaje para mí, disfrutar de ella sin prisa. Mi ocasión llegó el día que ella quiso pasar la tarde con su nuevo amigo en los Hamptons rodeados de coches exclusivos. Él, ignorante de la necesidad de ella mientras estaba rodeada de motores cantarines, dio por finalizada la fiesta. Yo no podía permitir que se alejara de mi lado y, mucho menos, con una persona que no la entendía. Yo le había mostrado mi devoción en otras ocasiones.

Cuando me la llevé, le prometí una cosa: que nunca más volvería a ver al insípido de su chico.

Una vez que llegamos a mi lugar secreto, le enseñé dónde pasaríamos juntos las horas siguientes; le describí los juguetes que yo tenía para ella; le dije lo mucho que me gustaba ella mientras la inmovilizaba en la cama.

Até con lazos rojos sus muñecas, una a cada lado de la cama, besé sus manos dulces desprovistas de artificios, solamente lucía una pulsera de oro como las que regalan las abuelas al nacer, que ya estaba muy vieja y desgastada. Ella me rogaba continuamente que la soltara, pero yo no podía: aún no le había mostrado mi devoción. Con más lazo rojo, sujeté sus tobillos y la inmovilicé por completo. Ella me pidió que no le hiciera daño... eso fue imposible. Me suplicó que terminara pronto...para nada: el placer es lento, amor mío.

Ahí estaba ella, en la cama, colgada verticalmente setenta grados, expuesta para mí. Los pechos de mi chica decían que hacía frío en nuestro lugar secreto. A ella le gustaba jugar con la dura carrocería de los coches, y yo tenía un cuchillo afilado y duro para jugar.

Me desvestí, así podría ver con sus propios ojos la verdad de mi deseo por ella. Las lágrimas recorrían su cara y mojaban sus labios. No podía permitir que su dulce cara se mostrara en desacuerdo, así que yo me acerqué a ella para limpiárselos con mi lengua... mientras lloraba con más fuerza. Yo pintaría un lienzo en su cuerpo. Me separé de ella comiendo sus labios húmedos, para luego degustar su sabor salado. Terminé acariciando sus pechos con mi cuchillo, los corté desde abajo hacia la mitad para permitir que siguieran formando parte de su cuerpo, ese cuerpo. Cuando mi cuchillo llegó a su cintura se puso nervioso y dibujo unos cuantos surcos de sangre que manchaba su bonita figura. Mientras yo, desde la distancia, observaba cómo se teñía de rojo. Yo estaba excitado. Me acerqué a sus caderas y, con ambas manos, acaricé su contorno, incluso rocé con mis pulgares las líneas de su ropa interior, demorando nuestro contacto hasta llegar a sus rodillas mientras mi lengua lamía sus muslos.

Me acerqué a la mesa que había colocado al lado de la cama y elegí un cuchillo fino. Con él marqué las zonas que mis manos y mis labios habían tocado previamente como sus propios labios, mejillas y el interior de sus muslos. Fue en ese momento, cuando ella estaba sucia por la sangre y llena de lágrimas por su rostro... cuando llegó mi gozo.

Ella se atrevió a dejar de llorar. No me miraba. Su cara estaba ladeada: no quería contemplar mi obra ni a mí... A aquel que había mostrado su deseo por ella sin pudor.

Le corté el cuello con mi cuchillo... y me miró mientras moría.

Firmado:

Yo

Ambos compañeros inspectores se encontraban sentados en su sitio, catatónicos, mientras se pasaban el papel el uno al otro. Apenas se dirigieron la palabra hasta que el capitán les sacó de su estupor para informales que habían encontrado otro cuerpo con características similares. Elsa guardó la carta en la carpeta de las pruebas que tenían de la primera víctima y se pusieron en marcha.

Los inspectores llegaron a la escena del crimen pensativos y haciéndose un montón de preguntas. El capitán les había contado antes de que salieran de comisaría que el cuerpo hallado presentaba características similares a las agresiones infligidas a Sarah Miller.

Agentes de policía los recibieron en la entrada de la casa de la víctima. El lugar se encontraba en la afueras de la ciudad en un barrio gobernado por las bandas, lo cual se hacía notar. La policía había acordonado la casa. Mientras Elsa traspasaba el jardín delantero hasta la puerta principal, se fijó en el corrillo de personas que se encontraban en la esquina detrás de la calle en la que había una lavandería.

Aunque la vivienda se podía ver como una casa individual contaba con tres pisos de

apartamentos: la víctima vivía en el segundo. El lugar era pequeño y práctico. No contaba con muchas habitaciones, pero se veía que era caro y de buena calidad. El espacio era diáfano y podía verse desde la cocina la zona del dormitorio, con una gran cama de color blanco, donde en ese momento se encontraba la forense junto al cuerpo sin vida. Ruth estaba recogiendo muestras y realizando fotografías de la posición en la que se encontraba el cuerpo. Elsa se acercó a la víctima y observó los cortes que tenía en el cuerpo, marcando la zona de los labios, los pechos y vientre, además de la parte interna de los muslos y las ingles. Ruth mantenía cogida una mano de la chica para sacarle fotos. Las semejanzas con las agresiones de la camarera eran evidentes, tanto en los cortes por el cuerpo como en el detalle de pintarle las uñas de una sola mano de color rojo.

John caminaba de un lado a otro del apartamento, observando las cosas personales de la víctima. Se formó la idea de que la chica podía permitirse un buen nivel de vida. Los muebles del lugar eran caros, la cocina también aunque él no tenía claro que se hubiera usado en algún momento. En el armario del dormitorio había ropa y calzado de marcas de moda que solo se vendían en el centro. John no podía dejar de preguntarse por qué una chica sin aparentes dificultades económicas vivía en un barrio tan peligroso. El recorrido que estaba haciendo por la vivienda llevó al inspector hasta una estantería que se encontraba entre el salón y el dormitorio, donde encontró el libro de Arthur Doyle. El mismo libro que habían encontrado también en casa de Sarah Miller.

Unos metros más lejos estaba Elsa junto a la forense, formándose una hipótesis de cómo había sucedido todo.

—Ruth, ¿crees que hace días de la muerte de la chica como afirma la vecina? —preguntó la inspectora.

La mujer que había llamado a emergencias tenía más o menos la edad de la víctima. Elsa se había dado cuenta de algún signo de desprecio hacia la chica cuando hablaba con los agentes. La versión de la mujer era que le extrañaba no haber visto a Mia en los últimos días, ya que se solían ver cuando salían de casa para ir a trabajar. Esa vecina había dicho a la policía que Mia trabajaba en el turno de noche, pero no sabía dónde.

—Tengo que analizar las pruebas en el laboratorio, pero como puedes observar en las livideces del cadáver lleva al menos veinticuatro horas muerta, salvo que el cuerpo haya sido movido, entonces estas marcas violáceas han podido aparecer más tarde —contestó la forense—. Podré decirte algo más luego.

—Está bien. Gracias, Ruth.

—Espera el informe, por ahora son suposiciones —dijo ella mientras le guiñaba un ojo. Sabía que Elsa se impacientaría pronto e iría a verla con un vaso de café a la sala de autopsias.

Elsa había oído alboroto en la puerta de entrada a la vivienda. Se incorporó y se encaminó a ver qué ocurría, dejando a Ruth terminando de recoger las bolsitas con muestras para analizar. Su compañero intentaba sujetar a una mujer de unos cincuenta años que pretendía entrar en el interior de la casa. John trataba de calmar a la recién llegada y explicarle por qué no debía ver el cuerpo de la víctima a la vez que la sujetaba con fuerza.

—Es mi hija, señor. Debo verla —gritó llorando desconsolada.

John consiguió que la mujer se sentara con él en el sofá de manera que ella no pudiera ver las condiciones en las que se encontraba su hija, mientras que sus compañeros se apresuraban a tapar el cuerpo. John cogió las manos de ella para darle apoyo e intentar que se tranquilizara lo suficiente para poder obtener alguna respuesta. La mujer consiguió calmarse un poco y respirar más pausadamente, suficiente para enterarse de lo que el inspector tenía que contarle.

—Inspector, ¿puede asegurarme que la chica que está tumbada en esa cama es mi hija? —preguntó ella, haciéndole entrega de una foto reciente que tenía en el bolso.

—¿Cómo se llama usted, señora? —preguntó el inspector a la vez que miraba la foto y confirmaba en silencio que era la chica asesinada.

—Mi nombre es Ellen Such y mi hija, la de la foto, se llama Mia. Estudió en una de las mejores universidades de medicina en el este del país. Era muy buena cirujana, constantemente realizaba cursos para mantenerse al día sobre las nuevas técnicas y procedimientos en quirófano.

—¿En qué hospital trabajaba su hija, señora Ellen? —preguntó John en pasado, intentando confirmar la muerte de la chica sin alterar en exceso a la mujer.

En ese momento, John sí que se sintió un poco fuera de lugar. Durante su vida militar al único al que debía comunicar la baja de un compañero y entregar el cuerpo de ese era a su superior para que fuera él quien diera la noticia.

—Entonces es mi hija quien está en esa cama... muerta —afirmó Ellen para sí como un hecho: ya no existía duda.

Cuando la vecina de la chica la había llamado para preguntarle si podía usar la llave de emergencia del piso de Mia a Ellen solo se le ocurrió pensar que su hija había salido con los amigos después de uno de esos agotadores turnos que hacía en el hospital, nunca se le hubiera ocurrido pensar que su hija estaba muerta y por eso no contestaba cuando la llamaban a la puerta.

Cuando la señora Ellen por fin había accedido a que un coche patrulla la llevara de vuelta a su casa a descansar, la vecina se acercó a los inspectores para decirles que la chica muerta tenía una doble vida que no conocía su familia. Las personas más cercanas a ella pensaban que era una gran cirujana, lo cual era cierto, pero algunas noches también salía a bailar en un club de *striptease*.

La preocupada vecina había seguido en alguna ocasión a Mia, porque la había visto en compañía de hombres extraños para su parecer y a altas horas de la noche. La mujer se mostraba muy habladora con los inspectores y ellos la escuchaban hablar con paciencia, claro que en el tono en el que ella les explicaba las salidas de la chica les daba a entender que no eran muy buenas vecinas.

Elsa y John tardaron en salir de la vivienda, pues una vez que la forense se había ido, ellos eran quienes debían registrar las pertenencias de la víctima y necesitaban algo que los llevara a algún sospechoso. Incluso conocer si la nueva víctima tenía relación con Sarah Miller. Ellos debían buscar qué era lo que las unía, algo que demostrara que se conocían, como una tienda de ropa donde ambas fueran clientes, un gimnasio al que las dos asistieran...

Los inspectores debían encontrar ese punto de unión que tenían ambas chicas. Era lógico pensar que el asesino se movía en los mismos círculos, ya que las chicas habían sido asesinadas de la misma forma.



John se encontraba estudiando de nuevo el informe forense de Sarah Miller, confirmando lo que él mismo había visto en el cuerpo de Mia Such. Los cortes que lucían las dos en las mismas zonas de su cuerpo, labios rotos y desgarrados por los besos salvajes con intención de hacer daño, además de cortes provocados. El dedo gordo del pie izquierdo cortado. Ambas tenían pintadas de rojo las uñas en la mano izquierda y una puñalada en el corazón.

El forense tardaría un par de días en entregarles el informe de la autopsia de Mia Such. John no pensaba que los interrogatorios comenzaran temprano, ya que la primera persona con la que se querían entrevistar era el dueño del club de *striptease*, y ese lugar no abría sus puertas al público antes de las nueve de la noche. Para la investigación era prioritario conocer el día a día de la víctima para encontrar puntos comunes con la primera chica que habían encontrado.

Elsa y John llegaron a comisaría bien entrada la tarde. Él se fue a la mesa a releer el papeleo del caso de Sarah. Elsa se dispuso a recoger una bolsa de viaje que había guardado bajo su mesa y, sin más dilación, desapareció en el pasillo de los vestuarios de mujeres. Los planes que había hecho con Arthur eran perfectos para despejar la cabeza después de haber tenido un día tan complicado como el que habían vivido. John había resultado ser un interrogador muy empático, había conseguido que resultara fácil la entrevista con la madre de la chica.

Elsa sacudió la cabeza queriendo eliminar los buenos pensamientos que de repente le asaltaron a cerca de su compañero, la verdad era que no sabía por qué le molestaba, pero se lo imaginaba como un rinoceronte rompiéndolo todo y, sin embargo, esa tarde había hecho un buen trabajo.

Ya en el vestuario, Elsa se quitó las botas cómodas que usaba para el trabajo y se quedó descalza con los calcetines puestos mientras se maquillaba un poco. Ella no era de esas chicas que se arreglaban todos los días, así que debería tomarse su tiempo. No era que no supiera, simplemente, le faltaba práctica. Para Elsa llevar la cara limpia y cacao en los labios era suficiente. Pero esa noche era especial, quería deslumbrar a su cita. Arthur era su antiguo profesor en la universidad, todo un personaje público, además de uno de los mejores médicos que había tenido el Hospital General de Blue. También era conocido por haber escrito libros de anatomía, considerados unas de las mejores guías para proceder en una intervención. El último libro que había publicado se centraba más en el curso que había impartido sobre la investigación forense, además de centrarse en la mejor forma de recoger muestras para analizar en el escenario de un crimen. Se decía de él que era un ligón, pero a ella no le preocupaba: era su profesor quien había pedido la cita y marcado la conversación que tendrían durante la cena, como las posibles dudas que Elsa podía mostrar en contra sobre la fiabilidad de la recogida de material biológico en la escena de un crimen.

John se encontraba en la sala de autopsias, observando a Ruth mientras trabajaba. Incluso de vez en cuando le pasaba a ella una bandeja para depositar cuerpos extraños o restos biológicos para analizar. Además, John había sujetado un sobre pequeño de pruebas para que ella pudiera raspar el contenido de las uñas de la víctima, de esa manera podrían buscar coincidencias de ADN en la base de datos de la policía sobre personas fichadas.

—John, ¿no tienes nada mejor que hacer un viernes por la noche? No me molesta tu compañía, que lo sepas, pero me sorprende —preguntó ella curiosa por tener a ese hombre en la sala de autopsias.

—Bueno, nadie me espera en casa, más tarde iré hasta el bar de Kim a tomar algo, pero antes quiero saber si esta chica que tenemos sobre la mesa sufrió las mismas agresiones que la primera víctima o, por el contrario, es otro asesino.

—Vale, pues si quieres pasar la noche con Mia y conmigo, te toca ir a por café —dijo Ruth, vacilando a su compañero, pues se le veía incómodo con el cadáver totalmente expuesto en la mesa a punto de realizarle la autopsia.

—Está bien, ahora vuelvo. —John fue escaleras arriba en busca de cafeína, a la vez que agradecía el respiro para bajar con energías renovadas.

John había subido las escaleras hacia las oficinas de comisaría desde el sótano donde se encontraban la morgue y salas de procedimientos forenses. Cuando había llegado a la planta superior, se encaminó a la cafetería para preparar un par de cafés cargados para llevar, John no había preguntado a Ruth si lo quería solo o con leche. Decidió que llevaría un vaso aparte con leche, azúcar y sacarina. John había cogido los vasos con ambas manos dispuesto a regresar al sótano, cuando al levantar la vista se encontró con una Elsa que salía del vestuario de mujeres. Iba vestida para triunfar, con un vestido negro largo hasta la rodilla y con el pelo recogido. John se quedó quieto en el sitio, sin atreverse a dar un paso por miedo a que Elsa se diera cuenta de que la miraba embobado.

Un patrullero se había acercado a John para ofrecerse a coger los vasos que llevaba entre las manos para que no acabaran en el suelo.

—Necesitas dejar de mirar a la chica de esa manera, es capaz de pegarnos un tiro con la excusa de practicar su puntería —se carcajeó el chico.

—¿Dónde va así vestida? No recuerdo que tuviéramos que vernos con nadie a estas horas — le preguntó John confuso.

—Creo que no estamos invitados: es una cita. Al menos, eso me comentó Marisel hace un rato. Creo que sale con un antiguo profesor. —El patrullero se estaba dando cuenta de cómo John apretaba la mandíbula y decidió dejar de reírse de él—. Creo que tú tienes otra. Toma los cafés y cuidado al bajar las escaleras: no te caigas. Yo no podría levantarte, soldado.

—Tienes razón: tengo una cita. Pero la mía no será tan elegante. —Dicho eso se fue en busca de Ruth, en dirección a la *sexy* sala de autopsias.



Elsa había salido del vestuario convencida de que iba a disfrutar de una cita estupenda. Unos días atrás había recibido un ramo de flores preciosos, con una nota que decía: «Espero poder verte pronto... con todos mis sentidos». En aquel momento, a Elsa le había parecido una frase poco afortunada, pero según repetía su lectura había comprendido que un hombre de su edad, bastante mayor que ella, tenía otras costumbres. Al menos, eso era lo que había querido entender ella. De otra manera no le habría hecho tanta ilusión.

Elsa tenía el pelo recogido de una manera *sexy*; llevaba puesto un vestido negro que no era ajustado, pero dejaba ver las curvas naturales de su cuerpo. Los zapatos eran una exquisitez: tacón alto de aguja, negros como la noche y con unos lazos alrededor del tobillo que le ayudaban a mantener el equilibrio. Para ella era el calzado perfecto.

Elsa había salido de comisaría con la gabardina en la mano y la bolsa de la ropa en la otra. El chofer de Arthur vio cómo se acercaba a la limusina y se apresuró a quitarle el bulto y meterlo en el maletero. Un minuto más tarde, Mad le había abierto la puerta para que pasara al interior del vehículo junto a Arthur. Elsa se sentó en el asiento de enfrente al de su profesor, sin dejar de mirarlo un tanto inquieta: ese hombre la había vuelto loca en el pasado cuando Elsa había comenzado a asistir a sus clases en el curso de criminología. Desde entonces, habían pasado años, sin embargo, ella se mostraba tan ilusionada como si la cita se estuviera celebrando en aquel momento.

Arthur había preferido acercarse a buscar a Elsa a comisaría, no había querido incomodarla

pidiéndole que le diera la dirección de su casa como un acosador. En los tiempos que estaban viviendo, las mujeres vivían solas, eran independientes y se cuidaban mucho de facilitar sus datos personales. Su casa era su refugio. Por lo tanto, Arthur se había vestido elegante y había ido en su busca. Cuando llegó a su destino, observó cómo ella, al entrar en el coche, había preferido sentarse en el asiento de enfrente y no a su lado.

—Buenas noches, Elsa. ¿Cómo ha ido tu día? —preguntó Arthur con ganas de conversar y eliminar los nervios de la primera cita cuanto antes.

Estaba preciosa con ese vestido negro que marcaba su cuerpo, aunque no era tan provocativo como el que había lucido en la cena de recaudación a favor de los fondos de pensiones de la policía. Sin embargo, Arthur estaba embelesado sin remedio. Ella era toda una tentación, tenía ganas de devorarla entera. Pero primero se había propuesto llevarla a cenar a un restaurante nuevo en el distrito financiero.

—Hola, profesor. Gracias por las flores, eran preciosas —contestó Elsa—. He colocado un jarrón con el ramo en mi mesa de trabajo, así todos pueden verlo.

A ella le gustaba Arthur, siempre había sido así. Desde el punto de vista de Elsa, era un hombre maduro y caballeroso, además de que su trato hacia ella era de igual a igual. En la facultad habían tenido numerosas conversaciones acerca de la mejor manera de preservar los restos biológicos para analizarlos en los laboratorios. La química que existía entre ellos era notable cuando estaban juntos, pero sus reuniones siempre habían tenido lugar rodeados de más compañeros estudiantes, por lo que su relación no había sido de carácter personal hasta ese momento.

—Me alegro mucho de que te hayan gustado las flores que te envié. Mi jardín está lleno de ellas en esta época del año, de hecho, la variedad de rosas que podé para ti es mi preferida. Te enviaré más —explicó Arthur, orgulloso del detalle.

—Gracias.

—¿Sabes, Elsa? El otro día me sorprendió descubrir que te habías convertido en policía. Eras una estudiante fantástica de anatomía, además de en el laboratorio, podrías estar trabajando en las mejores instalaciones de investigación del país —comentó él, mostrándose sorprendido.

—Lo sé, a veces pienso en ello, pero era muy absorbente. En cambio, en la policía puedo desarrollar también mis actitudes psicológicas al realizar los perfiles criminales. Además de que me encanta buscar las piezas de los puzles —se rió Elsa por esa confesión tan simple.

—Es cierto: eres todo talento —observó él.

Mad detuvo el coche en la puerta de un lujoso restaurante al lado del puerto marítimo, un placer reservado solo para parte de la población de esa ciudad y socios del club Náutico. Elsa se había sentido un poco pequeña al salir de la limusina y ver el lugar en el que se encontraba. Arthur había visto que ella se quedaba muda al reconocer el lugar donde estaban, y comenzaba a sentirse incómoda, por lo que se acercó a ella y la cogió de la mano para avanzar juntos hasta la puerta del local.

La cocinera de Arthur había hecho la reserva: una mesa con vistas al mar en un lugar apartado e íntimo del salón. Elsa había entregado la gabardina al camarero mientras Arthur separaba una silla para que ella se sentara. Comenzó a sentirse un poco abrumada y nerviosa por la cena, cuando en el trayecto hasta el restaurante se había mostrado ilusionada por pasar la velada con Arthur. Elsa había estado colocando los cubiertos y las copas varias veces mientras un camarero les servía el vino. El hombre depositó la botella en la mesa una vez que terminó de servirles y desapareció tras entregarles la carta para que pudieran elegir la cena.

Arthur observaba divertido a Elsa por encima de la carpeta. Ella se había puesto nerviosa, estaba sujetando con fuerza la cartulina de los primeros platos y bebía sorbos de vino continuamente. Él alargó la mano sobre la mesa, hasta que ella sonrió y la agarró en un gesto íntimo. Desde aquel momento, Arthur no necesitó tranquilizar a su pareja durante toda la noche.

Capítulo 6

John se había acostado tarde porque cuando salió de comisaría se acercó hasta el bar de Kim a tomar una copa y se encontró con sus amigos del ejército, lo que provocó que se alargara la noche más de la cuenta.

Luc, que era el sargento de la unidad del ejército en la que se encontraba John y el fallecido Mike, también había hecho las pruebas de acceso a policía igual que John con anterioridad. Primero unos y luego otros comenzaron a pedir cerveza celebrando la decisión de Luc, además, se lo estaban pasando genial por la alegría que le producía saber que a partir de entonces se verían más a menudo al vivir en la misma ciudad. Luc era muy consciente de que John no había superado la muerte de su compañero en el desierto, por eso iba a visitar a su hermana, Kim, siempre que el trabajo se lo permitía. Era una especie de penitencia. John no se había perdonado el no salvar al chico, pero la situación en la que todos se encontraban en aquel momento no le había permitido reaccionar de otra manera: John debía aprender a vivir con ello.

Luc, una vez que supiera el resultado de las pruebas de acceso, viviría en la ciudad de continuo e intentaría ayudar a que su amigo superara la situación en la que estaba sumido, al menos, a que aprendiera a vivir con ello igual que tuvieron que hacer el resto.

Al día siguiente, John escuchó el despertador avisando de que era el momento de levantarse de la cama. De nuevo, se había pasado bebiendo la noche anterior y no podía levantar la cabeza de la almohada. El mal humor hizo que le diera una patada a las mantas de la cama y con un gruñido posó los pies en el suelo para ir a buscar un vaso de agua y un analgésico.



John entró por la puerta de comisaría a las siete de la mañana con gafas oscuras y jurando en silencio contra todo el ruido de la ciudad. En la sala central, donde se encontraban todas las mesas de trabajo de los inspectores, vio cómo Elsa se acercaba a él con una carpeta en la mano.

—Buenos días, John, ¿qué tal la noche? —preguntó con sorna Elsa.

Su compañero tenía un aspecto deplorable, otra noche que seguramente se había pasado bebiendo en el bar. Era una pena que ocupara así sus ratos libres, eso le perjudicaba en su trabajo, ya que no podía mostrar los reflejos necesarios para darse cuenta de lo que pasaba durante los interrogatorios que se les venían encima esa semana. Además de que el capitán podría darse cuenta de que no estaba aprovechando su mejor versión como inspector. Elsa había estado investigando sobre su nuevo compañero impuesto y tenía una reputación inmejorable: era trabajador, con un sexto sentido para las mentiras y los disfraces. Ella no había empezado su relación con él mostrando su mejor cara, aunque se había propuesto cambiar. Ellos podían formar un buen equipo.

—Buenos serán para ti —contestó John cabreado por el madrugón y el mal carácter del despertador.

Su estirada compañera quería molestarlo ya de buena mañana y él no estaba en condiciones de aguantar sus pullas, así que se dirigió a su mesa, posó su abrigo en el respaldo y se dejó caer en la silla. En la mesa había una carpeta marrón con la letra de la forense especificando el nombre de la segunda chica asesinada.

—Está bien, nos quedamos en la mesa, debemos hablar del nuevo caso. Ruth me ha dicho que hay claros indicios que demuestran la similitud de un asesinato con otro. Mia sufrió las mismas agresiones que Sarah. Presentaban los mismos cortes en el cuerpo, y las ataduras de las muñecas y tobillos son prácticamente iguales. Probablemente, estaban hechas con un lazo o tela que el asesino pudo atar con la suficiente fuerza para inmovilizar a las chicas, pero no tan fuerte como para desgarrar la zona —explicó Elsa con tono neutro para empezar de cero otra vez esa mañana.

—Si lo sé, ayer Ruth se quedó hasta tarde para tener el informe listo cuanto antes. Lo que no sabía era que lo tendría escrito para hoy por la mañana —asintió John.

Elsa no sabía que John había trasnochado con la forense, en realidad, había supuesto que la cara de sueño de su compañero era por culpa de estar de juerga con sus amigos en el bar. De todas formas, ambos tenían que ponerse las pilas e ir a interrogar a los familiares de la segunda víctima, a ver si por casualidad alguno conocía a Sarah Miller y así ellos encontraban ese punto de unión de ambas chicas.

Mientras Elsa colocaba las nuevas fotos en la pizarra y apuntaba la hora a la que había sido vista por última vez Mia, John había llamado a la vecina de esta. La mujer no había querido acercarse a comisaría ni que los inspectores se acercaran a su trabajo, por lo que le contó todo lo que sabía por teléfono. Mia era una chica con una gran vida social, según la vecina si no estaba trabajando en el hospital, se encontraba por los locales de copas de moda de la ciudad. En más de una ocasión, los hombres con los que salía habían ido a buscarla a su casa, pero esta los había echado con cajas destempladas. La vida que llevaba era muy activa tanto con sus amigas como sexualmente con todo tipo de hombres. Los vecinos de su bloque de pisos habían denunciado varias veces las juergas que allí se vivían algunos días. Mia trabajaba en el hospital en turnos rotativos por lo que los encuentros en su casa no eran siempre de noche y, mucho menos, discretos. La vecina reconocía a un hombre que se acercaba a ver a la chica con más frecuencia que el resto: ella pensaba que era su pareja.

John se había quedado pensando en la supuesta vida social de la chica y en cuánto de verdad tendría lo que estaba contando su vecina. La mujer se había preocupado de llamar a la policía porque Mia no contestaba a sus intentos de conocer su estado de salud después de varios días sin saber de ella. Además, tenía una llave del piso de la doctora para emergencias, probablemente, con consentimiento de la madre de la chica, pues se preocupaba por ella como todas las madres. Sin embargo, el tono de voz de la mujer mientras le explicaba la vida tan activa de la víctima no dejaba de ser algo prejuicioso. John no sabría decir a su compañera si toda la información que había proporcionado la vecina a la investigación era cierta.

A lo largo de la mañana, ambos compañeros se habían comprometido silenciosamente a no atacarse el uno al otro, lo que había supuesto que avanzaran bastante analizando las pruebas que tenían hasta ese momento. El supuesto novio de Mia no contestaba a las llamadas de la policía, por lo que decidieron otorgarle veinticuatro horas antes de presentarse en su casa, por si acaso estaba en el trabajo, pero por lo que su agente de la condicional les había contado, trabajar no era su especialidad: pronto ingresaría en prisión de nuevo.

Un hombre con sus antecedentes tenía muchas posibilidades de estar implicado de alguna manera o, al menos, saber algo. Claro que como novio también conocería a las personas más cercanas a la chica, por lo que era indispensable que los inspectores hablaran con él.

La investigación estaba avanzando de manera demasiado lenta. John estaba frustrado, las dos chicas eran conocidas en los lugares más populares de vida nocturna de la ciudad. Ellas eran jóvenes, guapas, con carreras de éxito y con secretos. La familia de Sarah no compartía su decisión de vivir en la gran ciudad, pero a ella le gustaba la libertad que el lugar le ofrecía, algo que no habría conseguido tener en su pueblo administrando la empresa familiar. Por otro lado, Mía era médica en un hospital de gran renombre, donde era apreciada por sus pacientes y no tanto por los celos profesionales de sus compañeros. Ella siempre decía a su gente más cercana que la cirugía no era para torpes y con ello se ganó muchos enemigos. En sus ratos libres, iba a bailar a un club de *striptease* donde disfrutaba del juego con los clientes del lugar. La vecina de Mía había mencionado a los inspectores que recibía muchas visitas de hombres con lo que disgustaba a sus vecinos, obligándoles a presentar denuncias contra ella por exceso de ruido.

Elsa había terminado de colocarlo todo en la pizarra lo más certeramente que pudo. Esa misma tarde, tenían cita para hablar con el dueño del club donde bailaba Mía. El hombre les aclararía que hacía en ese lugar la chica, si era habitual verla por allí o solo se acercaba de vez en cuando. El supuesto novio seguía sin contestar a las llamadas, por lo que al día siguiente, Elsa y John se aventurarían a hacerle una visita en su domicilio: con un poco de suerte se encontraría en el lugar.

Los inspectores decidieron despejar un poco la cabeza de dar vueltas a lo mismo una y otra vez y salieron a comer algo. A la salida de comisaría había un carrito con perritos calientes, compraron uno y se encaminaron hacia el parque.

Era un día caluroso, no tanto como para considerar que se encontraban en verano, pero sí para dar un paseo tranquilo. El parque se veía verde y cuidado. Elsa no se había permitido pasear por el parque con calma desde que había muerto su prometido: todos los lugares le recordaban a alguna cosa que tuviera que ver con él. Nunca se había resuelto su caso y ella estuvo a punto de perder la cordura por intentarlo; le habían dejado claro que no era la persona ideal para hacerlo y tuvo que resignarse a dejarlo en manos de otros inspectores de su comisaría.

John se había parado en la barandilla que protegía el lago con los patos. El lugar inspiraba tranquilidad para él, que durante las últimas semanas había tenido un ritmo de vida un poco acelerado. Sabía que seguir adelante con su vida era lo correcto, pero su cabeza se negaba a abandonar el recuerdo de Mike. Luc era su amigo y dentro de su unidad del ejército ocupaba el puesto de sargento; su mano derecha y quien le ayudaba a tomar decisiones. Un día que se preveía tranquilo en el cuartel se convirtió en un caos, murió mucha gente, compañeros con quienes compartían sus temores y victorias. Uno de los que nunca podría contar lo que pasó sería su amigo.

John había intentado pasar página, guardarlo en un hueco de su corazón, pero sin olvidarse de seguir viviendo él mismo. Cuando regresaron de aquel infierno, cada miembro de la unidad viajó a su casa por distintos lugares del país. Él no tenía familia, por lo que se quedó en la ciudad de Blue, buscó trabajo e intentó seguir en contacto con el resto de sus amigos. Luc había decidido asentarse cerca, lo que para John era una alegría más. Y John había encontrado a la hermana de Mike, que regentaba un bar de copas, Kim, una chica que lo ayudaba inmensamente solo con dejarle estar cerca y recordar a su hermano.

Elsa había decidido fingir que hablaba por el móvil y dejar que John pensara en sus cosas en

la barandilla del lago. Su compañero era hermético con ella: no le confiaba sus secretos ni preocupaciones, y la verdad era que ella no se lo podía reprochar. La confianza entre compañeros era esencial para adquirir cierta química que les permitiera poner sus vidas en manos del otro. En aquel momento, ellos no eran el equipo perfecto, pero Elsa confiaba en que lo conseguirían.

Elsa no tuvo que disimular durante mucho tiempo con el teléfono, pues recibió una llamada de su capitán informándole de que su cita con el dueño del club de *striptease* se adelantaba. Ambos debían ponerse en marcha, por lo que ella comenzó a caminar en la dirección donde se encontraba John y lo sacó de sus pensamientos al colocarle una mano en la espalda a modo llamada de atención.

—Tenemos que irnos —le dijo Elsa.

—*Ok*, ¿qué ha pasado? La entrevista era a las seis —se interesó él, caminando a su lado en dirección a la salida.

Capítulo 7

Horas más tarde, los inspectores entraban por la puerta maldiciendo la mala educación de algunas personas. El dueño del club donde bailaba Mia Such algunas noches había sido de lo más desagradable contándole a la policía cómo la chica se había buscado lo que le había pasado. Ese hombre había descrito a la chica como «un pivón calenturiento». Ella no formaba parte de la plantilla de bailarinas con las que contaba el club; el dueño les había explicado el acuerdo que ambos respetaban. Cuando a Mia le apetecía bailar en la barra del escenario le enviaba un correo electrónico y le preguntaba cuándo podía acercarse por allí y parte de las numerosas propinas que conseguía la chica se las quedaba el dueño a cambio de que no le dijera a nadie con quién se iba ella de allí y menos que se ponía peluca algunas noches para bailar en su local.

John y Elsa estaban en su mesa de trabajo con un ánimo nada sano tras la entrevista de esa tarde; poco habían resuelto con las explicaciones que les había dado ese hombre, salvo porque también habían confirmado que Mia salía muchas veces del club con el mismo chico y la descripción de ese coincidía con la que les había proporcionado la vecina de Mia sobre el supuesto novio. El mismo chico a quien ellos irían a ver al día siguiente.

La forense acababa de subir las escaleras del sótano y se había presentado en la planta de comisaría preparada con chaqueta y maletín para dar por finalizado el día y salir por la puerta.

—Hasta mañana, chicos —se despidió Ruth cuando pasó a lado de la mesa de John.

Era una chica alegre y divertida por lo que había podido comprobar él cuando le estuvo estorbando en la sala de autopsias unos días atrás mientras ella trabajaba en el cuerpo de Mia Such.

—John, creo que le gustas —dijo Elsa divertida. Su compañero no podía quitarle los ojos de encima mientras se dirigía a la puerta.

—Yo no soy su tipo —contestó John a su provocación.

Durante las horas interminables que había durado la autopsia, Ruth había puesto al día a John sobre su ruptura con su antigua novia. Para John había sido todo un *shock* porque realmente había pensado que congeniaban.

—Es cierto, ahora sale con una chica muy guapa, pero hace años salía con un amigo de mi prometido.

Elsa admiraba a la chica desde que había empezado a trabajar con ellos en comisaría. Era la mejor forense que había conocido y, en ese momento, había comprendido porque no había reconocido a su pareja: la chica morena con la que salía era su novia no su amiga lo había olvidado. Casi nunca se dejaban ver en el trabajo y hacía mucho que no salía de copas con Ruth.

—Todos tienen pareja menos yo —comentó un agente desde la mesa de al lado de los inspectores.

Eso consiguió que todos se rieran del comentario tan sincero de su compañero de uniforme.

—Bueno, yo me retiro pronto, que mañana madrugamos. Elsa te veo a las ocho —dijo John,

levantándose de la silla.

—Tienes razón, yo también me voy —contestó ella.

Cuando ambos se acercaban a la puerta, un mensajero se dirigía a ellos para entregarles una carta. Era igual que la que habían recibido del asesino describiendo el atroz asesinato de Sarah Miller. En el sobre estaban sus nombres escritos, sin dirección ni remitente. Los dos se miraron el uno al otro y cogieron la carta que les ofrecía el chico. Durante unos segundos permanecieron en la entrada de comisaría sin reaccionar, temiendo lo que sabían de antemano: el asesino les iba a contar una historia nueva.

Hola, inspectores,

Les voy a contar otra historia:

Un día vino a mí una chica. Era especial, tenía un secreto que contarme. Ella estaba asustada por la necesidad de complacer su cuerpo a través de una parte del cuerpo de una pareja poco convencional utilizada durante el juego amoroso. Se sentía sola en su lucha contra esa obsesión, entendía su deseo como algo bochornoso.

Mujer loca por considerar que el placer es malo, por no seguir las costumbres de una sociedad ignorante.

Me gusta la diversión y ella prometía que sería exquisita. Yo la seguía por la calle cuando iba hacia su casa, la seguía cuando iba a buscar placer en el baile bajo una peluca que no la dejaba ser ella. La estudiaba cuando trabajaba con sus pacientes en el hospital...se mostraba dulce, amable, suave... Todo eso era mío. Le enseñé que las personas especiales no deben ocultarse. Sin embargo, en ese momento ella no se acordaba de quién era yo.

Un día la llevé a mi lugar secreto. Era una tarde de lluvia, ella dejó el uniforme del trabajo en la taquilla y se puso un vestido tan simple como arrebatador de color negro con media manga ajustada a los brazos y escote redondo, dejando casi a la vista sus redondos pechos, y corto en la medida justa para mostrar sus bonitas piernas. Lo completaba con una gabardina y bolso de color beige. Los zapatos eran altos y de tacón fino del mismo color del vestido. Yo tenía la sospecha de que ella había quedado con algún afortunado caballero, pero me equivoqué. Al salir del trabajo fue hasta el club donde bailaba, llamó a la puerta de atrás y esperó hasta que un hombre enorme le abrió la puerta y la saludó con una enorme sonrisa.

Para pasar con ella esa noche, debía entrar en el local y jugar a su juego, por lo que di la vuelta a la calle y entré por la puerta principal. Una vez que pagué la entrada, me adentré en un lado oscuro del salón y me senté en un lugar apartado. Desde aquel asiento, la vi bailar en la barra de striptease con la soltura propia de quien lo hace a menudo. Quedé maravillado. La noche estaba acabando, por lo que me acerqué a ella cuando hacía un descanso y tomaba algo en una mesa junto al camarero. Cuando este me vio acercarme a ella, nos dejó solos mientras le hacía una señal a ella de que se iba dentro de la barra. Mia era solo sonrisa. No me quitaba los ojos de encima, le gustaban los hombres de mi edad, lo que me facilitaba las cosas.

Totalmente camelada, optó por salir de allí conmigo. Me pidió que la esperase en el callejón de atrás, y eso hice. Había tonteado conmigo, me había acariciado la cara, sobre todo, le gustó mi nariz y mis cejas. Notaba su deseo hacia mí, sus enormes pechos hinchados.

Accedió a ir en el coche conmigo. Me besaba la punta de la nariz continuamente. Se mostraba cariñosa, controlando la necesidad que crecía en el interior de su cuerpo. Yo solo quería ver cómo cambiaba su expresión cuando ella conociera mi verdadero interior.

Llegamos a mi casa en una nube exquisita. Por supuesto, no entramos en mi hogar. La llevé

de la mano hasta mi lugar secreto. Cuando abrí la puerta de madera y empujé a Mia para que se adentrara en mi mundo, por fin pude ver su cara de miedo. Me volví loco de deseo: era la felicidad de un hombre paciente. Ella estaba paralizada, no quería mirarme. Su vista estaba centrada en la cama que yo tenía suspendida desde el techo con cierto grado inclinación. La arrastré hacia el catre mientras ella forcejeaba conmigo inútilmente. Intentó soltarse de mi agarre, pero no consiguió nada que pudiera evitar que acabara atada para mí. Era exquisito placer.

La muñeca que le tenía prisionera con mi mano acabó atada con un lazo rojo en una esquina metálica hecha para su inmovilización. La segunda mano era igual que un agujón nervioso, no podía estarse quieta. Me arañó los brazos y me mordió en el hombro, dulce fiera. No era rival para mí. Su fuerza era juguetona y, por supuesto, acabó atada en la cama de pies y manos.

Yo me quité la chaqueta, la camisa y los zapatos, únicamente vestía un pantalón amplio y cómodo. Quería que ella pudiera ver lo mucho que me gustaba nuestro juego. A ella se le caían lágrimas por las mejillas mientras abría y cerraba la boca sin voz. Yo me acerqué a ella y se las limpié dulcemente con mi lengua, eso provocó en ella un sollozo que yo disfruté como un exquisito escalofrío.

Ella disfrutaba del sexo sin compromiso, le gusta la variedad y a pocos hombres o mujeres los dejaba volver a su vida. Uno de ellos era el exboxeador que había pasado por la cárcel a causa de los daños que provocaba con su irascible temperamento. Yo sabía que lo que más le gustaba de él era su peculiar nariz rota por las peleas. Sí, inspectores, ella disfrutaba de esa parte de la anatomía. En sus relaciones sexuales era su fetiche favorito.

Una vez que se relajó en la cama, yo me acerqué a ella y olí su perfume, exquisito como ella. Me excitó aún más. Caminé hasta mi mesa auxiliar y cogí un cuchillo tan afilado que parecía un bisturí como los que usaba nuestra doctora. Jugué a cortarle los labios con trazos finos, remarcando su contorno a mi gusto. Luego, la besé con pasión, era mi sabor a sangre. Lloraba y protestaba con cada corte, mis besos le provocaban dolor. Mis manos acariciaron su barbilla mientras mi boca abandonaba la suya y se deslizaba desde el cuello hasta los pechos. Mi cuchillo jugó con ellos para luego cortar el vestido y dejar al descubierto todo su hermoso cuerpo. Yo corté un pecho despacio en forma de luna mientras ella gritaba. Tuve que cerrar los ojos y contenerme o la diversión se acabaría pronto. El segundo pecho lo rajé con más rabia. Eso hizo que apenas quedara colgando la mitad de su piel. Toda esa sangre pintaba el mejor de los lienzos; el ombligo sobresalía de su vientre plano y yo se lo corté dibujando surcos a su alrededor.

Ella gritaba sin parar. Debía enseñarle a disfrutar de nuestro rato a solas, así que posé el cuchillo en el suelo y me levanté para mirarla a los ojos. Ella se mostraba desafiante y provocadora, luchaba como nadie por soltarse de sus lazos; claro que era imposible, ya que cuanto más se moviera, más se tensarían los nudos. Yo acaricié sus brazos libres de sangre desde la muñeca hasta los hombros. Ahí bajé por el contorno de los pechos, donde ella quiso controlar el grito, pero no pudo porque yo apreté más. Una delicia de mujer me había cubierto de deseo. No pude resistirme y acaricié sus piernas, las que todavía no había marcado. Únicamente vestida con sus braguitas estaba inmejorable, pero no había acabado de pintar mi obra, por lo que recogí el cuchillo de nuevo y presioné con el filo en sus ingles y la cara interna de las piernas. Con la segunda pierna admito que estaba excesivamente nervioso y presioné demasiado. Los cortes fueron profundos y el grito de Mia se apagó muy rápido con apenas un

hilo de vida. Tuve que darme prisa para envolverla entre mis brazos y cortarle el cuello. Ese fue el momento en el que no pudo dejar de mirarme a los ojos mientras se le escapaba la vida a la vez que mi deseo contenido.

Firmado:

Yo

—¡Será posible! —murmuró John todavía sin levantar la vista de la carta. Una nueva explicación de cómo un asesino disfrutaba con la muerte de una mujer—. ¿Podemos analizar la carta a ver si hay huellas o manchas? Algo que pueda ayudarnos a dar con este monstruo? —preguntó John sin mirar a nadie en concreto.

—Sabíamos que mandaríamos otra descripción de sus perversiones desde que encontramos a Mia asesinada con las mismas marcas que tenía Sarah —participó Elsa en el ataque de rabia que su compañero.

—Vamos a ver al capitán —dijo John cabreado a la vez que ella asentía.

La nueva carta había revuelto el estómago de los inspectores, estaban buscando a un hombre sin rastro de humanidad. Lo peor de todo es que ellos creían que no podían dar con él en aquel momento, ya que apenas tenían sospechosos. El novio de Mia Such era su mejor opción, pero había esquivado sus llamadas y también las de su agente de la condicional.



Al día siguiente, Elsa se levantó temprano para ir a ver al novio de Mia antes de que desapareciera con la excusa de un trabajo que, probablemente, no existía. Mientras desayunaba, sopesaba si llamar a su compañero para que la acompañara hasta el domicilio del hombre, pues era una zona apartada, pero luego recordó que John, antes de irse para su casa, había parado en el bar de Kim a ver a su amigo Luc y, probablemente, estuviera de resaca en aquellos momentos. Por lo tanto, Elsa decidió ir sola a ver al único sospecho que tenían en la lista aunque ella tuviera que ir sin ayuda a un mal barrio.

Cuando Elsa subió al coche comenzó a sentir como los nervios se iban apoderando de ella; no le gustaba ese barrio, desde luego, pero ella se había formado en la academia para hacer frente a cualquier situación. Nada le hubiera impedido cumplir con sus obligaciones. El GPS se estaba volviendo loco buscando la localización del apartamento de nuevo, ya que Elsa se había equivocado de calle en más de una ocasión, apenas conocía el lugar. Por fin, el móvil había localizado el punto exacto. Apenas le faltaban trescientos metros para llegar a su destino. Cuando aparcó justo enfrente del edificio del hombre, repaso todas sus preguntas mentalmente y se apresuró a bajar del coche para no perder el valor. Un exconvicto podría ser difícil de llevar, las personas que han pasado un tiempo en la cárcel siempre desconfiaban de la policía. Era una situación desagradable. Elsa había interrogado a muchas personas conflictivas sin problemas; en ese momento, tuvo que recordárselo a sí misma para no dudar de su viaje hasta ese sitio sin un compañero que pudiera cubrirla.

Elsa había caminado hasta la puerta del portal que el agente de la condicional del chico le había facilitado y había picado el interfono. La contestación se había hecho esperar, pero lo había conseguido. El chico estaba en su casa.

—Buenos días, soy la inspectora Elsa Parker y me gustaría hablar con usted sobre Mia Such. Me han dicho que se conocían —se presentó Elsa, esperanzada porque aún no había colgado el aparato.

—Hola, sí que nos conocíamos, pero no sé nada de su muerte —respondió rápido para intentar dejar la conversación.

Era de esperar que la policía llamara a su puerta por la relación que mantenía con Mia, pero era cierto que no sabía nada de su muerte. Aquel día en el que no quiso salir a tomar algo, Mia le había contestado que si la dejaba sola mejor se iba a bailar al salón de striptease. Él no había podido acompañarla aquella noche y al día siguiente ella estaba muerta.

—Aun así, me gustaría conocer algunas cosas sobre ella que me ayuden a resolver las causas de su muerte y usted podría ayudarme —contraatacó Elsa.

El chico procuraba distanciarse de lo sucedido. Sin embargo, era la mejor baza que tenía la policía para conocer a todas las personas cercanas a la chica. En aquel instante, Elsa estaba escuchando cómo colgaba el telefonillo y alguien corría dentro de la vivienda.

—¡Mierda! Se escapa —se dijo a sí misma al oír las escaleras metálicas que colgaban de la parte derecha del edificio.

Elsa se lanzó hacia ese lado del edificio corriendo todo lo que pudo para dar con él y detenerlo por escapar de la policía. Al girar la esquina, se topó con un contenedor de basura lleno hasta los topes, que tuvo que rodear, pues estaba colocado en medio del camino. Elsa consiguió ver al chico al doblar hacia la otra calle cuando terminó por liberarse del camino de obstáculos. Antes de que él saltara la valla de un vecino, Elsa lo agarró por un bolsillo de los pantalones y lo tiró al suelo. Gracias al impacto de la caída desde el muro, el joven había quedado al lado de Elsa sin resistirse a que ella lo detuviera. Pero cuando Elsa ya lo tenía esposado, él la empujó hacia la pared de su lado derecho con la intención de librarse de la detención, pero no lo consiguió. Ella lo llevó despacio hasta el coche en el que había llegado al barrio y lo introdujo en la parte de atrás para llevárselo a la comisaría detenido.

El camino de vuelta tampoco había sido fácil, ya que el chico se había mostrado poco colaborador en lo que a hablar se refería. Aunque ella estaba dispuesta a encerrarlo un par de días por intento de fuga y agresión a un policía, tal vez, de esa manera podría conseguir que colaborase con la investigación.

Cuando Elsa entró por la puerta de comisaría con el detenido, John la estaba esperando con los brazos cruzados al pecho en el mostrador donde debían dar parte y encerrar al chico durante unas horas hasta que se decidiera a hablar con ellos.

—¿Qué tal tu excursión hasta el sur de la ciudad, compañera? —preguntó John enfadado porque no lo había avisado de lo que tenía pensado hacer.

John había llegado a la oficina a las ocho, quizás antes. Por un milagro que ni él mismo entendía, esa mañana había oído el despertador y no le habían entrado ganas de lanzarlo por la ventana. La noche anterior había ido a ver a Luc al bar, pero no había tardado en irse a dormir, su amigo lo había llevado en coche a casa. John sospechaba que Luc se había convertido en su ángel guardián voluntariamente. El caso era que se encontraba bien y dispuesto a hacer de ese día un buen día, hasta que había llegado a trabajar y le habían informado de que Elsa se había ido en busca del exconvicto ella sola. John no pensaba que ella no pudiera controlar la situación, pero no necesitaba ponerse en peligro teniendo a alguien que pudiera cubrirla. Le dolía que no confiara en él y así se lo estaba haciendo saber.

—Buenos días —contestó Elsa—. No quería dejarte de lado, John, simplemente, llegué

temprano y como no estabas pensé que sería solo un momento el ir a hablar con el chico y regresar pronto para hablar con Ruth tú y yo como habíamos quedado.

—Pues no fue un momento y, por lo que veo, tampoco fácil porque lo has traído detenido— soltó él casi gritando—. Me podrías haber llamado y habría venido antes. ¿Tuviste muchos problemas? —preguntó ya más tranquilo.

—Se intentó escapar por la escalera de emergencia y tuve que perseguirlo por un callejón que resultó estar cortado por un muro, pero pude lanzarlo al suelo y esposarlo —le contó ella mientras se cogía el codo del brazo derecho con el que había chocado contra la pared al ser empujada por el chico para intentar escapar.

—Está bien, la próxima vez llámame a la hora que sea, ¿vale? —concluyó John—. Ahora vamos a ver qué tiene que decirnos.

El supuesto novio de Mia Such era un delincuente del barrio que ayudaba a la joven doctora cuando necesitaba un poco de hierba para relajarse. La relación que mantenían era esporádica. Por parte de Mia no había nada serio: su carrera se había convertido en una obsesión desde el primer momento en el que ella había pisado un quirófano. Sin embargo, sí que confiaba en él hasta el punto de contarle su adicción al sexo y el fetiche que la movía a conocer gente nueva que soportara sus manías en el club de *striptease*. Allí, ella podía bailar y dar rienda suelta a sus aficiones con los espectadores de su función. El chico la cuidaba dentro del local y, a veces, ella le permitía acompañarla a casa. Él se declaraba inocente del asesinato de Mia y John lo creía, pues pensaba que era un chico demasiado endeble para hacer lo que el asesino les hizo a las dos chicas muertas. En cambio, Elsa no pensaba lo mismo, ya que al ser él quien le suministraba la hierba a Mia y la acompañaba en su *hobby* nocturno, tenía la oportunidad y el conocimiento de sus inquietudes. Además de que la relación que mantenían también lo convertía en confidente de ella por lo que sabía dónde estaba en cada momento.

—¿Dónde conociste a Mia Such? —preguntó Elsa.

—En el centro de ayuda, en el centro de Blue. Yo iba a las reuniones de exdrogadictos y Mia a terapia con una psicóloga especializada en adicción al sexo y filias sexuales —contestó él sin pensar en que los inspectores no sabían nada de eso respecto a su amiga.

—¿Cómo? Explícame eso de filias y terapia —pidió John.

—Mia tenía fetiches de los que disfrutaba inmensamente con los hombres, pero siempre se había sentido mal por ello, pues pensaba que no era propio de una chica con una buena educación, consideraba que estaba enferma e intentaba ponerle remedio con el psicólogo del centro —explicó el chico.

—¿Cómo se llama el centro? ¿Quién lo dirige? —preguntó Elsa.

—El centro lo construyó el Ayuntamiento de Blue y se financia con donaciones de las mejores fortunas de la ciudad. Todos los años se hacen galas para recaudar fondos. Uno de los principales donantes es el profesor que Mia tuvo en la Universidad, Arthur Doyle. Él escribe ahora libros de medicina a través de casos reales y tiene mucho éxito. El último libro que escribió era sobre la mejor manera de recoger pruebas para que el forense pueda analizarlas correctamente, Mia lo estaba leyendo —explicó de nuevo el detenido.

Elsa se había quedado muda al escuchar la declaración. Ella misma estaba leyendo ese libro, y hasta había salido a cenar con el autor. En ese momento, se le ocurrió que en la próxima cita que tendría con Arthur el fin de semana le preguntaría sobre el centro de ayuda: ella no sabía que él estaba implicado en el proyecto. Quizá, él podría ayudarles con la investigación.

Capítulo 8

Al día siguiente, ambos deciden estudiar antiguos casos de asesinato con posibles fetichismos. El asesino que buscaban en ese momento podría haber actuado en el pasado, por lo que encontrarían más datos útiles en los informes redactados por antiguos inspectores de casos sin resolver que pudieran describir asesinatos con las mismas características, y así proporcionarles algún nombre que sospecharan que pudiera ser el asesino y que nunca pudieron detener por falta de pruebas. De todos modos, John creía que le faltaba información sobre la primera chica muerta, él no reconocía en los interrogatorios que se les hicieron a su madre y a la asistenta que Sarah acudiera a terapia por no sentirse bien con su sexualidad.

Durante horas, John estuvo leyendo informes de asesinos psicópatas que buscaban placer en mujeres con un tipo de gusto sexual que a él pudiera atraerle. John estaba encontrando mucha información sobre ello en internet, además se sentía abrumado por la cantidad de fetiches que atraían a las personas. Él empezaba a pensar que si quería conseguir novia debería volver a vestirse de uniforme, era conocido que las mujeres se sentían atraídas por ellos.

John reconocía el parcialismo que describía la personalidad de Mia. En la carta que había enviado el asesino sobre ella había descrito cómo la chica se sentía atraída por los hombres con orejas y nariz de formas puntiagudas. Además del elevado interés de Mia en el sexo, buscándolo continuamente. Esa necesidad continua y peculiar que sentía la chica la había llevado a sentirse un bicho raro, por lo que, probablemente, fuera el motivo que la empujó a buscar ayuda en terapia. John estaba convencido de que las respuestas se encontraban en los médicos que la atendían y, en ese momento, con tanta información nueva en la cabeza había entendido mejor la situación y se veía más capacitado para hablar con ellos.

Elsa había vuelto a hablar con los familiares de Sarah Miller. En esa ocasión, había sido la hermana de Sarah la que había respondido a sus preguntas. Ella entendía que los familiares al ser interrogados sobre posibles gustos sexuales de la chica pudieran sentirse incómodos, pero el asesino estaba buscando mujeres jóvenes con alto nivel económico, independientes y con una vida sexual poco conocida por los inspectores que investigaban el caso. La hermana de Sarah había reconocido que la chica se gastaba mucho dinero en coches de alta gama y, sobre todo, motos de carretera. Lo que había llevado a Elsa a entender la excursión que la chica se había hecho con Paul hasta los Hamptons para asistir a una fiesta de coches clásicos y que gracias a las investigaciones que John había realizado en la red sabían que la filia de Sarah podía ser la mecanofilia. Ella se sentía atraída por los automóviles.

Buscaban a un psicópata en la ciudad de Blue que se movía por diferentes zonas en busca de chicas que le atraían sexualmente por sus gustos poco conocidos. Estaban a mitad de semana y los inspectores sabían que un asesino en serie organizado actuaba con un margen temporal exacto entre víctimas. Por lo tanto, tenían tres días para encontrar alguna pista que les acercara a él antes de que apareciera otro cadáver. Elsa se había quedado en comisaría buscando información sobre un psicólogo que pudiera ayudarlos con el perfil criminal y con las filias de las víctimas,

mientras, John había cogido un coche de la policía para acercarse hasta el centro donde Mia iba a terapia junto con su amigo Jou.

El psicólogo había aceptado ayudar a la policía durante las últimas horas de la tarde, ya que más temprano su agenda estaba destinada a sus pacientes. Esa tarde, Elsa había preparado unas carpetas con los informes forenses de las dos chicas, las posibles filias, las cartas del asesino enviadas a la policía y las declaraciones que tenían hasta el momento de familiares. El doctor había llegado puntual a comisaría y Elsa lo guio hasta una sala de conferencias donde estarían más cómodos que en sus mesas.

Una vez sentados todos juntos, el psicólogo había preguntado a Elsa por qué creía que las víctimas eran escogidas por el asesino por sus gustos sexuales. Ella le explicó que en las cartas que el asesino les enviaba describía a chicas con gustos específicos y fetiches. Los inspectores creían que el asesino buscaba personas con diferentes filias. El psicólogo encontró probable que el asesino se sintiera atraído por ellas porque él mismo también disfrutaba de algún fetiche. Al estudiar las cartas que había dirigido a los inspectores sin intención de ocultar que sabía quiénes lo buscaban demostraba que era un narcisista y que tenía la certeza de que nunca darían con él porque no estaban a su altura.

El asesino estudiaba a las chicas durante semanas, sabía dónde trabajaban, los turnos que hacían y si salían a tomar una copa con los amigos, los vigilaba a ellos también, ya que era necesario para no dejar nada al azar. El saber dónde vivían y llevar el cadáver a sus casas para que los cuerpos fueran encontrados allí requería de una gran planificación, por lo que suponer que el asesino era adinerado podría ser un acierto, incluso, que no fuera él quien tuviera el dinero, sino un benefactor. En otros casos, se había demostrado que un chico joven con impulsos psicópatas había sido ayudado por su padre a la hora de buscar a quien matar para aplacar sus instintos sin llamar la atención. Y luego se deshacían del cadáver de esa persona insignificante que la sociedad no reclamaría.

Elsa no había sido consciente de que el asesino conocía exactamente a los inspectores que llevaban el caso, ella había asumido que enviaba la carta con sus nombres por que los había visto en los periódicos, ya que un asesino en serie llama mucho la atención. Pero no se había parado a pensar en la posibilidad de que los estuviera estudiando igual que a las víctimas. Eso había sido un contratiempo, pues a partir de ese momento tuvieron que asumir algunos inconvenientes de seguridad por su propio bien. El capitán les había impuesto nuevas rutas diarias para llegar al trabajo, así evitaban que alguien los pudiera esperar en algún punto del trayecto de todos los días, esperando tener controlados sus pasos y saber cómo avanzaba la investigación gracias a las visitas que hacían a los diferentes lugares.

El psicólogo había estado de acuerdo con el capitán en priorizar la seguridad de los inspectores. Ellos debían hacer su trabajo, pero sin dar a conocer demasiado de sí mismos. La primera reunión con ese hombre para comenzar a desarrollar el perfil del asesino había sido desconcertante. Elsa, como inspectora, siempre había pensado que su misión había sido dar con los malos, pero no se había planteado que pudiera convertirse en objetivo: ¿qué interés podría tener en ella?

Cuando John llegó a comisaría esa tarde después de la visita al centro de ayuda ya se había perdido la reunión con el psicólogo, pero Elsa se la había resumido, además de informarle que a partir de entonces debían adoptar algunas medidas de precaución impuestas por el capitán. John había escuchado todo lo que Elsa le había explicado sobre el punto de vista del asesino al elegir a sus víctimas.

John estaba totalmente de acuerdo con lo que Elsa le explicaba. Durante las horas que él había estado hablando con las personas del centro de ayuda, había conocido a personas que luchaban contra sus adicciones y también a quienes lo único que necesitaban era ser escuchados. Ese lugar ofrecía terapia a todas aquellas que se sintieran diferentes y necesitaran comprensión a la hora de hablar de sus preocupaciones para, de ese modo, poder aceptarse a sí mismos. En el centro de ayuda colaboraban personas con gran empatía por el sufrimiento ajeno a través de vivencias personales que los habían situado en la misma posición que los que acudían en ese momento buscando soluciones. John había conocido a un hombre en particular que llevaba años observando y escuchando a los que se acercaban al centro en busca de paz para sí mismos. Ese hombre había sido maestro y había acompañado a una alumna suya a ese lugar buscando valentía para decir a su familia que quería ser un chico. Desde entonces, se había acostumbrado a estar por allí y ofrecer su hombro a personas que lo necesitaban además de adquirir más conocimientos que pudieran ayudarlo a él mismo en su día a día en el colegio.

Cada uno de los inspectores había hecho un estudio rápido sobre las filias sexuales de las víctimas. Lo que les quedaba por considerar a partir de ese momento era cómo dar con el punto en común entre víctima y asesino. El pensamiento más recurrente de John era que si encontraban el nexo de unión, podrían encontrar al culpable.



Al igual que la vez anterior, cuando los inspectores se preparaban para abandonar la comisaría e irse para sus casas, había aparecido en la puerta de la oficina un mensajero con un sobre en blanco salvo por los nombres de los inspectores a quienes iba dirigido. Elsa y John se quedaron paralizados.

Queridos inspectores,

Esperaba más de vosotros. A estas alturas todavía no tienen indicios claros de quién está detrás de esos terribles sucesos que investigan.

El inspector John Murriel ha sido un héroe para el país, ha matado en su nombre aludiendo a la libertad, pero también es un asesino sin escrúpulos en sus ratos libres, yo lo sé. Elsa Parker, en cambio, parece fomentar la disciplina, se controla frente a los demás.

Nos veremos pronto cara a cara.

Saludos,

Yo

Elsa no encajó muy bien la última carta que les había hecho llegar el asesino. No recordaba que en algún momento de su carrera como policía de la ciudad de Blue, el delincuente fuese quien conociera más cosas sobre los propios investigadores. A ella no le agradaba nada la situación de saberse vigilada. Alguien había estado siguiendo sus pasos y había prometido que se verían en el futuro, al menos, así lo estaba planeando. No lo podía permitir, en ese momento estaba saliendo con alguien que no se merecía estar implicado en sus problemas: debía avisar a Arthur.



Esa noche, cuando Elsa llegó a su apartamento, se quedó paralizada en la entrada pensando, mientras que sujetaba el zapato que se había quitado con una mano para luego andar a la pata coja por el recibidor buscando la copia del informe de las autopsias que guardaba ella. Elsa respiró aliviada, pues tenía el material necesario para leer mientras se daba un baño. Sin zapatos ni cazadora, se dirigió a la cocina para llamar por teléfono a su restaurante chino preferido y encargó la cena para que se le entregara con suficiente tiempo para que el baño relajante fuera largo.

Una vez dentro de la bañera y bien acomodada, Elsa tomó los informes de las chicas que estaban en una mesita a la derecha del baño y una copa de vino que colocó a su izquierda. A la izquierda de la bañera se encontraba una pequeña ventana por la que podía mirar a los vecinos caminar por la calle. Estaba relajada con la cabeza ladeada mientras leía de nuevo el informe forense de las chicas y lo alternaba con las cartas que enviaba el asesino tras cada agresión cuando, una de las numerosas veces que cambiaba de mano el informe por la carta, se fijó en que alguien estaba apoyado en una de las farolas de la calle. Ella pudo ver que se trataba de un hombre alto, robusto y encapuchado, pero no lo reconocía y no quería incorporarse más en la bañera porque no estaba muy segura de que pudiera verla del todo. Sin embargo, Elsa se quedó mirando hacia ese hombre con curiosidad hasta que él, girándose hacia las sombras, comenzó a caminar calle arriba.



A la mañana siguiente, John recordó que tenía que pasar de nuevo por casa de su compañera antes de ir a trabajar. Cuando se levantó de la cama le sorprendió ver que tenía un mensaje de Elsa en el móvil. El caso nuevo estaba interfiriendo en su vida privada. El día anterior habían descubierto que el asesino de esas dos chicas los vigilaba mientras realizaban su trabajo interrogando a amigos y familiares de las víctimas y, esa mañana, Elsa le había enviado un mensaje pidiéndole que pasara por su casa antes de ir a trabajar. Cuando John estuvo en la puerta de la casa de Elsa dispuesto a tocar el timbre, el cerrojo se abrió y Elsa lo invitó a pasar.

—Buenos días —dijo Elsa, sorprendiendo a John con una actitud mucho más amigable que la de la vez anterior.

—Hola, ¿estás bien? Me ha sorprendido tu mensaje. No entiendo cómo se nos ha ido de las manos así este caso: el asesino se está acercando demasiado a nosotros —le preguntó John mientras hacía conjeturas sobre las motivaciones que podían llevar a un delincuente a vigilar a un inspector de policía.

El poco temor a represalias que mostraba el hombre era sorprendente, en realidad, se creía intocable y confiado. John pensaba que ese punto de vanidad que demostraba iba a ser la clave para pillarlo. Por otro lado, cabía la posibilidad de que no fuera solo una persona y que en algún lugar había un lazarillo que le hacía el trabajo sucio. La vigilancia de un policía no era fácil, ya que por su trabajo este se movía constantemente y no daba tiempo para preparar el siguiente asesinato y los inspectores sabían que habría más por las cartas y la forma de actuar de ese tipo de

psicópatas.

—Sí, yo estoy bien. Te llamé para curarme en salud cuando lleguemos a comisaría y me toque contarle al capitán que creo que me vigilan —se explicó Elsa.

—No es tan fácil. Si alguien te ha vigilado una vez y, además, no le ha importado que lo vieras, es probable que vuelva —observó John.

—La verdad es que ayer cuando vi que se iba, salí de la bañera y me aparte de la ventana. No volví a verlo —tranquilizó Elsa a su compañero.

John se estaba portando muy bien con ella. Los últimos días habían congeniado más de lo que pensaba en un principio que harían, eso alegró a Elsa. Ambos se encontraban en la isla de la cocina mientras charlaban y tomaban un café. Allí planearon cómo mantenerse alerta y no hacer ninguna investigación uno solo, sino siempre juntos aunque avanzaran más despacio.



El trabajo ese día había sido muy tranquilo. Elsa estaba muy callada desde que el capitán había impuesto que un agente debía hacer guardia en su casa hasta que se resolviera el caso. John, en cambio, parecía frenético. La investigación no aportaba nada nuevo y se le acababan las personas a las que interrogar.

—Elsa, ¿te encuentras bien? Te veo cansada. Podemos seguir mañana, hoy no estamos consiguiendo nada —propuso John al ver a Elsa tan distraída, incluso enferma—. Si quieres continúo yo un rato más a ver si consigo hablar de nuevo con el dueño del local de striptease. Quizás, él sí conozca a algún acosador de Mia o a alguien que pasara mucho tiempo con ella que pudiera ser amigo de su terapia.

—Vale, la verdad es que estoy cansada. Creo que estoy incubando algo —contestó Elsa, levantándose de la silla despacio.

No sabía por qué, pero no se encontraba nada bien, esperaba que no fuese un catarro aunque la otra alternativa era que le hubiese sentado mal salir de cena con Arthur la otra noche, y si no recordaba mal al día siguiente había tenido dolor de cabeza. El vestido que se había puesto sería el culpable, aunque era largo hasta la rodilla también era muy fino.

La tarde había sido corta para Elsa; se encontraba mal y pronto se fue para casa con un agente, por precaución. John prometió ir a visitarla más tarde para contarle lo que descubriera de la entrevista que iba a tener de nuevo con la hermana de Mia. La vez anterior, Elsa había hablado con ella por teléfono, por eso, esta vez, le dijo a John que se acercaría a comisaría, pues tenía que acercarse a la ciudad a recoger las cosas de su hermana.

Cuando terminó la entrevista que tenía prevista para esa tarde, John dio por terminado el día prácticamente igual que lo había empezado: sin avanzar lo más mínimo. La persona que estaba secuestrando y matando a esas chicas tenía que estar cerca de ellas, de alguna manera debía conocerlas, ya que sabía partes de su vida que eran muy íntimas. Sin embargo, ninguna persona entrevistada sabía decir si alguna de esas mujeres había tenido un amigo extraño o que hubiera hecho algo fuera de lo normal alguna vez.

John estaba frustrado. No podía concentrarse ni tan siquiera en los informes que había leído infinidad de veces. Pensó en ir a ver cómo se encontraba Elsa y aprovechar para ponerse al tanto de las cosas que habían pasado esa tarde, así también podría marcar otro modo de cómo continuar

con la investigación.

Elsa había ido a abrir la puerta con el pijama puesto, los calcetines por encima del pantalón y una bata, realmente se encontraba peor a cada rato. John se había acercado a ella y le había enseñado la bolsa con la comida que había llevado. La recuperación del catarro dependía de la sopa. Elsa había cogido de la cocina dos recipientes y cubiertos, y se había vuelto a acomodar en el sofá del salón. John se había quedado por petición de ella a cenar y luego vieron la televisión un rato.

Capítulo 9

Elsa se encontraba mejor después de descansar a base de sopa y tranquilidad. Por la mañana, había decidido que le debía una visita a Arthur. Él había ido a ver cómo se encontraba y le había enviado numerosos mensajes con deseos de que se recuperase. Él tenía un piso en la ciudad, pero desde que había dejado el trabajo en la universidad vivía en la casa familiar a las afueras. Cuando Elsa llegó a la casa, se encontró con una verja enorme que le era imposible de atravesar, pues se cerraba de manera automática: alguien debía abrirle. Arthur había estado esperando que llegara hasta allí por lo que había sido él quien le abrió la puerta y la ayudó a salir del coche cómo lo hacía un caballero en otra época. Él le había enviado flores a comisaría la primera vez que Elsa había aceptado una cita, un tipo de rosas preciosas que cultivaba en su invernadero, por lo que lo primero que hizo después de cogerla de la mano para apoyarla sobre su brazo fue llevar a Elsa al invernadero para que eligiera la rosa que más le gustase. Después del gesto más romántico que Elsa recordaba, ambos entraron en la casa donde les esperaba un desayuno especial que había preparado la cocinera de Arthur.

La mesa de la biblioteca estaba preparada con un desayuno de los que Elsa no había vuelto a ver desde que se independizó, cuando se había convertido en policía. La mirada de Elsa se trasladó a la fuente de fruta que constaba de manzanas, fresas y piña partida en rodajas, suficiente para que se le hiciera la boca agua. En la bandeja de al lado había un bizcocho casero de manzana y pastas, además de las tostadas con mermelada. Elsa sonrió a Arthur como una niña complacida, quien la instó a que se sentara en una silla que estaba al lado de la suya. Él tenía a su izquierda en la mesa el periódico doblado de ese día, el cual ya había leído más temprano mientras esperaba la llegada de la chica.

Arthur había recibido el mensaje de Elsa el día anterior, pidiéndole que se vieran porque ella quería contarle una duda que tenía sobre las filias que se le atribuían a las víctimas del caso en el que estaba trabajando. Elsa sabía que él había sido voluntario en el centro de ayuda social de Blue además de fundador y era en ese lugar donde una de las chicas investigadas iba a terapia. Quizás, él había conocido a Mia y podría ayudar a Elsa a averiguar sobre posibles novios o amigos que tuvieran problemas con ella y pudieran por eso querer matarla.

—Esto es estupendo, Arthur —dijo Elsa, señalando la mesa con todo el desayuno dispuesto—. No me esperaba algo tan formal cuando te pedí que nos viéramos para hablar de un caso complicado que tenemos ahora. En realidad, no es nada oficial que sepan en comisaría, solo abuso de tu confianza para conocer de primera mano cómo funciona el centro.

—No me importa que me llames por interés. Estoy encantado de poder ayudarte —contestó Arthur, riendo por la incomodidad que sentía Elsa—. Además, así te veo otra vez antes del viernes.

En ese momento, Elsa se acordó de que habían hecho planes para ir al teatro y luego a pasear por la ciudad. Era un hombre tranquilo que disfrutaba de los pequeños detalles, eso a Elsa le encantaba, pues ella siempre estaba corriendo de un lugar a otro.

—Gracias, Arthur, la verdad es que me tiene desconcertada la función que tiene el centro —comenzó a describir su caso con auténtica confusión además de un poco bloqueada por la falta de sospechosos que habían encontrado.

—El centro de ayuda lo fundó mi amigo Jack cuando salió elegido alcalde. Su hermana había tenido problemas con las drogas y no encontraba en la ciudad de Blue un lugar donde pudieran ayudarla de verdad, que se preocuparan por sus problemas y cómo se sentía ella al haber fallado a la familia. Una vez que admites que tienes una adicción a lo que sea, tienes que empezar de cero: familia, amigos, trabajo y tú mismo. La hermana de Jack agradecía mucho el cariño que le demostró él, pero ella no sabía cómo perdonarse. De aquella necesidad surgió la idea de un centro con voluntarios capacitados para que las personas no solo superasen su adicciones, sino también para ayudarles a recuperar la confianza para seguir con su vida. La gente habla muy bien del lugar porque la ayuda psicológica continúa.

—¿Cómo se ayuda a las personas que tienen filias sexuales? ¿Son una enfermedad? ¿Puede curarse? —preguntó Elsa con curiosidad. Para ser sincera, ella preguntaba con total desconocimiento sobre el tema.

—La filias sexuales son gustos y preferencias de cada persona a la hora de tener relaciones. Puedes excitarte con cualquier cosa, acción o sentimiento. Todos somos diferentes y debemos aceptar cómo somos para disfrutar de ello, nunca castigarnos. Para eso están los centros de ayuda con profesionales que no te juzgan, sino que procuran que te aceptes como eres —le explicó Arthur de la manera más sencilla que pudo.

—Supongo que es mucho más complejo, pero agradezco una explicación simple para comprenderlo —dijo sincera Elsa, quedándose pensativa—. Hemos hablado con un psicólogo para que nos ayude a realizar el perfil del asesino. Tratamos de comprender en qué piensa el asesino para querer matar a esas chicas.

—Que una persona le quite la vida a otra es totalmente incomprensible, sea cual sea el motivo —opinó Arthur, convencido e intransigente.

Elsa estaba totalmente de acuerdo con Arthur, que las chicas asesinadas tuvieran gustos sexuales que la sociedad no aprobaba por desconocimiento o prejuicios no quería decir que estuviera mal o que debieran cambiar su actitud. Las fantasías y prácticas sexuales debían ser libres, siempre y cuando tuviesen consentimiento por parte de la pareja. Con ese nuevo pensamiento o reflexión se quedó Elsa. El resto del desayuno la conversación se desarrolló en torno a ellos dos. El viernes por la noche iban a asistir al teatro juntos y aunque Arthur se había negado a decirle a Elsa que obra era a la que asistirían, ella estaba emocionada de igual modo. Al fin y al cabo, saldría con él esa noche y le gustaba la idea. Arthur era un hombre misterioso. Elsa lo veía como alguien bueno en una primera impresión y desafiante con mayor complicidad. Pasaron la mañana hablando de los libros que había en aquella estupenda biblioteca. Él había sido un gran médico cirujano, le gustaba decir que no había desperfecto que no tuviera solución en el cuerpo humano, todo se podía arreglar si estaba roto.

Para Arthur, la enseñanza era otra de sus pasiones, de ahí que al dejar la medicina, comenzara a dar clases y escribir lo que durante años había aprendido en quirófano. El curso de criminología que había hecho Elsa cuando ingresó en la policía para aprender a dar la importancia necesaria a la recogida de pruebas había sido uno de los primeros que había impartido él. Más tarde, había comenzado a escribir sobre ello y sus libros habían tenido mucho éxito entre los profesionales del sector.

Esa mañana, Arthur había mostrado a Elsa artículos sobre las filias de muchos pacientes que

había tenido él cuando trabajaba de voluntario en el centro de ayuda. Él escuchaba a todo el mundo cuando hablaban de sus problemas; muchos de esos artículos que había escrito habían sido utilizados por su amigo Jack a la hora de convencerlo para que formara parte del proyecto del centro de ayuda. A esas alturas, Arthur era uno de los principales colaboradores y, además, le encantaba participar en la terapia. Mía Such no había formado parte de su grupo aunque sí que la había conocido en las salas comunes, solo de pasada, pero Arthur se acordaba de la chica físicamente.

La mañana se había pasado rápido, Elsa debía pasar por comisaría y contrarrestar opiniones con John, él también había estado investigando. Elsa había visto en el móvil que su compañero le había escrito. Se dispuso a contestar cuando recibió un segundo mensaje instándole a que se acercase a la oficina. Elsa debía irse, por lo que se había despedido de Arthur en la biblioteca creyendo que él se quedaría en la mesa, pero, en realidad, se había levantado para acompañarla hasta la puerta. Cuando pasaron por un pasillo que daba a la cocina, Elsa había creído reconocer una voz que decía que el envío que había llegado esa mañana era demasiado pesado para moverlo él solo, necesitaba al mozo para trasladarlo al granero. Elsa se encontraba en la puerta de la casa y, sin pensar en lo que hacía, echó un vistazo a la finca, observando lo que había. No había visto ningún granero cerca y se sintió estúpida al cotillear de ese modo.

Por fin, se había subido en su coche y puesto rumbo a la carretera principal. Su trabajo había sido agobiante las últimas semanas. Elsa se había propuesto encontrar a ese asesino cuanto antes. Las notas que había recogido esa mañana podrían ayudarla.

Una vez en comisaría, Elsa se había acercado a la mesa que compartía con su compañero para ponerse al día. Él había descubierto algo importante, por lo que había llamado dos veces a su teléfono. Sin embargo, John no se encontraba allí, sino en la oficina del capitán. Este había salido para llamar su atención y que formara parte de la conversación. La hermana de Sarah Miller había llamado a los inspectores porque había recordado que su hermana se había sentido observada en más de una ocasión por la noche cuando estaba en casa, sobre todo, por la ventana del baño o cuando tomaba un vaso de agua en la cocina. Sarah había descrito a su hermana un hombre con una sudadera con capucha, alto y fuerte aunque un poco encorvado que se apoyaba en una farola frente a su apartamento. La hermana de Sarah no le había dado importancia porque era una chica muy sociable que conocía gente en todas partes y si Sarah no se había preocupado pensando que era un acosador, ella misma tampoco lo haría... hasta ese momento en el que su hermana estaba muerta y le preocupaba todo.

El capitán lo único que había escuchado de toda la llamada telefónica que había descrito John había sido «acosador», por lo que puso a los dos inspectores bajo protección policial. John había declarado no necesitar protección, pues el asesino no perseguía a hombres, además, de querer ser él quien vigilase a Elsa, para así poder reconocer al chico en caso de que apareciera de nuevo. Elsa no estaba de acuerdo en que estuvieran con ella durante todo el día, pero el capitán había amenazado con ser él mismo quien la encerrara en el calabozo si no obedecía. Elsa, resignada, había accedido a que fuera John quien hiciera la guardia en su casa y no otro compañero.

Las horas siguientes habían pasado muy despacio. John y Elsa pasaban juntos las veinticuatro horas del día, hablando siempre de la necesidad de capturar al asesino. Pero los familiares de ambas víctimas no podían ayudarlos con sus pesquisas, pues las dos chicas eran independientes y vivían lejos de su casa, por lo que no conocían a sus compañeros de trabajo ni amigos que no fueran los de siempre.

Capítulo 10

Arthur se encontraba en la biblioteca de su casa leyendo el periódico como todos los días cuando recibió una carta por mensajero con el remitente de Elsa. De nuevo, se había sentado en su escritorio para descubrir de qué trataban los papeles. Le vino a la cabeza la conversación que había mantenido con Elsa la noche pasada cuando habían asistido al teatro y luego de paseo. Le había preguntado qué tal llevaba el caso. La verdad era que Elsa sonaba cansada de no encontrar las pistas necesarias que les llevaran a encontrar algo importante que les permitiera avanzar.

Elsa había hecho llegar a Arthur los informes forenses y las declaraciones de las personas que habían interrogado durante esas semanas. La idea principal había sido que él, como monitor en el centro de ayuda, pudiera reconocer a alguien con las características que habían marcado en el perfil del asesino, en el caso de que este hubiera asistido a alguna de las charlas y sesiones de grupo.

El perfil que había desarrollado Elsa describía a una persona solitaria, con mucha personalidad, egocéntrica y autoritario por la forma que tenía de describir las agresiones a las chicas en las cartas. La vigilancia de la vida privada de ellas lo hacía meticuloso y obsesivo. Elsa creía que en cierto modo quería ser descubierto, pues las cartas que escribía detallaban lo que significaba para él todo el proceso desde el secuestro hasta el asesinato y quería reconocimiento por el trabajo bien hecho.

Arthur, tras leer los informes que había recibido, comenzó a repasar las fichas de las personas que participaban en ese momento en los grupos de apoyo y luego las de las personas que hacía tiempo que habían pasado por el lugar en busca de ayuda. Elsa le había pedido colaboración a Arthur con la intención de que él fuera capaz de eliminar a los que no encajaban en el perfil y seleccionar a unos pocos para poder investigar más deprisa. Gracias a él habían descubierto a dos hombres de mediana edad que encajaban en el perfil y se encontraban en la ciudad de Blue. Ambos habían pasado por el centro buscando ayuda psicológica tras su adicción al crack.

Liam y Mathew eran dos jóvenes violentos que habían dado muchos problemas en el centro de ayuda durante su rehabilitación. Ambos habían vuelto a consumir después de asistir a reuniones del grupo de apoyo y habían intentado solucionarlo por segunda vez. Solo Liam había conseguido mantenerse limpio. Mathew había muerto de sobredosis hacia cinco meses.

John había ido a casa de Liam para hablar con él sobre el centro de ayuda y sus posibles implicaciones en el asesinato de Sarah Miller y Mia Such. Hacía unos minutos que los dos habían entrado por la puerta de comisaría en dirección a la sala de interrogatorios. Liam Blond no se había resistido a acompañar al inspector hasta comisaría, pues el caso le resultaba llamativo por la publicidad que le habían dado en la televisión. Solo le había faltado sonreír cuando el inspector lo sentó y esposó en la mesa.

Elsa estaba esperando en su escritorio a que llegaran mientras hablaba con una agente de policía sobre los planes que tenía esta para esa noche, hasta que vio a su compañero arrastrando a un chico bastante grande que llamaba la atención. Ella se despidió de la agente y se encaminó

detrás de John una vez este había cerrado la puerta de una de las salas de golpe.

—¡Señor Blond! —saludó Elsa cuando entraba por la puerta de la sala de interrogatorios tras ver a su compañero cruzando comisaría con un detenido minutos antes.

John estaba apoyado en la mesa con una carpeta abierta llena de fotos mientras el detenido se encontraba sentado y esposado en una silla escuchando lo que el inspector le decía. El hombre reconocía que había pasado por un mal momento y que había asistido a terapia y grupos de apoyo para poder superarlo. Pero hacía mucho tiempo que no se cruzaba con esas dos chicas, ni siquiera asistían a los mismos grupos: ellas no tenían problemas con la adicción a las drogas.

—Es cierto, señor Blond, pero esas chicas llamaban la atención en los descansos. Formaban parte de grupos con adicción al sexo y sus filias. Las personas somos muy curiosas y siempre nos acercamos a saber un poco más sobre ello —continuó John con la intención de que el hombre se viera insultado y optara por decir algo.

—Mire, inspector, reconozco que se quienes son ellas, sobre todo, Sarah. Esa chica nunca se ocultó de nadie, yo nunca supe por qué iba a terapia, estaba seguro de que se enorgullecía de ser libre —contó Liam—, sin embargo, yo no soy el tipo de chico que puede acercarse a esa mujer. No lo haría nunca, me rechazaría sin pensárselo.

—Entonces sería muy fácil para ti, un hombre alto y fuerte, secuestrar a la chica y demostrarle que eres mejor que ella —le provocó John un poco más, sabiendo que esa era una acusación de la que tendría que defenderse o podría considerarlo culpable.

—No, inspector —dijo él sin quitarle los ojos de encima a Elsa, que estaba apoyada en la pared sin intervenir en el interrogatorio—. No, para nada.

John se estaba cansando de los monosílabos del hombre. ¿Qué pretendía?

Reconocer que conocía a Sarah y que no había intentado acercarse a ella eran dos cosas diferentes y contradictorias. La chica le gustaba, eso podía notarlo John cuando le preguntaba por ella y le enseñaba fotos, pero no admitía conocerla personalmente, solo de vista.

—¿Intentaste ligar con Sarah y ella te rechazó? ¿Y Mia? Mia era diferente. Se sentía culpable por lo que sentía. Tú te sentiste en la obligación de consolarla hasta que la viste con otro hombre que también acudía a terapia. ¿Conoces a Jou? —presionó John, aunque sin mucho éxito.

—No puedo ayudaros, inspectores. Sé que estáis buscando a alguien del centro porque las dos chicas muertas iban por allí, pero yo no soy el culpable de sus muertes —continuó Liam demasiado tranquilo.

John salió de la sala de interrogatorios hecho una furia: no era el culpable. Al chico se le podía acusar de prepotente, pero no de asesino. Sin embargo, Elsa no estuvo de acuerdo en dejarlo libre esa tarde. Quería que estuviera encerrado unos días a ver si con un poco de suerte se cansaba y nombraba a alguien que pudiera aportar respuestas mejores.

—¿Cómo sabes que Sarah iba a terapia? Ningún familiar ha confirmado eso —preguntó Elsa, sintiéndose desinformada.

—Sarah no iba a terapia, solo Mia. Este hombre quiere popularidad cuando salga de aquí, piensa que lo voy a soltar pronto y que podrá presumir de que lo han detenido por asesinato. Venderá su papel de víctima a todos los medios —dijo John a su compañera mientras esta se quedaba muda.

—En realidad, ha reconocido que le gustaba Sarah, incluso que lo rechazó —insistió Elsa.

—Sí, estoy seguro de que le gustaba esa mujer. Era muy guapa y sus fotos aún están en las redes sociales. Yo creo que se ha preparado este montaje. Sabía que íbamos a por él y nos ha provocado a mí y al agente que me acompañó para que no nos quedara más remedio que traerlo a

comisaría. Lo estaba deseando. Alguien llamó a su piso para saber si estaba antes de ir a hablar con él —dijo John.

—Lo bueno de esto es que si el asesino de verdad se siente apartado del foco de atención quizás mueva ficha —suspiró Elsa. Su compañero no le había avisado del circo que estaban montando. La había apartado y no sabía por qué.

Elsa se preguntaba por qué les había dicho Arthur que ese chico podía tener algo que ver en las muertes que estaban investigando. Ella le había enviado el perfil criminalista que había desarrollado. Los motivos que había tenido Arthur para hacer eso solo los sabía él mismo. Era probable que se hubiese enfadado con ella por usar la relación que mantenían para descubrir cosas del centro. Elsa había recibido el mensaje alto y claro: nada de favores para el trabajo.



Los inspectores se encontraban enfrascados con el papeleo para que el presumido con el que se habían topado pasara una noche en el calabozo y al día siguiente pudiera provocar con sus declaraciones al verdadero asesino. Esperaban que el análisis que estaban haciendo los expertos de la policía de las cartas pudieran ayudar en el dónde y cuándo habían sido escritas. Cualquier pista que les ayudara a reducir posibilidades sería bien recibida. John había oído un ruido en el pasillo de las salas de interrogatorios: algo había reventado el suelo o la pared. Se incorporó tan deprisa que tropezó con su propia silla al comenzar a caminar en esa dirección. A los pocos metros de su mesa comenzó a pisar un río de agua que se movía hacia las oficinas y mesas de los agentes, incluso un pequeño hilo de agua corría escaleras abajo en dirección a la morgue y a los laboratorios.



Los equipos de emergencias eran los únicos que se habían quedado en la comisaría intentando achicar el agua de la planta baja y reparando la avería. Al parecer, se había roto una cañería que pasaba entre los vestuarios, se había atascado y no había soportado tanta presión. John y Elsa se encontraban en la puerta principal de la comisaría esperando que los dejaran pasar un minuto a recoger algunas carpetas que estaban en los cajones para seguir trabajando desde casa. Finalmente, John pudo entrar a por lo que necesitaban y salir de allí antes de que lo viera el jefe de bomberos y lo echara a voces.

Los dos estaban derrotados y sin ideas cuando había comenzado aquel caos, pues no encontraban una pista sólida desde hacía días. Los familiares de Sarah Miller habían llamado hacía unas horas y no habían podido contarle nada sobre algún avance porque lo que tenían en ese momento era muy poco. Elsa pensaba que se les había pasado algo como el no haber interrogado a todas las personas necesarias, por ejemplo, a los familiares de Paul. Un inspector de su distrito le había dicho a Elsa durante una llamada telefónica que los padres del chico tenían una casa en los Hamptons. En ese momento, ella había decidido que al día siguiente se iría de excursión a la playa para intentar averiguar algo más, porque en lo que restaba de día donde mejor estaba era en su sofá.

John se había acercado a Elsa con las carpetas que había podido recoger de la mesa y decidieron ir para casa caminando.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó John con un suspiro—. Podríamos ir hasta la playa y preguntar en la comisaría de allí si tienen algún sospechoso de la muerte de Paul. Podemos presuponer que es el mismo que el de Sarah Miller ya que estaban juntos.

—Eso es lo que yo estaba pensando hace un momento —dijo Elsa, riendo por la complicidad que nunca antes habían tenido.

—Vale, eso arreglado... y la cena de hoy: ¿qué vamos a hacer? Yo voto por pasta, tomate y vino —preguntó John, ya que seguía viviendo con ella hasta que encontraran al asesino y al acosador o a los dos, puesto que podían ser el mismo.

—Hay un restaurante al lado de mi casa. Si quieres, la pedimos ahí por teléfono. Lo llevaban rápido al domicilio —propuso Elsa.

Una vez en casa, se pusieron cómodos con chándal, mallas y calcetines altos. La mesa del comedor estaba preparada. Habían pedido la comida pocos minutos antes y, mientras, estaban bebiendo una copa de vino frente a la televisión viendo las noticias. Los periodistas describían el caso que llevaban ellos como el misterio del año y la ineptitud de los inspectores, lo que no les había hecho ninguna gracia a ninguno de los dos. Aunque si era cierto que empezaba a ser muy frustrante no poder ofrecer a los familiares noticias nuevas.

El timbre de la puerta sonó, sacando de su concentración a Elsa, que se encontraba sentada en el sofá con una manta por los pies y la copa de vino en una mano. La manta voló hacia atrás y se encaminó a por la cena. El comedor estaba justo enfrente de la puerta doble del recibidor por lo que John veía perfectamente cómo su compañera abría la puerta. Al otro lado, se encontraba un joven con una bolsa térmica donde llevaba el bol de plástico con la cena. Elsa pagó al chico a la vez que cerraba la puerta y olía el contenido de la bolsa. John se levantó y fue hasta la cocina por el lado del salón para ayudar a Elsa a servir los platos. En los días que había pasado John en casa de su compañera, había estado leyendo durante las cenas y estudiando los informes que tenían. Buscaba una conexión entre las chicas, pero no la hallaba: eran muy diferentes y se movían en círculos opuestos. Quizás, el asesino había sido su único punto en común, solo tenían que encontrar el lugar o circunstancia en la cual se habían cruzado con él.

—No estás comiendo nada, se te va a enfriar el plato —dijo Elsa. Su compañero estaba petrificado mirando por la ventana. Ni siquiera estaba segura de que hubiera oído su comentario.

—¿Qué? Perdón, estaba distraído. ¿Has visto el hombre que estaba en la farola de enfrente? Estamos un poco apartados de la ventana, pero creo que te estaba haciendo fotos cuando fuiste a la cocina a por más vino —explicó John.

Capítulo 11

Con energías renovadas tras una noche de sueño tranquilo, Elsa se despertó en su cama con los rayos del sol entrando a través de las cortinas. Ella siempre había sido muy activa en sus investigaciones, interrogaba a todo el mundo sin dejarse nada guardado para otro momento, sin embargo, la noche pasada cuando su compañero le preguntó si había visto al hombre que vigilaba la casa, le había mentado. Si era cierto que esa persona era quien ella sospechaba, se lo haría saber a John. Pero no creía que el joven hijo del vecino que había declarado estar enamorado de Elsa fuera su asesino.

La expresión de la cara de Elsa era radiante cuando bajó a la cocina para desayunar. Iba vestida para ir de viaje a los Hamptons a preguntar a la comisaría vecina sobre el caso de Paul. John se había quedado dormido en el sofá del salón la noche entera, por lo que cuando Elsa empezó a preparar el café y unas tostadas, él se despertó con un gruñido mientras se caía al suelo al intentar estirarse.

—¡Mierda! ¿Qué demonios hago aquí? —grito él de mal humor, mientras que Elsa se reía desde la cocina.

—¡*Sorry!* Tienes un despertar muy dulce —le vaciló ella.

En ese momento y mientras John iba camino de la ducha, Elsa cogió el móvil, pues Arthur la estaba llamando para darle los buenos días y preguntarle si había recibido el regalo. Ella no sabía de qué le estaba hablando, hasta que abrió la puerta de la calle y vio que había un ramo de flores de su invernadero.

Al cabo de diez minutos, John había regresado a la cocina totalmente despierto y preparado para comenzar la mañana. Le agradecía a su compañera temporal de piso el termo de café que le ofrecía con una tostada. Así se había encaminado a la puerta mientras Elsa se paraba a oler el ramo de flores que había colocado en medio de la isla de la cocina durante un segundo. Tras mover la cabeza en forma de resignación y poner los ojos en blanco, John hizo una broma aludiendo al amor. Así salieron de casa en busca del coche para emprender el viaje, aunque antes habían decidido pasar por comisaría para asegurarse de que no tenían correo importante. El capitán los había visto entrar por la puerta y se acercó a ellos para entregarles un sobre dirigido al capitán de la comisaría de los Hamptons para intentar que se ayudaran entre ellos. Como la comisaría había sido arrasada por el agua de las tuberías rotas el día anterior, todos los agentes e inspectores se movían en un espacio reducido, algo que estaba agobiando a John, por lo que este había agarrado el sobre con la intención de salir de allí cuanto antes.

Elsa intentaba seguirle el paso cuando una mano le agarró del brazo para detenerla y hacer que se parase a su lado. Ella se giró para ver la cara del hombre y reconoció a Mad, el chofer de Arthur. Mad se había acercado a comisaría para entregarle un paquete de parte de su jefe.

—Hola, Mad. ¿Qué tal? —saludó Elsa.

—Buenos días, señorita Parker. Vengo a entregarle esto —dijo Mad a la vez que le ponía en las manos una caja negra que medía más o menos una cuarta y era cuadrada—. Es de parte de

Arthur. Le preocupa que te encuentres en peligro.

—¡Oh! Qué detalle. Me encantaría abrirlo ahora e invitarte a un café, pero tengo que ir fuera de la ciudad a seguir con una investigación. No puedo quedarme —se disculpó Elsa—. Prometo llamarle esta noche.

—Está bien, yo se lo digo —recogió la información Mad.

Elsa se dio media vuelta para dejar el paquete en lo que quedaba de su mesa y poder recogerlo más tarde a la vuelta. La verdad era que le intrigaba lo que pudiera encontrar dentro. Se imaginó que sería algo romántico, por lo que no quiso abrirlo delante de sus compañeros. Lo recogería por la noche y se lo llevaría a casa.

—Mad, tengo que irme. Nos vemos pronto —informó ella con prisa mientras salía por la puerta.



En el coche y con dirección a la autopista, Elsa repasaba la conversación que había mantenido con el inspector de los Hamptons sobre Paul mientras John conducía.

—¿Cómo decidiste que querías ser policía, Elsa? —le preguntó John.

John había visto cómo su compañera cerraba la *tablet* donde guardaba los informes y aprovechó para conocer un poco más de su vida.

—La verdad es que no lo sé. Había terminado la carrera de biología y sabía que mi única salida iba a ser un laboratorio, en el mejor de los casos, o dar clases en algún colegio. Mis notas no eran excelentes como para trabajar en el mejor laboratorio, por lo tanto, me tocaba dar clase. La policía era una opción más divertida y me podría seguir formando con cursos de criminología y realizar perfiles asesinos. ¡Hasta hice un curso sobre la mejor manera de recoger restos forenses! —relató Elsa, recordando la cara que había puesto Ruth cuando le contó lo que había estudiado: era exactamente la misma cara de sorpresa que se le había puesto a John en ese momento.

A Elsa le encantaba hablar de su formación en la universidad para luego dejar a la gente helada. Nadie se lo esperaba y a ella le resultaba divertido observarlos. John asentía, imaginando que la tranquila personalidad de Elsa estaba mejor desarrollando perfiles criminales que en un colegio con niños que podrían volverla loca.

—¿Y tú? ¿Cómo es que dejaste el ejército? ¿No había más misiones para ti? —preguntó Elsa con un poco de trampa, pues ella sí que había tenido acceso a su expediente antes de que llegara a comisaría.

—Las misiones nunca acaban, pero mi equipo sí. El último viaje que hizo mi unidad fue un desastre. Murió mucha gente; compañeros de toda la vida, pues había con nosotros amigos de la escuela con quienes me había alistado en su momento; amigos que hicimos dentro del ejército y que se convirtieron en familia. El año pasado se complicó mucho para nosotros, estábamos en un lugar en el que llovían disparos y bombas las veinticuatro horas del día. No había momento para descansar. Todo era una guerra de supervivencia, hasta el punto en el que en una misión todo se vino abajo y no tuvimos fuerzas para seguir. Cuando volvimos a casa, yo dije que nunca más: ya había hecho suficiente por mi país —contó John, intentando no recordar a su amigo Mike.

Elsa había intuido algo más que cansancio en esa última misión, puede que les hubiera pasado algo de lo que no se hubieran recuperado, pero no quería insistir ello. Sería mejor que se lo

contara él.

El resto del trayecto en coche hasta la zona playera más exclusiva de la ciudad se había pasado volando. Hacía buen tiempo y pararon a respirar el mar antes de llamar a su contacto en la comisaría para avisarle de que ya habían llegado. Era un lugar acogedor, con una zona comercial en el centro, como en la mayoría de los pueblos costeros; pequeños establecimientos familiares. Los negocios mejor situados eran los destinados al ocio y hostelería, pues en la temporada de verano se acercaban a disfrutar del sol y la tranquilidad de un lugar bonito con playa y montañas alrededor donde se escondían las mejores viviendas.

John y Elsa habían esperado a que apareciera el inspector del lugar para hablar con ellos en un local pequeño con vistas a la playa más popular en verano. En ese momento, con poca gente de paseo, pues no era la estación idónea del año.

El hombre que había entrado por la puerta se acercaba a la barra del bar para preguntar al camarero por dos policías de la ciudad con quien había quedado él. John había escuchado la pregunta y se presentó como el inspector John Murriel y la inspectora Elsa Parker que lo estaban buscando. El aludido le estrechó la mano como agente de los Hamptons y les informó de que con quién habían hablado por teléfono no había podido asistir, pero él mismo era su compañero.

El asesinato de Paul había sido un gran mazazo para una comunidad tan reducida como esa. El chico era hijo de una de las familias más antiguas que allí vivían. Paul había conocido a Sarah en el trabajo; los dos eran buenos en los estudios financieros de las grandes empresas y, además, sin miedo a invertir y confiar en sus análisis. Ambos tenían una gran fortuna gracias a ello, pero Sarah era muy ambiciosa y con la última firma que la había contratado para llevar sus inversiones había conseguido en el primer trimestre unos buenos resultados, o más bien ingresos más abundantes que en cualquier otra operación similar de la empresa. Ese éxito le había pasado factura a su salud. Sarah era una chica hiperactiva, pero en ese trabajo apenas había hecho nada. Paul había descrito el carácter de su amiga como obsesivo y preocupante. Durante meses, numerosas empresas con intención de invertir grandes sumas de dinero buscaban a Sarah en Blue. Ella aceptaba los trabajos a los que veía posibilidades y solvencia. Una de las empresas con las que trataba no era tan grande como para invertir. Era muy pequeña y preguntaron a Sarah cómo podrían mejorar: su ocupación era la limpieza de escenarios de crímenes. Sarah, dispuesta a conseguir que prosperase el negocio, ayudó a los chicos con la formación y administración, incluso, se matriculó en un curso que formaba en la recogida de material forense en la universidad de Blue.

En ese punto de la reunión, Elsa se había quedado paralizada por la sorpresa. ¿Qué hacía una chica que se dedicaba a las inversiones de grandes empresas formando a chicos con un negocio tan lejos de sus habituales? Y, además, realizando ella el curso.

—Perdón, no sé si lo he entendido bien: ¿has dicho que Sarah realizó ese curso? Ella era una chica de inversiones y esa formación se basa en un temario de química y biología muy extenso —intervino Elsa.

—Lo sé, eso mismo les pregunté yo a los padres de Paul. Paul les había dicho que Sarah intentaba ayudar a esos chicos con su empresa porque eran conocidos suyos, compañeros de colegio —contestó el policía.

—¿Qué tiene que ver todo eso con Paul? —preguntó John—. Vosotros lleváis la investigación de la muerte del chico, ¿no?

Elsa tenía la misma cara de sorpresa que su compañero: la policía de los Hamptons tenía más información que ellos sobre Sarah, aunque Elsa no había conseguido ver la relación de lo que les había contado con la muerte de los chicos.

—En realidad, nosotros hemos dejado de buscar al asesino de Paul como alguien con un problema con él. Creemos que iba a por Sarah y que su novio estaba en el camino del asesino — dijo el policía.

—Vale, entonces ¿hay que investigar a la empresa de limpieza de escenarios de crímenes? — preguntó John.

—O a personas que hayan estudiado ese curso de formación. En realidad, Mia Such también lo cursó. A ella le interesaba la parte de recoger las muestras de forma correcta para entregárselo a los forenses cuando los pacientes se desnudaran a su ingreso —explicó Elsa.

—Está bien. Aquí seguiremos con la investigación del negocio de esos chicos y vosotros recopilareis información sobre aquellos que realizaron ese curso de recogida de material forense —dividió el trabajo el policía de los Hamptons—. Siempre debemos estar en contacto, pues hay que resolver tres crímenes.

Elsa se había quedado pensando en la afirmación del hombre sobre los tres asesinatos, ya que él no había mencionado que el asesino se hubiera puesto en contacto con la policía de los Hamptons ni que hubiera escrito una carta describiendo el crimen.

—Yo quisiera preguntarte una última cosa: ¿se ha puesto en contacto con vosotros el asesino? —preguntó Elsa—. Nosotros hemos recibido dos cartas describiendo el asesinato de las dos chicas: Sarah Miller y Mia Such. Esta última no estaba con nadie en el momento del secuestro previo al asesinato.

John había pasado la *tablet* al policía para que pudiera leer las cartas que habían recibido. La expresión de su cara lo decía todo. Estuvo de acuerdo en que no era un crimen al azar, ya que semejante estudio e investigación demostraba que el asesino sabía a quién quería y buscaba cómo tener a esas chicas para él. El policía de los Hamptons ya había reconocido que Paul no era el motivo: debían buscar a alguien relacionado con ellas y así encontrarían al asesino de esos tres, hasta ese momento.



De regreso a Blue, el camino se había hecho más largo. Tanto John como Elsa estaban agotados de explicar tantas veces lo mismo e intentar encontrarle sentido. Elsa había querido parar en la playa a pisar la arena un rato, pensaba que era un placer hacer eso con la arena caliente a pesar de que el sol se había puesto. John también se había descalzado y remangado los pantalones para caminar por la arena, pero se había quedado en el camino junto al coche. Elsa, en cambio, había querido oler el mar. Ella había prometido que serían diez minutos y no había hecho esperar a su compañero ni un minuto más. Los dos se habían vuelto a subir al coche entre risas por la dificultad de limpiarse la arena de los pies y mantener el equilibrio a la vez. Las luces de la ciudad de Blue se habían hecho ver a lo lejos, estaban cerca de su merecido descanso, una última parada los separaba de casa y era la comisaría para posar las carpetas con las fotos e investigación que les habían entregado en los Hamptons. Además, Elsa podría recoger el regalo que le había enviado Arthur y que no había podido abrir esa mañana.

Capítulo 12

Charlie había salido del trabajo un par de horas antes esa tarde. Su novio le había pedido que tuviese la maleta preparada antes de las siete de la tarde para ir de excursión ese fin de semana. Noah había preparado una ruta de senderismo por el bosque de los robles. Era una parte del trayecto muy corta que podrían terminar en dos días si comenzaban a caminar temprano. Él conocía la afición de su chica por vestirse con ropa de deporte para ensuciarse en el monte pisando charcos y realizando las rutas de montaña siempre que su trabajo se lo permitía.

Noah había guardado el secreto durante dos semanas. Era una sorpresa para ella que no quería estropear.

Charlie estaba esperándolo en la acera del edificio, sentada en la maleta. El equipaje era solo de una bolsa, pero era enorme; miedo le daba pensar en cómo la meterían en el maletero de su Jeep Coompac junto con las mochilas, la tienda de campaña y los sacos de dormir, por no hablar de la cocina de gas para no hacer fuego en el bosque a la hora de comer.

Charlie era socia en un bufete de abogados que tenía mucho éxito. Su cartera de clientes era lo mejor de los laboratorios farmacéuticos de la ciudad de Blue, eran empresas querelladas a menudo, y a Charlie le encantaba defenderlas. En su interior sabía que para descubrir algo bueno, los avances médicos tenían que desarrollar muchos medicamentos con fallos. Ella defendía la investigación y las pruebas con pacientes humanos dentro de los marcos de la ley. Un trabajo que se le daba bien y cobraba en consecuencia. La niña que aún llevaba dentro recordaba a sus padres jugando con ella en la nieve, por eso siempre que podía regresaba a la montaña en la que siempre fue bienvenida.

Unos días atrás, ella había recordado el lugar al que había ido de joven durante una cena con su pareja. Suponía que por eso le había pedido Noah que preparara la maleta con ropa y calzado cómodo; creía que sería divertido ver a Noah en el monte sabiendo como sabía que era carne de ciudad. Charlie se había encargado de reponer el botiquín, pues sabía que lo iban a necesitar. Cuando vio a su pareja acercarse por la recta y bajar del coche completamente equipado con ropa nueva no podía dejar de sonreír sentada en su maleta.

—¿Qué tal, cariño? —preguntó Noah, convencido de que Charlie pasaría el mejor fin de semana desde hacía tiempo.

—Buenos días, bombón —contestó mientras se acercaba a Noah para darle un beso.

—¿Estás lista? Creo que te va a gustar mucho el sitio que he reservado, es casi tan exigente como tú en el juzgado —tonteó Noah, sabiendo que a ella no le gustaba que la compararan con esos carroñeros sin alma: ella era diferente, eso es lo que quería pensar.

Charlie notaba a su chico ansioso por llegar al hotel rural donde se alojaban antes de comenzar la caminata. Sabía que seguía adulándola, lo hacía sin parar desde hacía unos meses, desde que ella lo había pillado engañándola con la hermana de su mejor amiga. Esa relación había terminado, pero Noah le había pedido perdón mil veces y cuando decidió hablar con él de nuevo después de aquel horrible día para decirle que tenía que recoger las cosas de su piso, Noah le

pidió una segunda oportunidad y ella, tan enamorada que estaba, se la concedió, pese a considerar que era una mala idea.

Y allí estaban.

Noah sabía que esa escapada era una prueba para restablecerse de nuevo como la pareja que habían sido siempre antes de que él se liara con Mamen. Se agachó por la maleta de ella y, con una mueca de dolor en la cara, colocó la bolsa de Charlie en el maletero mientras ella sujetaba los sacos de dormir para que no se escurriesen y cayeran al suelo. La pareja subió al coche y pusieron la radio para controlar el tráfico que había en las salidas de la ciudad dirección a su hotel en la montaña.

La carretera había sido una tortura, aunque eso ya lo habían previsto, pues era fin de semana con un parte meteorológico de buen tiempo: siempre acababa superando su paciencia la cantidad de coches en la misma dirección. Habían visto una colisión a la salida del puente del río en el que vieron cómo dos niños salieron del coche despedidos por no llevar puesto el cinturón de seguridad. Había sido duro ver la imagen de los chicos, pero también la de los padres sin saber qué hacer en aquel momento.

Tras un recorrido de dos horas por carreteras comarcales en las que debían ir seguidos unos coches detrás de otros en una única fila, se desviaron por un camino hacia su destino romántico. Por fin, vieron el hotel a lo lejos, gracias a que allí habían mantenido las luces encendidas.

El hotel era viejo y se notaba la gran cantidad de afluencia que había tenido durante el paso de los años. El recibidor era enorme, muy limpio y con una decoración floral cuidada. En el mostrador de recepción había varias personas preguntando a los huéspedes por sus reservas. Charlie se quedó mirando cómo Noah entregaba al recepcionista la reserva impresa en papel. El chico comprobó los datos y junto a las tarjetas identificativas de la pareja les entregó las llaves de la habitación.

Charlie se sentía ilusionada con el viaje. El hotel era romántico y los paisajes inmejorables. La montaña no era para principiantes que quisieran dar un paseo, sino una travesía dura y exigente. En ese punto, había esperado poder sacarle más de un chiste a Noah, chico de ciudad toda la vida.

Ambos subieron en el ascensor con las bolsas de viaje. La tienda de campaña y los sacos de dormir los dejaron en el coche para cogerlos al día siguiente para la ruta mañanera. El pasillo del hotel, pese a estar limpio y ordenado, daba la sensación de claustrofobia por lo largo que era, además de estar todo pintado de verde oscuro. Cuando llegaron a su habitación se maravillaron con la moderna decoración, nada que ver con el exterior del cuarto. La sensación de tranquilidad que habían sentido al entrar ahí se desvaneció cuando se cruzaron con otro huésped que usaba la habitación de al lado con terraza y con afición a los puros.

—Qué habitación más bonita, ¿verdad? —dijo Charlie—. Me encanta que hayas reservado un fin de semana en este lugar, cariño —remarcó la última palabra mientras se ponía de puntillas frente a Noah.

—Y yo me alegro de que te guste —contestó, dándole un beso—. ¿Nos duchamos y bajamos a cenar? —preguntó con intención de estrenar la ducha primero.

Bajaron al comedor a cenar un poco tarde. No tenían muy claro que les fuesen a servir a esa hora. En realidad, no se quejarían si eso ocurría, ya que la culpa era de ellos por entretenerse en esa bañera tan grande.

En el *hall* del hotel, Charlie pudo ver unos folletos de propaganda sobre una charla que se había dado hacía una semana en el salón de actos. Arthur Doyle había estado allí poco tiempo

antes. Charlie recordó rápidamente cómo había conseguido que ella se creyera lo que él exponía en su conferencia sobre el tratamiento que se le debe de dar a la materia que se recogía como pruebas forenses. Ella había desmontado una de sus explicaciones a través de los hechos de un caso de agresión hacía unos meses. Con motivo de un juicio en el que tuvo que defender a un analista forense, Charlie había asistido a uno de sus seminarios para informarse para el juicio. Toda la defensa la había basado en sus apuntes creyendo de verdad que era una eminencia en ese terreno, pero no. La propia acusada demostró que había más de una forma correcta de actuar. Cuando Charlie quiso hablar de nuevo con el profesor Doyle este le había dado la razón y la sedujo aquella noche. Lo que derivó en un romance corto, pues Noah había regresado a su vida.

La noche no podía mejorar. El comedor estaba abierto y, además, con mucha gente alegre deseando disfrutar de la ruta de montaña al día siguiente. El tramo que harían sería el ascenso a un pico menor y acamparían en la falda del siguiente que descenderían el domingo con un poco más de complejidad. Esa había sido la explicación de uno de los guías que se encontraban por el comedor conociendo a aquellos que irían de excursión con él. Ya se encontraban solos de nuevo en su mesa, preparados mentalmente para el día que les esperaba. Los dos querían irse a dormir pronto, pues iban a levantarse temprano y necesitaban descansar del viaje.

De regreso a la habitación, Charlie notó un escalofrío por la espalda, una mala sensación que le duró hasta que entraron en su zona privada.

Al día siguiente, cuando bajaron a la zona de recepción del hotel, el guía estaba organizando los grupos. Noah y Charlie habían sido los primeros en colocarse la mochila con los sacos y demás utensilios.

La primera parte del trayecto había sido fácil, el terreno no era muy empinado y el sendero era ancho. A Noah, que no había hecho senderismo nunca, le había costado un poco calentar las piernas y Charlie le ayudaba distrayéndole con historias de cuando ella era pequeña y hacía excursiones con su familia en la montaña. En una pendiente más pronunciada y de larga duración se empezó a notar cómo el ritmo del grupo decaía; era algo normal, ya que la dificultad aumentaba y se caminaba más despacio. Noah había dejado de hablar para concentrarse en respirar acompasadamente sin necesidad de parar un rato a descansar, pero había llegado un momento en el que ya no podía más y le dio un calambre en la pierna que le obligó a detenerse para estirar los músculos. Charlie, que hacía deporte tres o cuatro días por semana, estaba más en forma y no tenía tantos problemas en ese momento, sin embargo, al ver que su chico se encontraba mal, se detuvo con él y lo obligó a sentarse en una roca mientras ella le daba un masaje para ayudarlo a estirar un poco. Noah miraba a su pareja con un poco de envidia, si le hubiera hecho caso hacía meses a la petición de ella de acompañarla por las mañanas a correr por el parque, en ese momento, no notaría tanto su baja forma. De todas maneras, se levantó de la roca y, con una sonrisa, se puso a caminar de nuevo y a medida que caminar, mejor se encontraba.

Tras las tres primeras horas de trayecto, todo el grupo se detuvo en un alto para coger aliento y disfrutar de las vistas del valle verde y libre de la polución de la ciudad. El rato que pasaron detenidos aprovecharon para comer chocolate y beber agua, incluso alguno de sus compañeros de aventuras se atrevió a probar una bebida energética. Mientras la gente descansaba, el guía les había mostrado el camino que iban a seguir cuando reanudaran la marcha, hasta llegar a una zona resguardada donde acamparían esa noche.

—Yo no sé si conseguiré llegar hasta ese sitio. Es en la otra montaña de al lado y debemos bajar de nuevo esta para volver a subir por un terreno tan empinado como este mismo —comentó preocupado Noah.

—Tranquilo, Noah. Lo más complicado ya pasó, verás. El principio de cualquier ruta en las primeras horas es cuando acostumbras al cuerpo a caminar y a hacer un esfuerzo al que no está acostumbrado, pero ahora te sentirás mucho mejor y vas a caminar con mejor ritmo —le contestó Charlie, dándole ánimos.

Charlie entendía la preocupación de Noah: no estaba acostumbrado a caminar tanto tiempo, ni por un terreno tan escarpado, pero ella había terminado rutas como esa muchas veces y podía animarlo a continuar, pues estaba segura de que podría con ella. Aunque al día siguiente tuviera agujetas.

—Está bien, solo porque me encanta ver tu cara de felicidad cuando estas caminando y observando todo en este bosque —se animó Noah.

—Bien, cariño. Esta montaña no es rival para ti. Vamos, que ya comienzan a caminar de nuevo —informó ella.

Habían caminado toda la tarde, deteniéndose a mirar curiosidades del bosque, como una fuente oculta entre unos helechos gigantes. Su agua era fresca y cristalina, lo que animó a más de uno a rellenar su botella. La caminata había sido tranquila. El guía era fantástico. Se paraba cada poco o reducía el ritmo para que todos pudieran seguir sin rendirse, pero Charlie tenía una mala sensación, creía que los estaban siguiendo, alguien iba detrás de ellos sin dejarse ver en ningún momento. Ella había disminuido el paso para colocarse entre los últimos de la fila, así podría asegurarse de que era una paranoia suya, pero no fue así. El final del día había llegado cuando coronaron una explanada pequeña rodeada de rocas y más montañas que los protegerían del viento durante esa noche. El guía ayudó a la gente a quitarse de los hombros las pesadas mochilas, pero no les permitió que se sentaran a descansar: él sabía que después de una caminata tan larga si se enfriaban, no serían capaces a moverse y debían montar las tiendas de campaña antes de que cayera la noche.

Charlie había montado la tienda de campaña con un Noah cojo y muy cansado, que iba a caer dormido antes de que llegaran las historias de miedo frente a la hoguera. Ellos terminaron de sujetar con los clavos las cuerdas y meter en la tienda sacos y mochilas. Charlie animó a Noah a descansar un rato mientras ella ayudaba a los monitores con la cena en el fuego. Cuando llegaron a su destino, había descubierto que había más personal de la excursión allí arriba para preparar la hoguera de forma controlada para que no tuvieran sustos durante la noche. Eran suficientes monitores, por lo que Charlie había ido en busca de Noah con intención de llevarlo a una fuente donde pudieran asearse un poco.

La pareja recogió una toalla pequeña, unos pantalones largos y cómodos con los que pudieran dormir esa noche y desaparecieron en la oscuridad del bosque. Cuando llegaron a una fuente que iluminaba la luna, comenzaron a desvestirse para lavarse bien y poder descansar los pies con el agua fría. Sin embargo, Charlie tenía otros planes. Cuando Noah estaba en cuclillas para recoger agua con las manos, ella lo empujó hacia su espalda para que él quedara tumbado en el suelo. El lugar estaba cubierto de hojas y barro. Ella estaba descalza con los pies manchados de haber jugado con la tierra y, en lugar de meterse en el agua para lavarse, se le ocurrió sentarse a horcajadas encima de él. Charlie le sacó la camiseta por la cabeza a Noah, tirando esta lejos; luego, se acercó a la cara para besar a su chico con pasión mientras Noah se relajaba tumbado por completo en el suelo y agarraba a su pareja por las piernas. Charlie estiró los brazos por encima de la cabeza de su chico y recogió una gran cantidad de barro con sus manos para luego esparcirla por la cara de este hasta seguir acariciando su torso y brazos mientras se retorció de placer contra él. Ella había sentido su excitación, por lo que se deslizó hacia abajo por su cuerpo, arrastrando

su ropa con ella. Cuando estuvo completamente desnudo debajo de ella, Charlie recuperó su posición y disfrutaron de un orgasmo bajo la luna.

De regreso en el campamento con sus compañeros, limpios y saciados, se acercaron a la mesa provisional que formaba una roca donde había carne a la brasa para todos, además de bebidas. La pareja charlaba con un grupo de amigos que estaba planeando salir después de la cena a dar un paseo por el bosque a ver si veían algún oso, ya que le habían dicho en el pueblo antes de comenzar la caminata que en ese lugar había un oso pequeño. Quizás eso era lo que había oído Charlie cuando subían la montaña. En caso de que eso fuera cierto, ella no se arriesgaría a quedarse sola en algún sendero tupido de árboles. Noah y ella se habían quedado en la tienda descansando para bajar la montaña al día siguiente.

Prácticamente, en el mismo momento en el que Noah se metió en el saco, se quedó dormido. Charlie estaba agotada también, por lo que se juntó a él e intentó dormir, pero ella no había podido quitarse de la cabeza las pisadas que había oído a media tarde cuando redujo el paso para intentar ver lo que podía ser. Había vuelto a tener la misma sensación en aquel momento, además de que había sentido que rodeaban su tienda de campaña varias veces, Charlie fingió estar dormida y abrazada a Noah. No se movió hasta que oyó hablar por la mañana a sus compañeros de excursión.

El canto de los pájaros y el sonido de la fuente habían hecho que Charlie abriera los ojos. Estaba acurrucada junto a Noah y cada vez que intentaba separarse, se juntaba rápidamente de nuevo. Apenas había amanecido y la tienda de campaña estaba cubierta de rocío lo que provocaba que tuviera tanto frío. Al despertar, lo siguiente que le pedía su cuerpo era ir al aseo, por lo que se había armado de valor para salir del saco que guardaba su calor para abrir la cremallera de la tienda y salir a buscar un lugar apartado y cubierto para hacer sus cosas.

Charlie regresó al saco de dormir en menos de cinco minutos, aún conservaba su calor y se acurrucó de nuevo. La sensación del día anterior había regresado: alguien los observaba. A lo mejor era personal del hotel preparando la caminata, pero ella no estaba a gusto.

Noah se despertó con el movimiento de sus compañeros por la explanada donde se encontraban. Su chica tampoco estaba con él en la tienda, por lo que se puso la chaqueta de abrigo y salió fuera. Las vistas desde allí arriba eran magníficas. Nunca se había despertado en medio del monte con tantas ganas de seguir con la ruta. Sus compañeros estaban recogiendo las tiendas y doblando los sacos, estirados en el suelo de hierba. Charlie caminaba hacia él con dos bolsas de lo que parecía el almuerzo, para cuando hicieran la parada más adelante.

—Buenos días, guapo. ¿Cómo has dormido? —le preguntó.

—Muy bien, la verdad, y eso que estaba roto. Y tú, ¿qué tal, bella? —provocó, besándola Noah.

Él había recordado el rato que pasaron juntos en la fuente la noche anterior y si no hubiera sido porque los monitores estaban gritando que se dieran prisa para recoger las cosas, se hubiera llevado a Charlie a dar otro paseo.

—Quiero llegar pronto a la zona del manantial para intentar hacernos unas fotos. Si te encuentras bien, podemos ir con el grupo de delante. ¿Te animas? —preguntó ella.

—OK, vamos a recoger la tienda y te sigo donde quieras —contestó.

El camino de regreso había sido más fácil, al menos, eso es lo que había sentido Noah. La velocidad a la que estaba bajando por un sendero hasta el manantial demostraba que se encontraba bien para rendir mejor que el día anterior, pese a saber que Charlie le había dicho que las agujetas harían su aparición el lunes cuando descansara las piernas.

Charlie había hecho unas fotos preciosas en ese espacio de ensueño y habían seguido rápido con su camino para que los demás excursionistas pudieran bajar a disfrutar de las vistas también. Ella estaba feliz con los planes del fin de semana, se lo habían pasado estupendamente. Durante el mediodía, cuando habían parado a comer el almuerzo que se había repartido por la mañana, les informaron que en una hora más llegarían al hotel y podrían descansar antes de la cena de despedida. La ruta por la que habían bajado de la montaña era más empinada y directa que la subida.

Noah había bajado el último tramo, más ancho que el sendero por el que habían caminado, al lado de Charlie, que le había demostrado cuánto le gustaba la montaña y esas escapadas de descanso de la ciudad. Él se estaba planteando salir a caminar al parque por las mañanas para poder hacer más excursiones con ella sin sufrir tanto.

El hotel se podía ver a lo lejos después de una infinita recta que daba la sensación de encontrarse cerca, teniendo en cuenta donde habían estado durmiendo. Noah había caminado en silencio mientras planeaba la sorpresa que quería ver en los ojos de Charlie cuando le entregase el anillo esa noche.

Por fin habían llegado al camino que entraba en el jardín del hotel. Durante el día habían subido tantas cuestas y pendientes difíciles que Noah no se creía que estuvieran en un camino llano a cien metros de la puerta del hotel.

—¡Qué ganas tengo de una ducha y relajarme un rato! —dijo Charlie.

Ella se había hecho la valiente para no desanimar a Noah en la bajada de la montaña. Cualquiera que pasara mucho tiempo haciendo senderismo sabía que las bajadas son mucho peor para las rodillas, y Noah estaba agarrándose a los árboles que veía al bajar totalmente derrotado, así que ella iba delante de él para animarlo a seguir, pero había sido duro para los dos.

—Y yo también. Menudo dolor de pies tengo —se quejó Noah—. Si no fuera por la cena, no saldríamos de la habitación.

—La cena, si quieres, podemos pedir que la suban —dijo Charlie cómplice, para que no sufriera tanto. Su chico tenía mala cara, pero en ese momento intentó demostrar que no era para tanto.

—No podemos hacer ese feo al hotel, yo había encargado una cena para los dos esta noche —se explicó sin querer dar muchos detalles—. Aunque tampoco sabía que el paseo implicaba veinticuatro horas escalando un camino lleno de cuestas y piedras imposibles.

—Bueno, pero ha sido un fin de semana estupendo para estar juntos. Si quieres, antes de la cena te doy un masaje en los pies —propuso Charlie para intentar que mejorara un poco su malestar.

—OK, a eso no renuncio —zanjó él el tema, dándole un beso y entrando por la puerta hacia el *hall*.

En la habitación todo parecía cómodo: la cama, el sillón, la butaca de la mesa... Se habían sentado a respirar sin la mochila unos minutos, pero el descanso se había convertido en pereza para ir a la ducha. Noah había sido el primero en armarse de valor y caminar hacia el cuarto de baño con los músculos engarrotados y el sudor frío, hasta que se metió bajo el chorro de agua caliente y su estado físico mejoró notablemente, al menos, bajo el calor.

Charlie había notado a su chico un poco raro esa tarde, tal vez él también se había dado cuenta de que alguien los observaba, aunque ella no se había dado cuenta de quién era; de hecho, ni siquiera sabía si esa supuesta persona formaba parte del grupo del hotel que había subido a la montaña. Charlie tenía una sensación extraña que le hacía darse la vuelta cada poco para

comprobar quién estaba siguiéndola, pero tenía que eliminar ese pensamiento de su cabeza: le esperaba una cena romántica que quería disfrutar como nunca, pues los dos tenían mucho trabajo y pocas veces tenían tiempo libre para hacer una escapada como esa. Charlie se levantó de la cama y, rápido, cogió su neceser de la maleta y unas cremas que usaba a diario en su cuerpo y se dirigió al baño. Tenía que prepararse pronto, pues había oído cómo Noah cerraba el grifo de la ducha y abría la mampara. Él terminaría temprano y ella estaría secándose el pelo, como siempre.

Cuando Noah terminó de prepararse, se acercó a la puerta del baño para avisar a Charlie que la esperaba en el comedor del hotel. Él había llegado a pensar que actuaba como si la hubiese abandonado, pero en realidad tenía que hacerlo si quería preparar con el camarero la romántica entrega del anillo.

—Vale, cariño.

Había pasado una hora de reloj y Charlie seguía sin bajar a cenar. Noah se había puesto nervioso pensando que ella se intuía todo y no quería hacer acto de presencia, lo abandonaría. Noah creía que Charlie lo había perdonado después de lo ocurrido con Mamen, pero se había equivocado. Sentado en la mesa del comedor con una rosa en medio, estaba seguro de que en algún momento del viaje, ella había descubierto el anillo y no pensaba cenar con él. Pero habían pasado un fin de semana estupendo en la montaña, y el rato que pasaron en la fuente bajo la luna había sido mágico. Como era muy complicado saber lo que Charlie pensaba, esperará un rato más, hasta que su paciencia se acabó y pidió a un botones que subiera a llamarla a la habitación.

El botones no había bajado con buenas noticias. Su chica no estaba en el cuarto, al menos, no contestaba a las llamadas en la puerta. Noah se había temido lo peor: lo había abandonado. Mientras él estaba en la mesa, ella se había ido. Desilusionado y con el corazón roto, ordenó al camarero deshacer los preparativos que tenían para el postre.

Noah no quería dejar las cosas así, por lo que tras unas copas en el bar subió a la habitación para recoger sus cosas e irse a la ciudad. En ese momento, todavía no entendía por qué lo había abandonado en lugar de decirle lo que sentía, no recordaba que Charlie fuera así. Cuando llegó a la tercera planta, se dirigió a la habitación veintitrés, abrió la puerta y el interior todo estaba revuelto. Las maletas estaban deshechas y el vestido que Charlie quería ponerse para la cena estaba extendido en la cama junto a su bolso: el desorden no era propio de ella. Noah se fijó en que en el baño había una toalla tirada en el suelo de forma que impedía moverse con libertad sin resbalar. Se acercó con miedo de encontrarla allí. ¿y si se había caído en la ducha y él no había estado para ayudarla? Noah empujó la mampara con cuidado hacia adentro para no herirla en caso de que estuviera en el suelo, pero no se encontraba ahí.

El pánico se apoderó de Noah. Le había ocurrido algo. El caos que se respiraba en el lugar era propio de un forcejeo. No entendía quién querría hacer eso a Charlie. Era cierto que a los abogados nadie los quería, pero sus clientes eran de la ciudad, no iban a ir hasta ese lugar siguiéndola. A esas alturas, ya no estaba seguro de nada. Tenía que haber llamado a la policía de inmediato, pero hacía horas que no había sabido nada de ella, y se había dedicado a dar vueltas por el hotel con los trabajadores intentando dar con su chica. Cuando la policía llegó, trataron a Noah como el culpable de lo ocurrido, sin hallar otra explicación posible.

Capítulo 13

John y Elsa habían tenido un buen día en la comisaría de los Hamptons. El inspector que los había atendido les había puesto al día sobre cosas personales de Sarah Miller que ellos no habían llegado a averiguar. La chica había realizado un curso como el de Elsa; de hecho, había sido el mismo, pero en otro año escolar. La chica quería ayudar a unos amigos de su pueblo natal a prosperar en su empresa de limpieza de escenarios del crimen. Ella quería formarlos en la recogida de muestras para el forense en caso de que encontrasen algo que se le hubiese pasado a la policía. Por esa razón, se había matriculado en un curso que no tenía nada que ver con su formación de económicas, motivo por el cual John y Elsa nunca hubiesen averiguado nada si no fuera por la familia de su novio, Paul. Además de que con esos datos, también entendían la relación del nuevo libro del famoso profesor Arthur Doyle en la mesita de noche de la chica.

La noche era cerrada. Habían regresado bastante tarde por culpa de las paradas que habían querido hacer, pero no les importaba. John se dirigía a casa de Elsa para descansar ambos antes de que sonara de nuevo el despertador, cogiendo el desvío desde la autopista.

—John, pasa por comisaría, por favor. Quisiera recoger el paquete que me dio Mad esta mañana. Trajo algo para mí y ni siquiera tuve tiempo de abrirlo —pidió Elsa, aunque sonó un poco como una orden.

—¿Cómo? Elsa mañana bien temprano estaremos trabajando, ya lo cogerás entonces. ¡Por Dios! Ahora estoy cansado para meternos en el centro —suplicó John con cara de no comprender el capricho.

—Me puede preguntar luego cuando me llame y quisiera poder decirle lo que me parece —contestó ella de mala gana, pues a él no le importaba por qué quería el paquete a esas horas.

John no comprendía por qué había tanta urgencia cuando ella lo había abandonado esa mañana en el cajón de su mesa. Pero tampoco quería discutir más, por lo que hizo un cambio de sentido en una rotonda y se dispuso a coger la calle de la comisaría.

Cuando llegaron a la puerta, descubrieron que había mucho movimiento y sospecharon que algo grave había pasado. John aparcó el coche en la zona reservada para ellos y se dirigieron hasta el interior de las oficinas. Unos agentes de policía se encontraron con un robo en una licorería justo cuando ellos estaban de patrulla por el barrio judío, la pronta intervención policial contó con tres detenidos y con una buena lista de cargos para ellos. Ninguno de los detenidos tenía antecedentes por lo que todo se había convertido en un caos al ficharles, hacer fotos, marcar sus huellas dactilares, interrogarlos... Al cabo de un rato, estaba todo controlado y los detenidos en los calabozos hasta que a la mañana siguiente la fiscalía se hiciera cargo de su paradero. Solventado el caos, Elsa volvió en sí, y recordó a qué había ido a su mesa. Recogió el paquete y se fue en busca de John para ir a casa. Pero el capitán había visto a John en la puerta mirando fijamente a los detenidos y había aprovechado para llamarlo a su despacho para que le contara qué tal les había ido con los compañeros en los Hamptons.

La visita a comisaría se había alargado más de la cuenta, pero, al pasar por el despacho del

capitán, habían eliminado la tarea que tenían que hacer a primera hora, por lo que su agenda se había reducido un poco. Ambos salieron de allí todo lo deprisa que pudieron para que no los parara nadie más. Regresaron a casa y, tras comprobar que todo estaba bien y nadie se había parado en la calle a curiosear en su dirección, se aventuraron a dormir tranquilos esa noche. Pero a las dos horas de paz y tranquilidad escucharon cómo se rompían unos cristales en el cuarto de baño del piso de arriba. John se levantó de su cama improvisada en el salón, pese a tener cuarto propio, y se había lanzado escaleras arriba con el arma en las manos. Elsa también estaba armada en medio del pasillo buscando por las habitaciones qué ventana estaba rota. Los dos encontraron en la ventana del baño los trozos del cristal que quedaba mientras en el lavabo descubrieron una botella de alcohol vacía. John se fue hasta la habitación de al lado, la que estaba preparada para él, y se asomó a la ventana e inspeccionó la calle. En el cruce, pudo ver cómo un coche descapotable con chicos jóvenes giraba a toda velocidad sin detenerse en el semáforo.

—¿Estás bien, Elsa? —preguntó Jon junto a ella.

Elsa estaba pasando por mucho estrés en las últimas semanas. Tenían un caso en el que el asesino conocía a los inspectores que estaban investigándolo, obligándolos a convivir para protegerse. Esa situación era algo que ninguno de los dos había buscado y no les hacía ninguna gracia, sus vidas personales estaban en suspenso por culpa de un depravado que la había tomado con ellos y con el resto de las mujeres de la ciudad de Blue.

—Sí, solo quiero que esto termine de una vez. ¿Has visto algo? —preguntó Elsa.

—Eran unos chicos de fiesta que han lanzado una botella que les sobraba, no creo que sea nada más, pero mañana busco la matrícula en el ordenador —explicó John.

John también estaba cansado de todo. Debían dar con el asesino que estaban buscando cuanto antes, así podría volver a su apartamento donde estaba más tranquilo.

Al día siguiente, los inspectores llegaron a comisaría con unas ojeras que les cubría la cara. A Elsa se le notaba menos por el maquillaje, pero, aun así, era evidente en los dos. Los cafés esa mañana los fue a buscar ella mientras John intentaba dar con la matrícula del coche que los desveló la noche anterior. En el escritorio sentado y con un bloc de notas al lado, apuntó la dirección que constaba del coche, mandaría a un agente a preguntar. Ellos tenían que pasar de nuevo por la oficina del capitán pese a haber estado la noche anterior bien tarde. John no entendía qué era lo que había pasado en ese pequeño espacio de tiempo para tener que explicarse de nuevo.

Cuando Elsa llegó a la mesa con los cafés, John se lanzó a por el suyo y le dio un buen trago. Su necesidad de cafeína estaba aumentando desde las semanas pasadas: no podía dormir por las pesadillas del desierto casi nunca y, últimamente, tampoco con el caos en el que se había convertido su vida.

—El capitán quiere que vayamos a verlo de nuevo —dijo John cuando ella se había quitado la chaqueta mientras se sentaba.

—Ya he ido yo, solo quería que nos pusiéramos las pilas con la investigación. He quedado con la chica de la limpieza de Sarah y con la hermana de Mia otra vez. Hemos hablado por teléfono, pero en persona, quizás, se conozcan entre ellas y no se den cuenta sin verse, puede que hasta se acuerden de algún detalle común que tuvieran las dos chicas. Les enseñaré fotos de los novios de las dos, así puede que encontremos algo en común —explicó Elsa.

—OK, pues yo me pondré a repasar las semejanzas en las pruebas forenses entre los dos casos. Estaré en el bar de Kim si me necesitas —le dijo John a la vez que se levantaba de malos modos y salía por la puerta.

Kim era la hermana de unos de sus mejores amigos. Sabía absolutamente todo de ellos desde que se habían conocido en el colegio, no había secretos. Ella sabía que John sentía algo por su compañera, pero esta tenía pareja y él no era de los que se entrometían, además, John pensaba que Elsa lo aborrecía por llegar al puesto desde el ejército y no ascendiendo con la policía. Kim se lo estaba pasando en grande con los dos, se pasaban el día como el perro y el gato, desde el principio de su presentación. Sin embargo, eso estaba cambiando. En esos momentos se hablaban sin ladrarse, incluso vivían juntos por orden de su capitán. Pero, a pesar de todo eso, las ocho de la mañana era una hora muy temprana para que John entrara por la puerta.

—No la aguanto más —soltó enrabietado John en cuanto se sentó en el taburete.

—Vale, empieza desde el principio. ¿Qué ha pasado? —preguntó Kim.

—La señora importante ha organizado una ronda de interrogatorios con familiares de las víctimas y me ha excluido, encima de llevarme de un lado a otro como si fuera su chofer —gruñó con muchos aspavientos y dando un golpe en la barra del bar al dejar caer los brazos.

Le pidió perdón de inmediato al ver la cara de su amiga: ella no tenía la culpa de su mal humor o falta de sueño. Pero lo que estaba haciendo Elsa no lo llegaba a comprender, durante los últimos días había creído que habían conseguido entenderse.

—John, voy a contarte una historia y no quiero que salga de aquí. ¿Aceptas? —preguntó Kim. Él asintió—. Elsa estaba prometida. Antes de que muriera su chico, se pasaba el día de un lado a otro organizando la boda. La parejita llevaba junta más de siete años, los dos eran buenos policías: ella es inspectora de homicidios y él trabajaba de infiltrado para narcóticos, por lo que nunca hubo problemas de competencia en los ascensos entre ellos, su trabajo estaba separado. Ella estaba muy enamorada según podía ver yo, y si preguntas a los compañeros de Brian, estos te dirán que ella no se enteraba de nada de lo que él hacía. Para muchos era corrupto y trabajaba para los dos bandos. El asesinato de Brian está sin resolver, ella lo intentó al principio, pero todo eran trabas y llamadas de atención de los superiores por no tener autorización para meterse en una investigación de otro nivel. Eso la llevó al límite y decidió apartarse de la investigación hasta que pudiera hacer las preguntas que quería... además, en poco tiempo, su compañero también se fue, pidió el traslado a un lugar mejor para su familia —explicó Kim, que intuía que eso John no lo sabía.

—Vale. No saber si tu pareja se ha vendido es una putada y no poder investigar no ayuda, ¿pero qué tiene que ver eso con su mal carácter? —preguntó John.

—Eso quiere decir que hace mucho tiempo que no confía en nadie. Vas a tener que darle tiempo para confiar en ti y vea que no te vas a ir de su lado —contestó Kim con voz alta, pues no quería entender—. Puede que cuando regreses a comisaría te explique todo. Ella también se da cuenta de que necesita adaptarse a un compañero, los dos haceis un buen equipo.

Capítulo 14

Era lunes a mediodía y los inspectores habían sido llamados para que atendieran un aviso en el edificio de cristal de la zona financiera de la ciudad: una mujer había sido hallada muerta en su cama con los mismos signos de agresión que en los casos de las últimas semanas. Elsa y John se encontraban en la puerta del despacho del capitán esperando que los dejaran entrar.

—¡Adelante! —gritó el capitán.

El mal humor iba creciendo a medida que organizaba los puntos a seguir que le había marcado el alcalde por teléfono: debían coger a ese asesino cuanto antes, pues la ciudad ya se estaba poniendo nerviosa al tener un asesino en serie entre ellos. Y, peor aún, si era contra los poderosos contra quienes iba en busca de diversión El Sádico tal y como se le conocía en la televisión y periódicos, sin mencionar las redes sociales.

—Buenos días, capitán —saludó Elsa con John al lado.

Sabía que el hombre estaba de mal humor. El alcalde en persona había llamado a comisaría para ponerles las pilas por los pocos resultados de la investigación: ni siquiera podían nombrar un sospechoso.

—Chicos, quiero que vayáis al escenario del crimen ahora mismo y encontréis la manera de dar con quien quiera que esté haciendo esto. Tengo al alcalde pegado a la chepa como una garrapata —ordenó el capitán con menos enfado del que mostraba tras haber hablado por teléfono.

—Está bien, capitán, nos vamos —contestó John mientras recordaba cómo se ponía ese hombre cuando las cosas no salían bien y la prensa se le echaba encima. Se había mostrado igual de impaciente cuando nombró a John inspector y sus compañeros de uniforme dudaban de su valía.

—Recordad: ser meticulosos. Y cuidado con la prensa: no quiero fallos publicados en los periódicos —les recordó mientras salían por la puerta.

Cuando los inspectores llegaron a la escena del crimen, vieron las mismas características de los otros dos asesinatos. El lugar donde se encontró el cadáver no era donde habían asesinado a la chica. Esta había sido posada en su cama como las dos anteriores. Había gran cantidad de sangre en la cama donde se hallaba la víctima por los cortes provocados por el asesino. Ruth, la forense, había observado que las incisiones del cuchillo en el cuerpo eran de arriba hacia abajo, siguiendo unas pautas o ritual que llevar a cabo. Las dos víctimas anteriores tenían pintadas las uñas de la mano de color rojo; igual que esta nueva víctima. Eso hacía pensar a los inspectores que la idea que mencionaba anteriormente la forense podía ser cierta: todo apuntaba a un ritual en los asesinatos por parte del sádico asesino.

Elsa estaba recorriendo el piso de la chica buscando algo que le llamara la atención y, de nuevo, había un ejemplar del último libro de Arthur Doyle en la mesita del sofá donde, probablemente, la chica se pusiera cómoda para leer. Ella comenzaba a creer en la posibilidad de que el asesino hubiera estado vigilando a las personas que acudían a las charlas de su profesor; debía interrogarlo o hablar con él para que no se sintiera incómodo por preguntarle sobre los asistentes a sus eventos. El asesino era alguien que acudía a realizar el curso o como curioso a las

charlas que este estaba impartiendo alrededor de la ciudad. Podría ser una persona obsesionada con el trabajo del profesor.

John estaba interrogando al afligido novio de la chica. Se llamaba Noah y el fin de semana habían ido de escapada romántica a la montaña, pero el domingo a la hora de cenar ella había desaparecido. Él había llamado a la policía del lugar y se pasaron la noche buscándola en el hotel y sus alrededores sin respuesta. El chico había llegado a pensar que se ella se había ido del hotel para no aceptar su propuesta de matrimonio, pero no estaba seguro de que lo supiera o no. La verdad era que no sabía lo que había sido de su chica desde el domingo por la tarde.

Como inspector, John tuvo que preguntarle por sus amigos y posibles enemigos tanto a nivel personal como en el trabajo, al fin y al cabo, ella era abogada en un bufete de éxito, además de que se hacía cargo de un tipo de cliente que no siempre era entendido por la sociedad. La especial cartera de Charlie eran los empresarios farmacéuticos, sus costosos fármacos y los mal vistos estudios donde se probaba su eficacia en personas. Un trabajo tan controvertido como lucrativo.

Ruth había preparado todo para levantar el cadáver y llevárselo al laboratorio, allí podría ser más específica con lo que le podía haber pasado a la chica.

De nuevo los inspectores solos y con dos agentes en la puerta por si necesitaban algo, John despidió al novio de Charlie, recordándole que debía ir a comisaría en un par de días para volver a hablar tras saber más después de la autopsia. Charlie no vivía en el piso con Noah, por eso este se iba del lugar dando sus datos de contacto y su dirección por si la policía necesitaba algo. John veía muy afectado al chico: se había propuesto descubrir pronto lo que le había pasado a su chica para que este pudiera descansar un poco.

—¿John? —llamó Elsa a su compañero desde debajo de la cama de la víctima.

Era algo de lo más normal ver a Elsa buscando pruebas en todas partes, pero era la primera vez que la encontraba en esa postura esquivando una mancha de sangre.

—¿Puedo saber qué haces ahí abajo? —preguntó John curioso.

—Sí, en cuanto tires de mí por los pies para no arrastrarme yo sola por la mancha que ha dejado el asesino, si reculo yo sola puede que lo estropee —pidió Elsa, aunque más bien parecía una orden, últimamente no controlaba el tono con el que hablaba a su compañero. Debía dejar de lado su enfado por tener un compañero militar, él no tenía la culpa de que ella se sintiera amenazada.

—¿Tirarte de los pies? ¡Claro! ¿Dónde te lanzo? —bromeó él.

Elsa se hallaba hecha una bola a sus pies en el suelo de la habitación después de haber tirado de ella para que saliera de debajo de la cama sin estropear lo que había descrito como un despiste del asesino.

—¡Mira lo que he encontrado! —dijo Elsa sin levantarse del suelo mientras extendía el brazo para que John pudiera mirar lo que ella tenía en la mano dentro de una bolsita de pruebas—. Y debajo de la cama hay una huella de bota que no tengo claro si está marcada de sangre o de sangre y barro.

Era una pulsera de cuero marrón trenzado que llevaba un abalorio de un oso de lo que parecía ser plata. Era una superficie suficientemente plana en el reverso como para encontrar una huella que los ayudara a identificar al asesino. Probablemente, se le habría caído cuando estaba posando el cadáver en la cama y colocándolo a su antojo.

Habían vuelto a llamar a los de la científica para preguntarles si habían visto la marca de la bota. En aquel momento aún se encontraban en la calle sin subir a la furgoneta, por lo que dos de ellos recogieron sus maletines y subieron de nuevo a recoger otra muestra: era mejor que fueran

dos y no ninguna. Elsa les hizo entrega de la bolsa con el colgante y se fue con John a comisaría. Se imaginaba una noche difícil comparando pruebas de las tres víctimas y repasando el perfil del asesino. John cada vez estaba más convencido de que había un cómplice.

Queridos inspectores,

Mi más que admirable respeto hacia los dos. Su compenetración en los últimos días es apreciable. La otra noche cuando rompieron el cristal de la habitación vacía, John te consoló con un abrazo muy cariñoso.

Bueno, a lo que nos importa: ¿queréis saber cómo mate a Charlie?

Charlie era una chica fuera de serie: lista, inteligente, divertida... Durante mucho tiempo quedé con ella y nos disfrutamos el uno al otro. La atracción que sentíamos juntos no necesitaba palabras. Ella se sentía culpable por su exnovio, ya que seguía queriéndolo. Al cabo de un tiempo, volvieron a estar juntos y me apartó de su vida. Pero mi necesidad seguía ahí.

Ella abandonó la ciudad el fin de semana. Se había ido a un lugar apartado donde caminaba con mucha gente por la montaña, incluido su novio, que demostró no estar en forma para ella. Creo que me descubrió en algún momento. Quería verla y puede que me acercara demasiado, por lo que decidí esperarla en el hotel. Mi oportunidad se hizo posible cuando se quedó sola en la ducha, así que me la llevé.

Fue difícil meterla en mi furgoneta, pero conseguí que llegara sin un rasguño hasta mi lugar secreto. Una vez que estuvimos allí, despertó despacio por el somnífero que le había hecho inspirar de un trapo. No había sido mi intención llegar a eso, pero no me dejó más remedio.

Nuestro lugar secreto estaba listo para los dos. A ella la até a los extremos de la cama, como a las demás, con lazo de color rojo. Poco después, abrió los ojos del todo. En aquel momento, ya sabía que estaba conmigo y la situación que estaba viviendo ella. Con las muñecas atadas no podía moverse con la libertad que ella buscaba y comenzó a ponerse nerviosa y a suplicar. Me preguntó por qué la había llevado allí sin su consentimiento, pero yo no podía responder, ya no.

Me quité la chaqueta y la camisa. Mi torso estaba desnudo, para sentir así todo lo que me cayera encima. Descalzo, sentía el frío del suelo. Despacio me acerque a Charlie. Llevaba puesto un vestido de fiesta color rojo pasión. Yo acaricié su hombro, deslizando mi mano por su brazo en una caricia íntima. Quería oler su cuello y me acerqué a ella despacio... saboreando el momento, incluso rocé con mi nariz su barbilla.

La tranquilidad de la que presumía era falsa. Me mintió. Con un alarido de rabia dirigió su boca a mi pecho desnudo y me mordió con tal fuerza que me marcó sus dientes. Me encantó su arrebató. Estaba claro que nos entendíamos, aunque ella se molestaba continuamente en decir que era una prisionera. Yo me excité como nunca. Mi mano se volvió exploradora, aun con el vestido puesto, su cuerpo era exquisito. Sin embargo, la necesitaba a ella, a su piel y a sus reacciones involuntarias a mis caricias.

En mi mesa había un cuchillo... afilado y preparado para jugar. Lo cogí.

Me deshice de la ropa que me quedaba puesta, el pantalón empezaba a molestarme. Ella estaba gritando y maldiciendo el día que nos conocimos. Cómodo, me acerqué de nuevo a ella y, con mi afilado amigo en la mano, corté los tirantes que impedían que yo disfrutara de su desnudez. El vestido vaporoso cayó a sus pies, hasta que lo aparté con mi pie, ya que debía verla sin artificios. Solo su pelo largo del color de la noche enmarcaba su rostro asustado.

Eran sensaciones que no podía dejar de disfrutar: ella desnuda, atada, inmóvil y asustada. Mi mano comenzó a ponerse nerviosa tan cerca de ella, yo tenía problemas para controlar mi necesidad. Mi primer momento de gloria contenida llegó cuando mi cuchillo rozó sus labios dejando ver una gota de sangre. La mueca de dolor que ella mostró era la mejor recompensa para mí. Acaricé su piel con el filo del metal con cuidado, apenas si levantaba su delicada piel mientras ella respiraba agitadamente, yo olía su desesperación. Mi cuchillo rodeó sus pechos, presionando un poco más. La cantidad de sangre que brotaba era mayor, regueros elegantes y abundantes cubrían su vientre. El ombligo guardaba un charco diminuto y sexi. No pude aguantarme y lo rodeé con mi lengua, mientras que ella, histérica, me llamaba «enfermo». Éramos almas gemelas. Los dos estábamos locos de deseo cuando la suciedad cubría el cuerpo de nuestro amante, y ella era la mía.

Me incorporé y me puse a su altura. Yo quería ver su cara cuando mi cuchillo se metiera entre sus piernas y cortara los dos muslos. En ese momento, mi mano se cubrió de su sangre mientras ella gritaba de dolor para mí. Yo estaba al límite de mis fuerzas, no podía controlarlo más. Mi cuerpo se pegó al de ella, encajábamos perfectamente. Lamí sus labios con la punta de mi lengua y, sin más espera, seccioné su cuello de lado a lado, a la vez que sentía cómo se le escapaba la vida a ella, y yo llegaba al éxtasis sobre su vientre.

—Este sádico está acabando con mi paciencia. ¿Cómo puede ser que alguien se excite con semejante barbaridad? —razonó John.

—Hay personas muy enfermas en este mundo, deberían aprender a disfrutar de la vida sin hacer año a los demás —estuvo de acuerdo Elsa.

Abandonaron el tema y se dirigieron al laboratorio a ver los avances de Ruth, ella seguro que no tenía problemas de confianza con su compañero de cuarto. El cadáver que estaba sobre la mesa de la sala de autopsias era el de Charlie Simons. Habían decidido bajar al sótano en un arrebato. En realidad, sabían de antemano que era muy temprano para que ella tuviera algo que decirles. Sin embargo, sí que vieron cómo la forense extraía un trozo de lo que parecía piel de entre los dientes de la víctima, eso era algo nuevo: las otras dos no habían mordido al asesino. Elsa se había alegrado de encontrar esa prueba. Si resultaba ser parte de la piel del maníaco, tendrían una muestra de ADN. No habían encontrado con quien compararla, pero sí con los restos de los otros cadáveres, que presentaban fluidos sobre su cuerpo.

—Ruth, ese trozo de piel y sangre ¿puedes compararlo con los restos de las otras víctimas? —preguntó John, esperanzado de poder encontrar algún nombre.

—Chicos, dadme tiempo. Apenas he empezado la autopsia, no analizaré nada hasta no tener todo resuelto aquí primero —atajó la forense.

Los dos inspectores se dieron cuenta de que estaban estorbando y decidieron dar espacio a la chica para que hiciera su trabajo tranquila. Ellos regresaron a la oficina en el primer piso, reorganizaron su investigación y apartaron las cartas del asesino a una carpeta, pues eran tan desagradables que no querían verlas continuamente. En cambio, las fotos que se habían hecho en el escenario del crimen las colocaron en el mural de las atrocidades que había hecho el culpable de aquella locura.

Elsa estaba preocupada por la escasez de pistas en contra de la persona responsable. En realidad, tenían muchas pruebas de lo que le había hecho a las chicas asesinadas, pero no tenían ningún sospechoso con serias posibilidades de serlo. La tarde se había pasado volando. El asesinato de Charlie Simons había sido perpetrado por la misma persona que las otras dos chicas,

eso estaba comprobado.

La autopsia no se podría leer hasta el día siguiente por lo que Elsa había decidido irse con un montón de carpetas para su casa con la comodidad que eso implicaba. Si tenía suerte hasta podría hablar un rato por teléfono con Arthur. Él le ayudaría a interpretar las pruebas que tenían hasta el momento. Ellos habían llegado al acuerdo de que él podría opinar de modo extraoficial, sin implicarlo en la investigación. Era comprensible que no quisiera figurar en ningún papel siendo una de las personas más notorias dentro del círculo de amistades del alcalde. Por lo que hablar con su amigo sobre el caso era perfectamente aceptable siempre que estuvieran solos.

Elsa había llamado a Arthur cuando iba a salir de comisaría, la casualidad quiso que él estuviera cerca con intención de visitarla y preguntarle cómo llevaba el catarro, por lo que había hecho detenerse a Mad en la entrada de comisaría para recogerla y llevarla a su casa. En el coche de Arthur habían decidido cenar juntos, luego podrían hablar del caso. Elsa no había necesitado preguntar dudas a nadie en un caso desde que había sido nombrada inspectora, pero con Arthur se sentía cómoda y sabía que él era de los mejores en reconocer escenarios de crímenes y, además, podría ayudarla a enfocar la investigación en algún sentido diferente al que ella estaba actuando. Siempre y cuando no le pidiera que se involucrara nombrado a nadie, eso ya lo había dejado claro.

La cena fue en casa de Arthur. Su cocinera había preparado unos platos estupendos improvisados a base de verduras cocidas y pasta para mezclar con varias salsas calientes. Elsa adoraba a esa mujer, cocinaba genial, además lo había hecho en un momento mientras ella y Arthur bebían un vino en la biblioteca.

Más tarde se habían trasladado al pequeño comedor para cenar, querían disfrutar de ese rato para ellos sin mirar las carpetas de trabajo.

—Elsa, tengo que decirte algo —se aventuró Arthur a mantener una conversación desagradable con ella.

—Dime, ¿qué pasa? —preguntó ella, intrigada por el tono de seriedad que había mostrado Arthur.

Él nunca había usado ese tono que le hacía temerse lo peor, y eso requería decirle las cosas con todo el tacto que sea posible.

—Es sobre tu compañero, el inspector John Murriel. Hace muchos años yo tenía una hermana que había estudiado medicina igual que yo. Ella era brillante, un alma inocente y divertida. Un día llegó a casa diciendo que su novio se había alistado en el ejército y que ella iba a hacer lo mismo. En aquel momento, trabajaba en el hospital de Yellow. Estaba contenta en ese puesto de trabajo y yo nunca había pensado que quisiera cambiar o que se encontrara mal allí. Nos veíamos todos los domingos para cenar aquí, en casa de nuestro padre, y aunque ya no estaba con nosotros, mantuvimos siempre la tradición cuando estábamos en la ciudad los dos. Mi hermana había estudiado traumatología, por lo tanto, en el ejército era bien recibida como médico de campaña en zonas de conflicto. No pude impedir que se fuera con él, ella no quiso escuchar mis razones.

»Cuando llegó al desierto, tuvo que acostumbrarse a trabajar sin nada a parte de su intuición y las prisas por estabilizar al paciente, todo lo contrario a cuando estaba en un hospital donde podía hacer pruebas y asegurarse de todas las posibilidades antes de tomar una decisión de vida o muerte para el herido. Ella se amoldó a aquella vida. En uno de sus correos me llegó a decir que le gustaba formar parte de aquel grupo y ayudar a sus compañeros de la mejor manera que podía. El chico con el que se había ido le pidió que se casara con él en medio de aquel caos, yo no podía creérmelo. Aun así, esos eran sus planes hasta que un día, cuando él había salido del cuartel en

misión de reconocimiento, sucedió una tragedia en el hospital de la base. Los militares no vieron a un grupo de soldados enemigos armados y peligrosos que se aproximaban a la base desde las montañas. Todo voló por los aires y mi hermana quedó gravemente herida sin posibilidad de sobrevivir, pues su cuerpo estaba lleno de metralla de una bomba sucia. Murió sola y muy lejos de quien prometió cuidarla porque se ofreció voluntario para salir de la base ese día —explicó en medio de un silencio absoluto por parte de Elsa, que no quería interrumpir su relato.

—Lo siento mucho. Yo no sé qué más decir, Arthur. Está claro que fue un desafortunado accidente —comenzó a hablar Elsa después de un gran descanso.

—El prometido de mi hermana Anna, así se llamaba por cierto, salió de la base conociendo la posibilidad de un atentado sin importarle ella. Ese hombre ahora trabaja para la policía de Blue como inspector en tu comisaría, Elsa, y es tu compañero —dijo él, sin darle oportunidad a contestar—. John Murriel no es una buena persona por muchas otras cosas que ahora no te voy a contar porque te aburriría. Solo quiero que tengas cuidado y no te fíes de él.

—¡Madre mía! Yo no lo conozco tanto como para que me cuente esas cosas. Pero sí puedo decir que en estos momentos nos llevamos mejor que al principio, por fin confiamos el uno en el otro —dijo Elsa, pensando en todas las veces que habían discutido por la forma de investigar los casos o por la actitud con la que interrogaba a los sospechosos.

Mad había llevado a Elsa para su casa cerca de la una de la madrugada, con sus carpetas, sus hipótesis sobre las motivaciones del asesino y una gran incertidumbre respecto a su compañero. En la última carta del asesino también había mencionado un asesinato a sangre fría por parte de John. Elsa no quería darle credibilidad a ese tipo de acusaciones por que existían razones sentimentales que podían hacer pensar así a los familiares y amigos sin conocer los hechos reales.

Cuando Elsa entró por la puerta de casa, se encontró a John en el sofá del salón, como era de esperar por orden del capitán, lo que no esperaba era que su compañero estuviese bebido y, al levantarse de su asiento, lo hiciera con un vaso de *whisky* vacío con intención de rellenarlo en el minibar. Elsa se acercó a él e intentó evitar que rellenara la copa, pero no funcionó.

—John, por favor, deja esa copa y vamos a dormir que mañana madrugamos —pidió Elsa con miedo a que John se hiciera daño contra el resto de las botellas que empujó, desparramándolas por la bandeja.

—¡Déjame en paz! Tú no sabes lo que yo he sufrido estos últimos años y ¿te atreves a juzgarme porque un asesino escribe una carta con cosas falsas sobre mí!? —gritó John a todo pulmón.

No eran maneras de hablar a su compañera, él lo sabía, pero le irritaba sobremanera que ella se hubiera alejado de él en cuanto leyó esa carta. John había creído que Elsa había comprendido que era un buen policía y que ya nunca dudaría de él, pero había sido un idiota por confiar ella, ya que en cuanto había podido, había huido de su lado.

—John, deja la copa que ya has bebido suficiente —sentenció Elsa, quitándole el vaso de la mano esta vez.

Él se había quedado mudo y no recogió el vaso de nuevo. Elsa le pasó el brazo por la cintura para ayudarlo a subir las escaleras en dirección a la cama o dormiría en el sofá, pero Elsa le había preparado un cuarto para que estuviera cómodo en su casa mientras estuviera allí.

Capítulo 15

Elsa estaba asustada por la situación que vivía desde que había empezado a investigar el caso del asesino en serie. Un acosador se pasaba por su casa cuando le venía en gana, la vigilaba y observaba sus movimientos. John era su protector por orden del capitán de la policía en su comisaría, pero su afición a la bebida hacía pensar a Elsa que no había sido tan buena idea compartir las veinticuatro horas con él. El día anterior había reaccionado con rapidez, pero ella seguía pensando que si no hubiera llegado a casa a esas horas, John estaría muerto por borrachera o porque el acosador le hubiera disparado dos veces como estaba haciendo con otras víctimas.

—¿Qué quería el capitán? —preguntó Elsa a su compañero.

—Lo de siempre. Lo mismo que estas últimas semanas: que tengamos cuidado con quien nos vigila y que hay que averiguar quién es cuanto antes —dijo John mientras se sentaba mostrando su frustración.

La frustración que mostraban los inspectores iba en aumento. Estaban siguiendo a un asesino que los conocía muy bien y los hacía quedar como dos inútiles.

El informe de la forense acababa de llegar a su mesa. Un ayudante de Ruth lo había subido desde el laboratorio para ellos con una nota pegada que les animaba a preguntarle cualquier aclaración que pudieran necesitar. Aunque no había hecho falta consultar ninguna duda a Ruth, ya que después de tres cadáveres con las mismas agresiones en los mismos puntos, solo podían confirmar su teoría de que debían buscar a una sola persona con gustos sádicos.

Desde que los inspectores habían recibido la última carta del asesino describiendo las atrocidades cometidas contra la chica, el ánimo entre ellos estaba crispado. Elsa había conseguido desconectar un rato cuando su amiga Andy la había llamado por teléfono para invitarla el fin de semana a su casa en el pueblo a una fiesta de pijamas solo para ellas dos. Elsa había aceptado, pues de ese modo estaría con Andy y John no tendría que preocuparse de protegerla continuamente.

La casa de Andy estaba a unos kilómetros de Blue, así si Elsa tenía que acercarse a comisaría por una emergencia no estaría lejos. Ese lugar era donde la chica se alejaba de los focos de las cámaras durante su tiempo libre.

Elsa había aceptado también por alejarse de la rutina, aun así, sus carpetas se iban con ella para localizar cualquier detalle que se le pasara anteriormente y que podría ser fundamental para impedir cualquier otro secuestro.



Su amiga estaba tratando a Elsa con mimo. Las dos pasaban el día en el salón-biblioteca, que era el lugar donde Elsa había esparcido sus papeles y fotos del caso. A lo largo del fin de semana, John había llamado por teléfono varias veces y entre los dos habían llegado a la conclusión de que

las víctimas no tenían por qué conocerse entre ellas, simplemente, iban todas al mismo lugar que el asesino y era allí donde las elegía.

John estaba ocupando los pensamientos de Elsa esa tarde. Su compañero había demostrado ser un buen policía, se preocupaba por las personas con las que tenía relación en el trabajo, incluso en cualquier momento ajeno a él. No había protestado ni una sola vez porque el capitán le hubiera adjudicado la protección de su compañera hasta que detuvieran al mirón de la farola en frente de su casa. John le recordaba a su prometido: siempre dispuesto a ayudar si se lo pedían. Elsa comenzaba a creer que no había superado la pérdida de su chico y que John, con su actitud, le hacía recordar lo que había perdido. Elsa tampoco quería que su compañero tuviera problemas en el trabajo con la bebida, era algo con lo que intentaría ayudarlo siempre que él le dejara, pues también era muy orgulloso. En esos momentos, John se encontraba en la ciudad investigando los lugares que solían frecuentar las víctimas, el enlace con el asesino. Él había hablado con Noah, el novio de Charlie, la última víctima. Noah le había contado que la pareja había estado separada una temporada, durante la cual la chica había salido con otros hombres, aunque la relación entre ellos no había durado mucho porque no entendían su personalidad, al menos, eso era lo que Charlie le había dicho a Noah.

Otra de las personas que llamaba a Elsa varias veces durante el día era Arthur, porque la echaba de menos, además, había querido disculparse por decirle que su compañero era mala persona, lo que tuviera con él no tenía que involucrarla a ella. John había mentido sobre su pasado para ingresar en la policía, pero como se le había considerado un héroe de guerra cuando su equipo había regresado del desierto, el mismo alcalde le había ayudado a ocultar alguna que otra misión comprometedoras que era capaz de ensuciar el buen nombre del capitán del ejército. El rango con el que John trabajaba en la policía solo lo sabían unos pocos, pero el alcalde le había dicho a Arthur que el chico se había conformado con menos.

El domingo por la noche, Elsa disfrutaba del fuego que tenían en la chimenea y del silencio absoluto que reinaba en la casa. Su amiga Andy se encontraba tirada en el sofá leyendo un libro mientras ella se había tapado con la manta y miraba el fuego. Arthur le había dicho que John había cometido errores estando de misiones. Que no era de fiar.

Elsa tomaba precauciones para cuando volviera al día siguiente a Blue, pues debería estar con él en el trabajo: evitaría enfadarlo o provocarlo cuando estuviera bebido, tal y como había hecho días atrás. Aun así, le costaba creerlo. No iba a tomar ninguna decisión sobre contarle esa información al capitán hasta que estuviera segura de verdad: él no era agresivo y Arthur podía no ver las cosas con claridad, pues era su hermana la que había fallecido. John era el novio y, probablemente, tendría otra versión.

Elsa y Andy, tan tranquilas como estaban tumbadas frente al fuego, se asustaron al oír cómo llamaban a la puerta. Hacía tiempo que habían cenado, por lo que pensaban que era bastante tarde para que alguien las visitara. De todos modos, habían abandonado los teléfonos en la cocina para que no las molestaran y no sabían qué hora era.

Andy se había quitado la manta de encima de mala gana y había ido a ver quién estaba en la puerta. Cuando abrió el pestillo, tras acercarse a la mirilla, sonrió sin reservas, pues le parecía muy romántico que John fuera a buscar a Elsa después de su fin de semana de chicas.

Andy lo guio hasta el salón y, una vez que Elsa estaba enterada de quien había llegado, se fue escaleras arriba para dejarlos solos. Andy creía que entre su amiga y el militar podía haber algo.

—Hola, ¿qué haces aquí, John? —preguntó sorprendida Elsa, sobre todo, después de haber

estado pensando que era un asesino—. Siéntate, anda.

—Hola, Elsa. Siento presentarme aquí en tu fin de semana de chicas, pero quería que habláramos sobre lo que pasó el otro día antes de ir a trabajar mañana —se explicó John al ver la cara de incredulidad de ella.

Él había bebido mucho el último día que estuvieron en su casa. Elsa había salido de comisaría sin esperarlo a él y eso no le había gustado. No tenía intención de emborracharse y menos en casa de Elsa; no había estado bien que lo viese en ese estado, podía haber pensado que era un alcohólico que no podía contener la necesidad de beber.

John sabía que bebía más de lo que debía, pero no era un borracho, y lo había demostrado durante esas semanas que había vivido en casa de su compañera, aunque sí podía haberla asustado y eso era lo que quería decirle. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo.

—Tranquilo, no estropeas nada. Andy estaba medio dormida con ese libro de cocina y yo miraba el fuego. ¿Estás bien? —se interesó ella.

—Sí, solo quería asegurarme de que la otra noche no te asusté... —comenzó a explicar John sentado en un sillón—. Mi intención es ser un buen compañero y protegerte contra ese hombre que te espía por la ventana, sea quien sea. Si tengo que darle una paliza, se la doy, y así me desahogo por todas las noches que nos ha hecho pasar en vela —se sinceró John. Realmente, no quería que ella dudara de él nunca: John no quería cambiar de compañera.

—No voy a negar que la otra noche no me gustó verte así. Eres capaz de ser un buen inspector si no lo estropeas antes, yo te ayudaré si me dejas —dijo Elsa—. La verdad es que yo no quería un compañero nuevo. Desde que murió mi prometido y mi compañero pidió el traslado he preferido trabajar sola y, hasta que tú llegaste, el capitán me lo había permitido. Quizás fue un error, es cierto que se trabaja mejor entre dos.

John se había dado cuenta de que ella intentaba empezar de cero la relación, y que su única intención era trabajar con un amigo desde la confianza y química que eso suponía. El viaje había merecido la pena solo por haber aclarado las cosas. Elsa había resultado ser más llana de lo que se había imaginado, lo que le hacía pensar qué había visto en un hombre como el profesor, que tan grosero y engreído le parecía.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? La carretera de noche es peligrosa en esta zona rural, hay muchos animales salvajes que se te cruzan mientras conduces —le ofreció Elsa.

—No quiero molestar, Elsa. Mejor me voy —se apresuró a explicar John.

—No molestas en absoluto. Ahora mismo te bajo unas mantas para el sofá —contestó Andy, poniendo ojitos a su amiga desde lo alto de la escalera donde se había escondido para cotillear la conversación de Elsa, que había tardado en reaccionar ante la negativa del bombón que tenía enfrente.

Elsa no se había dado cuenta de las intenciones de su amiga cuando habían estado en el salón con la chimenea. A Andy le gustaba hacer de celestina. No lo iba a conseguir, pero ese no era buen momento para explicarle que tenía una relación con Arthur.

John se había quedado esa noche para no llevar la contraria a ninguna de las dos chicas, además, reconocía para sí que le había encantado ver la expresión de duda en Elsa. John también estaba feliz por la promesa de Elsa de no solo terminar el caso entre los dos, sino de seguir siendo compañeros, eso había sido lo mejor de la noche.

Cuando llegó Andy con las mantas, ellas dos se retiraron a la planta de arriba, dejando a John solo en la planta baja con las plantas como única compañía mientras ellas se quedaron en la habitación de Elsa cuchicheando.

Al día siguiente, los dos compañeros se despidieron de Andy por la mañana y emprendieron el camino de regreso a Blue. Apenas eran cuarenta kilómetros por lo que Elsa le prometió a su amiga volver esa noche mientras su acosador particular siguiera al acecho. John se había mostrado de acuerdo: cambiar de residencia también lo despistaría y su compañera estaría un poco más protegida.

En la comisaría los esperaba el capitán para que lo pusieran al día de sus teorías. El hombre sabía que los inspectores habían estado trabajando en el perfil del asesino e investigando sobre los amigos de las chicas y las posibles opciones de culpables según su perfil personal. Durante la investigación, los inspectores habían descartado al amigo de Mia Such, aquel chico que la acompañaba a terapia, ya que no tenía ni la suficiente fuerza física ni la capacidad necesaria para planear una serie de asesinatos como los que estaban investigando, tan complejos y meticulosos. El asesino de esas mujeres debía ser alguien con el dinero necesario para planear los secuestros, ser propietario o capaz de alquilar un lugar apartado del que nadie había oído nada sobre movimientos extraños, solo los inspectores en las cartas que este les escribía. Este tenía, además, un gusto específico por el sexo y buscaba personas con gustos similares por los que él se sentía atraído. Las cartas escritas demostraban su educación, incluso con un tono algo engreído.

El asesino había contado con ayuda para prepararlo todo. Una persona sumisa o con cierta necesidad de agradar a un amo. El motivo de tal sumisión podía ser el dinero, por obligación o admiración, este último conllevaba un riesgo mayor a la hora de capturar al culpable, pues debían pensar en las trampas que pudiera planear el cómplice si se veían acorralados.

Si por el contrario el asesino lo hacía todo por su gozo y disfrute sería fácil cogerlo, pues en algún momento cometería un error o se saltaría los planes por exceso de confianza al llevar ya mucho tiempo con eso y sin ser capturado.

Elsa creía que nadie era perfecto, por lo que lo necesario para capturar al sádico que buscaban se encontraba en el cuerpo de las víctimas. Elsa había declarado división de tareas: mientras ella bajaba a hablar con Ruth sobre los análisis de las sustancias halladas en las chicas a John le había tocado hablar con el amigo de Paul, Brian. Este había estado con Sarah y Paul el día del asesinato antes de que ocurriera.

John había quedado con Brian en el bar de Kim, que había sido el lugar elegido para hablar de manera informal para que el chico se encontrase entre amigos y pudiera hablar sin tapujos. Los inspectores creían que en la primera víctima podía ser donde hubiese cometido más errores el asesino.

—Hola, buenas tardes, inspector Murriel —dijo Brian un poco azorado, pues no sabía por qué la policía quería hablar con él después de tanto tiempo.

—Hola, ¿qué tal, Brian? ¿Cómo te va? —preguntó el inspector mientras señalaba una mesa apartada donde podían sentarse.

Brian estaba nervioso por la entrevista. Paul había sido su mejor amigo desde que eran unos niños y que lo hubieran asesinado de esa manera tan cruel era algo que le costaba asimilar. El inspector lo había llamado para tener una charla informal con él, ya que le había dicho que necesitaban algún detalle que hubiera pasado la noche de la fiesta de coches clásicos en los Hamptons y que se le hubiera olvidado de contar a la policía en los primeros días, después de lo ocurrido, por los nervios.

—Mire, inspector, yo no recuerdo nada fuera de lo común entre nosotros. Somos un grupo de amigos muy cerrado. Nos criamos todos de alguna manera en la playa, unos vivían allí durante todo el año y otros íbamos a ver a los abuelos en vacaciones de Navidad y los meses de verano

—comenzó su relato el chico.

—¿En alguna ocasión hubo problemas entre vosotros? —preguntó John, intentando buscar algo personal.

—No, nada serio... pequeñas riñas por alguna chica de las que venían a la playa en verano cuando pasamos la adolescencia, creo que es lo más grave que recuerdo. A ver, nosotros no nos peleábamos, éramos de los chicos más sosos del pueblo. Nos movíamos en bici desde casa a la playa o hasta el bar más cercano para comprar un helado. —Brian hizo una parada mientras recordaba la personalidad impulsiva de su amigo Paul—. Puedo decir que Paul era muy ambicioso. Desde joven se sentía diferente a nosotros porque él era el único que venía a nuestro colegio con beca, pero, en realidad, nosotros siempre le tratamos como uno más. El camino que eligió en la universidad estaba hecho para él: las inversiones formaban parte de su personalidad. Cuando conocimos a Sarah, Paul nos la presentó como su alma gemela, nos reímos de eso durante meses, sobre todo, porque ella salía con otro hombre y Paul no veía la forma de que ella aceptara salir un día con él a cenar.

—¿Paul y Sarah eran pareja? —preguntó John sin saber muy bien qué relación los unía cuando asistieron juntos a una fiesta en los Hamptons.

—Sí, al final sí —corroboró Brian, sonriendo por la tenacidad de su amigo.

Ambos estuvieron en silencio un rato mientras bebían de sus vasos de café y sonreían como chicos orgullosos. Paul había conseguido a la chica y el otro había quedado dolido y enfadado. John creía que esa podía ser la clave. Si ese hombre tenía nombre, podría ser el asesino.

—¿Sabrías decirme cómo se llamaba el hombre con el que salía Sarah antes que Paul? —pregunto John, creyendo de verdad que podía estar cerca de averiguar algo importante.

—El nombre no lo sé, la verdad, pero creo que era un profesor con quien Sarah había estudiado algo científico.

Eso dejaba claro por dónde debía seguir la investigación. John solo conocía a un profesor que impartiera cursos de ciencias forenses, pero como a él no le era grato, le iba a conceder el beneficio de la duda y buscaría entre todos los posibles candidatos. No podía haber muchos profesores de mediana edad que impartieran ese tipo de formación.

Brian se había ido en cuanto pudo, pues el viaje hasta la playa era largo. John era un hombre paciente, pero cuando tenía un claro sospechoso le resultaba frustrante no poder acercarse a él hasta resolver todos los pasos de la investigación, como comprobar dónde se hallaba el resto de los profesores que impartían ciencias forenses a la hora del crimen para poder descartarlos. La libreta que guardaba en la chaqueta estaba hasta arriba de notas de las conjeturas que estaba haciendo sobre las altas probabilidades que él veía que tenía el profesor Doyle de ser el asesino de esas chicas.

Con el claro convencimiento de quien era el culpable o, al menos, estaba implicado en las muertes, John había bebido de un trago lo que le restaba de café y se levantó de la silla donde había estado hablando un buen rato con Brian. Apenas comenzó a caminar, un puño le cruzó la cara. En ese mismo momento, el bar se desalojó por sí solo, todos los clientes habían salido corriendo de allí dentro. John se levantó del suelo confuso, sin saber por qué le habían lanzado un derechazo. Al girarse para poder enfocar al culpable, vio a un hombre alto y muy fuerte frente a él sin mostrar ningún tipo de malestar por haber provocado semejante caos en el local y, mucho menos, preocupado por el bienestar de John.

John estaba asimilando lo ocurrido mientras se hacía muchas preguntas sobre quién podría ser ese hombre, él no recordaba al tipo de nada. El agresor había vuelto a caminar despacio hacia

John con postura amenazante de nuevo, por lo que este se puso en guardia para defenderse también.

—¿Quién eres? ¿Qué te he hecho? —preguntó John con intención de entender un poco más aquella situación ridícula.

El hombre se quedó en silencio sin mediar palabra, solo le sonreía con malicia.

Otro golpe le vino a John, aunque esa vez estaba preparado para devolvérselo, por lo que con un paso adelante del pie izquierdo soltó un golpe en toda la mandíbula del otro. El último golpe lo había recibido John, el atacante era diestro con los puños y John había respondido con contundencia. El agresor, silencioso, agarró una silla y se la tiró a John, provocando que este se agachara para librar el golpe, mientras, el agresor huía por la puerta.

John estaba sorprendido bastante tiempo después. En la calle, encontró un grupo de hombres de la misma constitución que rodearon al policía en cinco minutos. Un golpe tras otro era lo único que oyó John desde que lo enganchó el primer atacante.

Diez minutos más tarde, había llegado un coche patrulla y una ambulancia. John estaba tumbado en la acera del local sangrado por la nariz y la boca, apenas podía mover el cuerpo de los golpes que tenía en el abdomen y su brazo izquierdo tenía varias fracturas. El personal de la ambulancia trasladó a John al hospital entre gritos cada vez que alguien se atrevía a tocarle el brazo para inmovilizarlo.

En el hospital lo llevaron hasta la sala de reconocimiento y le asignaron un médico especializado para tratar sus fracturas y para evaluar los daños internos a causa de los golpes en el torso. El brazo estaba roto por dos sitios. La radiografía que le habían hecho lo mostraba, además, el personal especializado había tenido que colocarle en su sitio el hombro, que se le había dislocado. Una vez que lo habían enyesado y puesto una vía con calmantes, lo habían llevado hasta un reservado hasta que pudieran asignarle una habitación.

Capítulo 16

Elsa cogió el coche corriendo cuando colgó el teléfono después de recibir una llamada de la chica del bar que se encontraba en la segunda calle a comisaría. Kim le había descrito la agresión que había sufrido John. Cuando Elsa habló con la chica, esta le había descrito cómo era físicamente el primer agresor que se había peleado con John antes de salir a la calle. A ella, le resultaba familiar esa descripción. Un hombre alto y fornido con unos rasgos duros en la expresión de la cara le recordaban a una persona, pero, en ese momento, no sabía a quién era.

Elsa llegó al hospital de Blue un poco tarde. Se había entretenido mucho hablando con la testigo de la pelea, según ella, la reyerta la había comenzado el hombre que se había presentado frente a John y, sin mediar una palabra, había soltado el primer golpe. John se había repuesto de la sorpresa y se había enzarzado también.

Elsa había entrado por la puerta de urgencias, pero su compañero ya había sido trasladado a planta a una habitación más tranquila. Ella, lejos de volver al exterior del hospital y rodear hasta la puerta de visitas, se aventuró a sortear pasillos hasta llegar a ver a John.

Cuando entró en el cuarto, lo primero que vio fue a un John con la mandíbula apretada aguantando el dolor que le provocaba toda la pelea, pero, sobre todo, los golpes que había recibido en el brazo y la cara.

—Hola —saludó Elsa en voz baja, pues temía que hasta la voz alta le molestara a su compañero.

—¡Elsa!, ¿qué haces aquí? —preguntó él confuso, pues no recordaba haber llamado a nadie para contarle lo que había ocurrido—. ¿Cómo te has enterado? —susurró avergonzado, ahora su compañera tendría que ver cómo estaba en baja forma o inútil, como a él mismo pensaba que se encontraba en esos momentos.

—Bueno, es muy difícil ocultar una pelea en el bar de tu amiga, por no hablar de que la patrulla fue hasta la zona cuando ocurrió. Kim te envía muchos besos y deseos de que te mejores —dijo Elsa de parte de la chica del bar.

—Elsa, en realidad no sé cómo ha ocurrido nada. Me pillaron desprevenido. Creo que me estaban esperando, además, el que entró en el bar creo que me conoce, aunque tampoco recuerdo de qué —volvió a darle vueltas John.

—No te preocupes, hay testigos y yo me encargaré de encontrar a los culpables mientras estás aquí —lo tranquilizó ella.

John sabía que su compañera haría todo lo que pudiera para dar con ellos, pero solo con los que esperaban fuera del local. En aquel momento, había recordado quién era el hombre que había entrado en primer lugar en el bar a provocarlo. Era Mad, el chofer de Arthur.

Eso también demostraba que la investigación del caso de asesinatos iba por buen camino y los inspectores se encontraban en la dirección correcta.

—¿Has hablado con tu amigo Arthur sobre el caso de Sarah, Mia y Charlie? —preguntó John sin un motivo, solo para observar su reacción.

—No. ¿Por qué? Desde que me he mudado con Andy al campo, solo hablamos por teléfono. Pero una vez me contó lo tuyo con su hermana. No te tiene mucho aprecio, no creo que te mencione si no es necesario —dijo Elsa a modo informativo, para que John supiera que ella conocía la historia y que no le importaba, sabía distinguir lo que era las opiniones de las partes implicadas.

Elsa pasó la noche con John en el hospital por si necesitaba algo. Ella se encargaba de llamar a la enfermera cuando notaba que su compañero estaba sufriendo, ya que la cabezonería de él no le permitía pedir ayuda si podía hacerse el fuerte. Bien temprano había entrado el médico de visita, le había dicho que en un par de días, cuando estuvieran seguros de que los daños internos estaban controlados, podría irse a casa a descansar y reposar el brazo. Elsa lo había dejado cuando la enfermera entró por la puerta con el desayuno. Ella iba a su casa a darse una ducha antes de ir para comisaría.

Cuando Elsa salió de la ducha y se disponía a prepararse rápido, pues si no llegaría tarde a trabajar, vio desde el pasillo que en la habitación que ocupaba John estaba todo muy ordenado, como si él hubiera recogido sus cosas cuando ella no estaba. Elsa no había sido consciente de que él no se sentiría cómodo en su casa si ella se iba, por lo que se había sentido fatal en ese momento.

En comisaría el ambiente estaba tenso. Elsa apenas había posado sus cosas en la mesa cuando el capitán la había llamado a voces para que fuera a su despacho urgentemente. Ella no lo hizo esperar. Se había presentado con una carpeta en las manos que le había entregado un patrullero antes de cruzar la puerta del despacho del capitán. En cuanto Elsa cerró la puerta, este se había cruzado de brazos y le había preguntado por la salud de su compañero. Una vez hablaron de ello, el hombre le había pedido a Elsa que abriera la carpeta que le habían entregado dos minutos antes. En ella se podía leer la dirección de una nueva víctima del psicópata que estaban persiguiendo.

—¡Oh! ¡Dios! —exclamó Elsa, soltando un suspiro de frustración—. ¿Cuándo ha sido? Voy ahora mismo hasta el escenario del crimen —anunció Elsa mientras se levantaba de la silla de enfrente el escritorio del capitán.

—No, espera —la detuvo él a la vez que le entregaba otro informe que había sacado de un cajón de su escritorio—. Por favor, analiza todo lo que encuentres en la casa de la víctima, aunque no te parezca importante, tráetelo y busca huellas o ADN, ¡lo que sea!, pero debemos dar con este maníaco cuanto antes. Le he pedido a Ruth que te ayude con la observación del escenario, así no notarás la falta de dos ojos más en el lugar.

—Está bien, gracias, capitán —se despidió Elsa.

Elsa se presentó en la casa de la nueva víctima rápidamente. Allí la esperaba la policía científica y la forense para explicarle cómo encontraron el cadáver y en qué condiciones estaba. La chica había admitido una cita de última hora, su profesión necesitaba de flexibilidad horaria para muchos de sus pacientes. El asesino se había esmerado en posar el cuerpo de una postura concreta igual al de las otras víctimas. A la hora de colocarlo, quería que la policía lo encontrara en una posición concreta. El asesino, de nuevo, había jugado con la chica para ver cuánto resistía con vida. Presentaba múltiples cortes que mostraba por todas las extremidades del cuerpo y en las zonas con más posibilidad de desangrarse.

Elsa se había acercado al diván de la psicóloga para observar las manos y los pies del cadáver, buscando las uñas pintadas de la mano izquierda que había marcado el asesino en las otras chicas y que la policía se tomaba como la marca del psicópata que buscaban. De nuevo, quería que se supiera quién era él y se reconociera su trabajo. El problema que tenía ese sádico era que la policía se había negado desde el principio a describir delante de la prensa el ritual que

presentaban los cadáveres.

Elsa estaba observando el escenario del crimen, por llamarlo de alguna manera, pues sabía de antemano que el asesino trasladaba los cuerpos desde el verdadero lugar del asesinato hasta cada una de las casas de las víctimas. Un policía de los que la habían acompañado para ayudarla le había entregado la cartera de la víctima, dentro de ella se encontraba el documento de identidad con la foto de la chica que estaba muerta en el diván de la sala. Elsa había reconocido que era muy guapa, el tipo de mujer que llama la atención de los hombres, provocando que estos se giren a observarla por su femineidad.

La inspectora estaba observando las fotografías que adornaban las estanterías junto con gran cantidad de libros relacionados con su trabajo cuando encontró el último libro publicado por Arthur Doyle. Elsa cada día tenía más claro que alguien estaba obsesionado con Arthur a tal nivel que dejaba su libro en cada casa de las víctimas, lo que no sabía todavía era si el asesino quería inculparlo de ese modo o si todo era una coincidencia terrible como que todas las víctimas eran fans de sus novelas. La versión que barajaba John era que las chicas habían ido todas a las charlas y eventos de Arthur, y alguien elegía allí a la víctima. Para Elsa, esa versión era muy enrevesada, prefería pensar que los gustos de lectura de las chicas era consecuencia de la gran publicidad que la editorial de Arthur estaba haciendo en la ciudad a consecuencia de su nueva novela.

Ruth había terminado de recoger muestras del cuerpo de Ali Moore, así ponía en el documento de identidad que habían encontrado. Elsa había accedido a que Ruth la ayudara con los interrogatorios a quienes llamaron por teléfono a comisaría para dar aviso de que la mujer estaba muerta. En ese caso, había sido la madre de la misma psicóloga. Había ido al piso de su hija porque todos los lunes almorzaban juntas y cuando se presentó allí, se encontró con el cadáver. El interrogatorio de la madre de la chica lo hizo Ruth, mientras que Elsa observaba el resto del piso, así como ventanas y terraza para comprobar que el asesino no había entrado por ese lugar, dejando pruebas que pudiera utilizar la forense, hasta la salita donde trabajaba la víctima.

Ruth se encontraba muy cómoda hablando con la madre de la chica. Elsa la estaba observando y tenía una gran empatía con los familiares de la víctima. Ella sabía que Ruth no solo había sido forense, sino que mientras estudiaba los últimos años de carrera también se había involucrado en la investigación en forma de asesora de su campo. La confianza con la que se movía la delataba.

—Yo le había dicho a mi hija en más de una ocasión que alguien la observaba, pero no me hizo caso. Decía que sus pacientes, a veces, pasaban un rato en la calle fumando un cigarro o recopilando valor para afrontar la sesión de terapia. Muchas veces por vergüenza: a las personas les cuesta sincerarse —explicó la señora.

—¿En alguna ocasión ha visto a esa persona que cree usted que seguía a su hija? —preguntó Ruth, buscando la descripción de alguien que pudiera permitir a Elsa avanzar con la investigación.

—No, qué va. Sé que seguían a mi hija porque cuando salíamos a tomar café por la mañana en su descanso siempre nos tropezábamos con el mismo hombre encapuchado de negro. Yo entiendo que hace frío en esta época del año, pero no tanto. Era muy evidente que él evitaba ser visto yo nunca pude quedarme con su cara. —La señora se vino abajo intentando ayudar a la policía para coger a ese hombre—. Tienen que averiguar quién ha sido.



Elsa se encontraba inspeccionando la vivienda cuando se encontró una puerta del armario del pasillo cerrada. No se lo podía creer. El lugar destinado a los zapatos escondía un equipo de grabación con varias cámaras, entre ellas, dos en su cuarto y otra en la sala de trabajo con los pacientes. Los cajones que seguían hacia debajo de la pantalla, donde se veían las tres cámaras, estaban llenos de CDs con nombres de hombres en su mayoría. Elsa los había mirado todos buscando algún nombre que le resultase familiar. Una persona que estuviera implicada en el caso y pudiera ayudarlos un poco, sin embargo, el último nombre que esperaba encontrar en esas grabaciones era el de John Murriel, pero ahí estaba. Elsa ni se paró a pensar lo que iba a hacer. En aquel momento, lo puso en su unidad de visionado: era una grabación de sesiones de terapia. Elsa sabía que su compañero había estado en el extranjero con el ejército y que en esos lugares pasaban cosas a diario, y que una vez de regreso en casa debían compartir y asimilar. Muchos de esos soldados necesitaban terapia. Elsa se estaba sintiendo mal por cotillear la vida personal de John en sus horas bajas, y cuando su intención era apagar el monitor y extraer el CD, la imagen cambió. John ya no se encontraba en el diván de la doctora Moore, sino en el sillón de la doctora besándola con pasión. Elsa se había quedado paralizada de la impresión y no podía dejar de mirar cómo la escena subía la temperatura de la sala. Fue Ruth quien se acercó a ella y apagó el monitor.

—Lo siento. Me he quedado muda, no me lo esperaba —dijo Elsa en su defensa, aún en *shock*.

—¿El qué? ¿Que tu compañero es humano? —preguntó con ironía Ruth a la vez que se reía de Elsa, pues desde que eran compañeros, Ruth siempre había sospechado que John miraba con segundas intenciones a Elsa, y el resultado de su espera había sido descubrir a Elsa cotilleando una grabación de su compañero teniendo relaciones con otra chica.

Ruth había sido la sensata de la jornada. El asesinato de Ali Moore había dado para mucho en lo referente a la investigación. Habían encontrado un sospechoso, aunque no se le veía la cara. Las grabaciones de la chica habían demostrado a la policía que el asesino había llevado el cuerpo de ella a su casa y lo había colocado con cuidado antes de abandonar el piso. El hombre era alto y fuerte, se había movido solo con la luz que entraba por las ventanas, lo que daba a entender que conocía el lugar, aunque no se diera cuenta de las cámaras. Podía haberse hecho pasar por paciente de la psicóloga, por eso Elsa se encontraba en ese momento en comisaría observando todas las grabaciones: en alguno de esos vídeos podía estar el asesino.

Ruth estaba en la sala de autopsias. El cuerpo de Ali Moore presentaba los mismos cortes por la cara y el cuerpo que el resto de las víctimas del psicópata. La cara presentaba cortes en los labios, el pecho presentaba cortes pequeños alrededor del pezón y un corte largo y profundo en la mitad baja que había provocado que este colgara por pequeñas sujeciones de piel. El abdomen de la chica era plano y *sexy*, mostrando el deporte que había realizado durante años. Este presentaba una serie de cortes finos y superficiales hasta el ombligo, que formaba un pozo de sangre seca y un corte más profundo. Las caderas y las ingles estaban totalmente cubiertas de sangre junto con el interior de las piernas, zonas que además habían sido manoseadas.

La causa de la muerte había sido el cuello seccionado, al igual que en las otras víctimas. Los brazos de la chica no mostraban ningún daño hasta sus manos, donde se podían ver las uñas rotas y sucias de arrastrar piel y sangre de quien la forense esperaba que fuera del asesino. Esta era la cuarta víctima y presentaba más signos de lucha que las otras tres. Había peleado por liberarse de las ataduras, desgarrando así sus muñecas y tobillos con mucha fuerza, tanta que la muñeca del

brazo derecho estaba dislocada. Ruth había recogido muestras de ADN tanto de la víctima como del asesino, pues esta vez había más fluidos en el vientre de esta. Una vez hecha la autopsia, lo que le quedaba por hacer a Ruth era redactar el informe antes de llamar a la inspectora.

John seguía en el hospital recuperándose de las lesiones sufridas durante la pelea que había tenido con un hombre en el bar de Kim. Elsa seguía pensando en la grabación que había encontrado en casa de la psicóloga. Quería ayudar a su compañero, pero para ello necesitaba información, así que se había acercado a ver a Kim para conocer otra versión.

El bar de esta chica se encontraba a la vuelta de la esquina de comisaría, por eso, muchas veces estaba lleno de policías, como en el caso del otro día cuando John había querido interrogar al novio de la tercera víctima en un lugar menos formal con la intención de que el interrogado se relajara. Así hablaría más.

—Hola, Kim —saludó Elsa cuando entró en el bar y localizó a la chica en la barra de al lado sirviendo a unos clientes.

Kim, con una mano levantada, instó a Elsa a no acercarse, pues era un grupo que tenía una discusión acalorada entre ellos y no quería que Elsa tuviera que intervenir en caso de que se viera afectada.

—¿Qué tal, inspectora? ¿Y John? —preguntó Kim preocupada por la salud de su amigo. Ella sabía que estaba en el hospital recuperándose de los golpes que había recibido, pero no sabía cómo evolucionaba, pues no había tenido tiempo para ir a visitarle.

—Mejor. Es muy mal enfermo, pero se recuperará pronto, ya verás —contestó Elsa con la intención de tranquilizar a la chica, pues sabía que ella le tenía cariño al militar, ya que había sido compañero de su hermano muerto en combate.

—¡Qué bien! En cuanto pueda voy a verlo —dijo esta.

—La verdad, Kim, es que John tiene problemas... Ha aparecido implicado en un caso que estamos investigando y necesito saber lo que pasó aquí el día de la pelea. ¿Puede ser un conocido de él, Kim? ¿Conoces a la persona con quien se peleó ese día? —preguntó Elsa con nerviosismo, pues necesitaba datos para seguir investigando.

Kim se puso a la defensiva con las preguntas. No sabía por qué Elsa quería saber tantas cosas de John, pero él era un hombre honesto con un pasado difícil por los años que estuvo en el ejército.

—No, Elsa, ese hombre que se peleó con John no era de por aquí, al menos, yo en este bar no lo había visto nunca. Además, John no se peleó con él, en realidad fue ese hombre quien asestó el primer golpe sin motivo ninguno, pues John estaba sentado en esa mesa —Kim señaló la mesa del fondo— y se levantó para despedirse del chico con el que estaba hablando.

Elsa se sentía incomoda hablando con esa chica. Sabía que ella era la hermana del mejor amigo de John, el mismo que había perdido la vida en el desierto. La defensa que hacía de su amigo era implacable y Elsa también quería que todo terminara, pero para ello debía poder explicar por qué John acudía a la psicóloga que había aparecido muerta en su piso por el mismo psicópata que estaban buscando. Sin embargo, todo se complicaría mucho cuando el capitán se enterara de que, además, John mantenía una relación con Ali Moore, pues él pasaría a ser sospechoso de asesinato, algo que Elsa se había negado a creer.

Pese a haber hablado con la chica del bar, Elsa seguía teniendo preguntas que hacer. John estaba en el hospital malherido y había sido uno de los participantes de los vídeos sexuales de la doctora Moore. Cuando la inspectora decidió ir directamente a preguntarle todo a su compañero, por muy dolorido que estuviera, Elsa recibió una llamada de un agente de comisaría avisándola de

que el capitán se había enterado de que John estaba implicado en el caso. Ella debía darse prisa en averiguar hasta qué punto tener una relación sexual con la psicóloga podía inculpar a su compañero en el asesinato. No regresó a comisaría, sino que había decidido acercarse a ver a John y preguntarle todo.

La planta del hospital donde se encontraba ingresado parecía una zona de guerra. Había cubos, bacinillas y ropas sucias por todas partes en bolsas de limpieza. Los pacientes habían sufrido un virus gástrico que no había forma de erradicar, pues todavía no sabían quién era el paciente cero para así poder averiguar qué había comido o inhalado.

Elsa se encontraba en la puerta que daba acceso a las habitaciones, pero estaba cerrada con llave, por lo que las enfermeras no la querían dejar pasar. Ella había sacado su placa de policía y con un tono muy desagradable e imperativo consiguió que le permitieran pasar al interior con la condición clara de enfundarse un traje de «copito de nieve», a lo que accedió para poder hablar con John.

Dentro de la habitación de John, le echó un vistazo y comprobó que se encontraba fatal en aquellos momentos. Elsa posó una mano en su frente y otra en su mejilla. Quería que él despertara un rato de ese letargo de fiebre y sudoración para poder hablar con él antes de que se presentaran de la comisaría. Elsa necesitaba tiempo y no lo tenía. Lo peor era que John no estaba colaborador en lo que a despertar se refería.

—¡John! Abre los ojos, por favor. Necesito que me expliques algunas cosas. Te van a encerrar —dijo Elsa con desesperación, pues no era capaz de que su compañero abriera los ojos.

—¿Qué quieres? —preguntó él, sin ganas ninguna.

Elsa soltó un suspiro de alivio. Por fin podía hablar con él, si es que conseguía entender sus preguntas.

—John, dime qué relación tenías con Ali Moore. ¿Estabais saliendo? —preguntó Elsa.

—No, solo nos vemos a veces. ¿Por qué hablas en pasado? —contraatacó él, temeroso de la respuesta.

Con Ali, además de tener una relación de conveniencia fuera de la consulta, también era su psicóloga. Lo había ayudado a reconocer que la muerte de Mike había sido un accidente y que él no era el culpable pese a sentirse de ese modo.

—John, Ali Moore ha muerto a manos del mismo asesino que Sarah Miller, Mia Such y Charlie: ella es su cuarta víctima. —Así puso al día a su compañero.

—¿Cómo has dicho?

—Ella está en la mesa de Ruth ahora mismo, y necesito saber si el semen que encontró en la vagina de la chica es tuyo. ¿Lo es? —preguntó, temerosa de que fuera afirmativo.

—Si ha muerto el domingo, sí es mío, estuvimos juntos por la tarde. Después de estar con ella fui a verte a ti a Green —confesó John con los ojos anegados de lágrimas, pues sabía lo que ello significaba.

Elsa se había dejado caer en el sillón que había al lado de la cama. No sabía cómo iba a resolver eso. Ella sabía que no era el asesino, pero demostrarlo sería muy complicado, ya que el verdadero psicópata no cometía errores.

Capítulo 17

Andy se había mudado a casa de Elsa mientras John seguía en el hospital, pronto obtendría el alta médica y volvería a su piso. John necesitaba tranquilidad, por lo que había pedido al capitán que algún otro compañero se encargara de vigilar al acosador de Elsa. Andy se había presentado voluntaria para no dejar a su amiga sola durante unos días, luego saldría de la ciudad por unas semanas: tenía una sesión de fotos en un paraíso natural lleno de árboles y ríos al norte de Yellow. Elsa había accedido a que su amiga viviera con ella durante el tiempo que quisiera, sin embargo, había rechazado que otro agente la siguiera a todas partes. John había sido distinto, aunque no tenía permitido dejarla sola, no era invasivo porque trabajaban juntos. Ella se podía defender sin problemas, lo había demostrado durante años.

Eran las siete de la mañana en Blue y Elsa se levantaba de la cama con muy pocas ganas de comenzar el día. El capitán había accedido a seguir investigando la implicación de John en el caso del psicópata, pero sin arrestarlo hasta que se demostrase que estaba implicado de verdad o que todo era una trampa como pensaba Elsa. Ella había creído la explicación de su compañero en lo referente a la condición de amigos que mantenía con la psiquiatra. Ambos quedaban de vez en cuando, pero no mantenían una relación seria.

Por lo tanto, esa mañana, Elsa se había comprometido a acompañar a John hasta su casa tras abandonar el hospital. No lo dejaría solo hasta que estuviera cómodo en su piso; luego, iría a verlo su amigo Luc.

Elsa se despidió de su amiga Andy y salió por la puerta dirección al trabajo. A los pocos metros de las escaleras de su casa, se encontró a Mad apoyado en un coche que le resultó familiar. Finalmente, Elsa lo reconoció como el de Arthur mientras Mad le abría la puerta de atrás y la invitaba a entrar en el automóvil. Una vez dentro, descubrió que, efectivamente, Arthur estaba dentro sentado a un lado del sillón. Era una limusina amplia, la misma con la que había ido a buscarla el primer día que fueron a cenar. Elsa se sentó al lado de Arthur y él se inclinó para darle un beso de buenos días. Ella recostó la espalda, sonriendo mientras le cogía de una mano.

—¿Quieres cenar conmigo hoy, Elsa? —le preguntó Arthur esperanzado de que así fuese.

Los últimos días no había podido disfrutar de ella por culpa de su compañero, que la había acaparado para él, haciéndose el importante con unos rasguños de nada.

—Está bien. Llegaré después de las ocho de la tarde porque tengo mucho que hacer hoy en la oficina, pero allí estaré —contestó Elsa encantada con la propuesta, necesitaba un rato de mimos.

—Vale, pues te espero en mi casa o ¿te envío a Mad? —se ofreció él.

—No, no hace falta, gracias, voy yo sola —contestó una Elsa ilusionada con sus planes de noche en pareja.

—Te tengo una sorpresa en el granero: una cena romántica para dos bajo las estrellas —se chivó él, esperando su sonrisa.

—¡Oh! ¡Gracias, me muero de ganas! —exclamó ella, imaginando la escena.

Mientras bajaba de la limusina que la había dejado en la puerta de comisaría, recordó la

romántica cena que le esperaba esa noche. Elsa pensaba que el día era inmejorable. Pero toda la emoción que tenía se desvaneció cuando llegó a su mesa y encontró el informe forense de la cuarta víctima, Ali Moore. Además de todo lo que esperaba como los cortes por las zonas más sexuales de la mujer, el corte mortal del cuello, las uñas pintadas de rojo y semen en el abdomen, existía otro residuo, Ali había arañado al asesino y tenía restos del agresor entre las uñas.

La mala noticia era que había dos tipos de semen en el cuerpo, la muestra que había en el abdomen pertenecía a un individuo desconocido que habían podido confirmar que era de la misma persona en las cuatro víctimas, pero que, de momento, no habían podido identificar. Los estudios en el laboratorio de las raspaduras que se analizaron de entre las uñas de la víctima coincidían con el desconocido. En cambio, la muestra que había en la vagina de Ali Moore era del inspector John Murriel. La base de datos de la policía tenía registros del ADN de todas las personas que habían sido fichadas en alguna ocasión a lo largo de su vida, al igual que los empleados de la policía de Blue. Sin embargo, la muestra de ADN del asesino no aparecía en dicha base.

En el informe forense, Elsa no encontró nada que le sorprendiera: ella ya sabía que John había tenido relaciones con esa mujer. Lo que no esperaba era encontrarse con una nota de Ruth pidiendo disculpas por la tardanza de la segunda muestra de ADN. Esta se había contaminado en el laboratorio por una mala manipulación de uno de los técnicos, pero había suficientes residuos bajo las uñas y su abdomen para repetir las pruebas. La muestra de la vagina era de John Murriel, la otra sería del asesino y necesitaban que saliera bien y que el ordenador identificara a la otra persona, de lo contrario John tendría muchos más problemas de los que ya tenía.

Elsa tenía la agenda repleta durante todo el día, por lo que empezaría con los interrogatorios de los familiares desde primera hora, así podría bajar al laboratorio a mediodía, donde estaba Ruth para preguntarle por los nuevos análisis mientras almorzaban y comparaban las pruebas.

Cuando estaba en su mesa estudiando el informe que había hecho la forense, Elsa se había llevado las manos a la cara porque había abandonado a John en el hospital esa mañana. De inmediato, le llamó para saber cuándo le iban a entregar el volante del alta para irse a casa: ella cogería un coche de comisaría e iría a recogerlo. Al salir de su casa, había visto el coche de Arthur y se olvidó por completo que debía llevar el suyo a trabajar para ir en busca del enfermo. Tras aguantar cómo su compañero le tomaba el pelo por teléfono durante diez minutos, él le pasó el móvil a su amigo Luc para que le dijera a Elsa que ya no estaba solo. Elsa respiró por fin, recostándose de nuevo en la silla sin entender muy bien cómo se había despistado de esa manera.

Estaba en el laboratorio con Ruth comentando todo el caso y la falta de visión que habían tenido, tanto su compañero como ella, al perder el tiempo con malos rollos dividiéndose el trabajo en lugar de trabajar juntos. A Elsa le preocupaba la implicación de su compañero con la última chica muerta, el asesino podría no verse nunca implicado.

—Ya está —dijo Ruth, saltando de la butaca donde se encontraba para ir a recoger el papel que salía de una impresora.

—¿Qué es lo que está? —se interesó Elsa.

Ruth se acercó a ella con el entrecejo fruncido y los labios apretados, probablemente, le daría una mala noticia. Habían estado esperando el segundo análisis de los residuos de las uñas, por lo que los resultados implicaban a John, sino no habría motivo por el que Ruth se hubiera quedado paralizada.

—Los resultados dicen que la muestra de semen que encontramos en el vientre de Ali Moore y los residuos de debajo de las uñas son de la misma persona —la forense hizo una pausa ante su frustración—, pero no sabemos de quién es la muestra del individuo porque tienen protegidos sus

datos. Ya le he pedido al capitán que pida ayuda a jefatura de policía para que podamos desclasificar la información personal de este criminal porque es el mismo en las cuatro víctimas.

—Me alegro de que no sea John. ¿Estamos buscando a un asesino protegido? —se indignó la inspectora.

Con todo el enojo que puede acumular un inspector, Elsa subió del laboratorio saltando los escalones de dos en dos. Una vez en la primera planta, se presentó en el despacho del capitán hecha una furia: tenía al asesino y no podía detenerlo porque no sabía cuál era su nombre. El capitán intentó calmarla, prometiéndole que llamaría a unos amigos de jefatura a ver si podían darles la identidad del sujeto y el motivo de que su identidad estuviera protegida.

Esa tarde, la inspectora había salido de comisaría tan deprisa como pudo, su trabajo se había convertido en un imposible. Una vez en su casa, le contó todo a Andy y, después, decidió ir a ver a John para explicarle los avances. Durante un rato estuvo en casa descansando mientras tomaba un café con su amiga, la cual, había aprovechado el día para hacer deporte y mantener el cuerpazo que tenía. Elsa, a veces, pensaba que sería buena idea acompañarla en uno de sus viajes y tumbarse en la arena de un lugar exótico durante una semana.



Las víctimas necesitaban descansar tranquilas de una vez, por no hablar de la tranquilidad que debía invadir a los familiares al saber que el asesino de las chicas estaba en la cárcel. La madre de Ali Moore estaba convencida de que durante semanas había visto a un hombre excesivamente abrigado merodeando por la calle donde su hija tenía el piso. Elsa había tomado declaración a la mujer esa misma mañana. Ella también creía que preparar un secuestro y un asesinato, además de devolver luego el cuerpo a la vivienda de cada chica, era algo que requería de planificación y estudio del sujeto. Por lo tanto, la inspectora visionó todas las grabaciones que tenía la última víctima en su casa, además de ordenar a unos agentes que registrasen las viviendas de las otras tres para buscar grabaciones o algún otro detalle que se les hubiera pasado en el primer registro.

Así ocupaba su mente la inspectora de camino a casa de John. Le debía una disculpa por haberse olvidado de él esa mañana y, además, tenían que hablar muy seriamente sobre su implicación en el caso, pues aunque ella había creído en su inocencia, las pruebas forenses en aquel momento solo lo implicaban a él en el cuarto asesinato, ya que el segundo sujeto tenía su nombre protegido.

John estaba en el sillón de su casa con el respaldo hacia atrás. Durante los días que había estado en el hospital no había sentido tanto dolor en las costillas como en aquel momento en el que los golpes se habían enfriado y dolían mucho más. Luc había demostrado tener la paciencia que le faltaba a John: le había obligado a comer, a tomar los medicamentos y le había prohibido mirar el mueble bar. Con toda esa vigilancia, John hubiese preferido que estuviera Elsa allí en lugar de él, a ella la hubiera manejado mejor, al menos, eso había querido pensar.

Elsa estaba a unos cien metros del portal de su compañero. Era por la tarde aunque empezaba a oscurecer, aun así, con el sol bajo molestando a la visión, Elsa vio cómo un hombre corpulento con una cazadora con capucha se ponía a caminar calle arriba. La paranoia no era propia de ella, pero ese caso la estaba poniendo a prueba de verdad.

Una vez que había llegado al portal, buscó el piso número tres, puerta b. En cuestión de un

segundo, la puerta se abrió automáticamente para que ella pudiera pasar. Arriba la esperaba Luc apoyado en el marco de la puerta para avisarle de que mostrara paciencia con John, pues llevaba todo el día sin fumar ni beber. Elsa entró en el apartamento decidida a no amedrentarse con el mal humor del que le habían avisado.

—¿Qué tal te encuentras, John? —preguntó Elsa lo más relajada que pudo, algo que no había sido fácil, pues su compañero tenía una cara marcada de sufrimiento y agonía que ella supuso era por la falta de alcohol, como ya le había avisado Luc.

—¡Genial! —contestó él sarcástico.

Elsa sabía que no era fácil cuidar de una persona así, pero Luc se había propuesto ayudar a su amigo y Elsa lo apoyaba.

—Yo venía a contarte las novedades del caso —anunció ella sin preámbulos, pues estaban en confianza—. La verdad es que pinta mal. No sé si podré convencer al capitán de que no te detenga en un par de días. Gracias al trabajo de Ruth sabemos que el asesino tiene una ficha protegida. La última víctima, Ali Moore, tenía restos de piel y sangre entre sus uñas. ADN que coincide con el semen encontrado en su vientre, además de con las muestras de las anteriores chicas. Así están las cosas... sin embargo, no tenemos forma de interrogar ni detener al verdadero culpable —soltó Elsa de repente—. Este hombre tiene una ficha protegida.

—Vamos, que como pueden demostrar que tuve relaciones con la última víctima, me van a empapelar a mí —concluyó John.

—Lo siento, John. Lo retrasaré todo lo que pueda. El capitán está intentando hacerse con la autorización necesaria para conocer la identidad del culpable, pero la jefatura le está poniendo muchas trabas —explicó Elsa preocupada por cómo proceder con su compañero. Lo último que necesitaba era ver cómo el caso se estancaba porque alguien estuviese protegiendo al culpable.

—Hay que tener mucho poder para codificar el expediente de una persona —se quejó John, viéndose perdido.

Elsa se había quedado en *shock*, eso sí que era complicar un caso. Necesitaba un milagro para evitar que su compañero no pasara por la cárcel por el asesinato de Ali Moore. El calabozo iba a ser inevitable para él.

—Necesito que me lo cuentes todo, John —le pidió Elsa—. Mañana vuelvo a verte por la tarde y antes del viernes necesito poder juntar todas las piezas.

—¡Chicos! Hay un hombre ahí abajo con una capucha negra. Me recuerda a vuestras descripciones de cómo vigilaba el asesino a las víctimas —interrumpió Luc la conversación que mantenían los dos.

—¿Cómo? ¿Te han quitado la vigilancia, Elsa? —preguntó John.

—Sí, lo pedí yo. No soportaba a alguien siempre a un paso por detrás de mí —contestó, sabiendo que nadie la había seguido hasta allí.

Sin embargo, ella también se había dado cuenta de que un hombre sospechoso estaba en la calle mirando hacia el edificio de John. No era a ella a la que vigilaban, sino a su compañero. Elsa se levantó del sofá en el que se había puesto cómoda y se acercó a Luc, que estaba en la ventana detrás de la cortina y con la luz apagada del salón. Elsa reconoció la estatura y complexión del hombre: era el mismo que la vigilaba en su casa desde debajo de la farola. En ese momento, había decidido que era la hora de abandonar el piso de John e ir a cenar con Arthur, no quería seguir dándole vueltas a su seguridad y, según la miraban los dos chicos, era lo que iban a hacer.

—Chicos, tengo la carta del asesino en la que describe como mató a Ali More. Os la dejo

aquí en la mesa —dijo Elsa, esperando que su compañero no la quisiera leer.

—Está bien, Elsa, gracias por dejar una copia —contestó Luc.

Saludos, amigos,

Podría contaros cómo la vida de Ali More se me escapó de entre las manos, fue un momento delicioso: ella era deliciosa. Pero puede que el inspector esta vez no quiera saber los detalles.

Ali More era una mujer atractiva e intrigante. Sabía los secretos mejor guardados de media ciudad, pocos psicólogos accederían a una sesión de urgencia, pero ella lo hizo por su amigo John ¿o eran más que amigos?

Lo cierto es que tuve que esperar a que se encontrara sola en su apartamento para poder llevármela conmigo a mi lugar secreto. Después de una tarde de sexo con el inspector Murriel, ella se encontraba relajada y menos alerta. Mucho más fácil para mí entrar en su refugio. Era una mujer maravillosa, muy sexy, ese tipo de mujer que no tienes duda de que te volverá loco solo con una mirada. Su sonrisa fue lo primero que dibuje con mi cuchillo, era seductora e irresistible.

Cuando mi amigo llegó a nuestro lugar secreto con ella dormida entre sus brazos, sentí celos de su proximidad. Yo, rápidamente, la estreché contra mi pecho mientras le poníamos los lazos rojos de la pasión en sus extremidades. Despacio, despertó para nosotros, como una gata buscando su sitio más cómodo. Pero no lo encontró...

Totalmente a mi merced, nos quedamos solos para mirarnos a los ojos y reconocernos... después de tanto tiempo.

Me desnudé para ella, quería que viera cuánto me excitaba estar a su lado, que supiera que esa noche sería especial para mí. En cuanto me acerqué a centímetros de su piel con mi cuchillo acariciando sus pechos, ella me desafió con la mirada. No lloraría para mí. Me conocía, sabía quién era yo y lo que iba a pasar, y ella no tenía intención de darme el gusto.

Mi cuchillo dibujo medias lunas con sus pechos. La sangre que brotaba de ellos fue saboreada por mis labios como un dulce manjar. La miré a los ojos. Ella me miraba con odio mientras intentaba contener las lágrimas. Mi cuchillo seguía dibujando surcos por su vientre hasta llegar a sus muslos, la parte más sensible a mis caricias. Acaricé sus piernas con pasión desenfrenada y apenas controlable. Era una mujer llena de curvas bañadas en sangre, hechas para volverme loco.

Volví a mirarla a la cara lleno de pasión y devoción por su tenacidad. La admiraba con todo mi corazón, me había ganado para siempre. Pero... me decepcionó. Una lágrima calló por sus mejillas mostrando su debilidad humana. No me quedó más remedio que colocar mi cuchillo en su cuello y cortarlo de lado a lado.

Saludos,

Yo



Yo les observo a través de la ventana, los dos chicos están atosigando a la inspectora en ese momento. Lo más probable es que hayan descubierto que les estoy siguiendo y observando, sin

embargo, persiguen a un fantasma, pues ellos no saben mi nombre.

La inspectora es la mujer que ha elegido mi jefe como inspiración. Ella es la dueña de sus fantasías más atrevidas, por eso él lo quiere saber todo sobre ella. Ese es el motivo por el que yo la sigo allá donde vaya. Esta vestida para presentarse en una cita, está muy guapa... y sexy. El inspector John ha frustrado más de un intento mío por llegar hasta Elsa, así se llama la mujer más inteligente de los policías de la ciudad. Es el compañero perfecto, siempre está pendiente de la chica, la acompaña a casa e, incluso, vive con ella para su protección por orden del capitán.

Me siento importante con tanta atención hacia mi persona. Creen que quiero hacerle algo malo a Elsa, pero no, mi amo nunca me perdonaría que yo me propasara con ella: ella es suya.

La investigación se le da muy bien, pronto encontrará al culpable de los asesinatos en serie que está sufriendo la ciudad. Ahora debo salir de debajo de la farola: ella tiene una cita y no saldrá de ese apartamento mientras puedan verme desde la ventana. La calle que gira hacia la plaza es muy oscura por culpa de que un farol está roto, por eso es un buen lugar para esconderme un rato mientras ella cree que está a salvo. Luego, la seguiré a una distancia prudencial hasta saber cómo se desenvuelve en su cita, además de ver con mis propios ojos cómo es la relación que mantiene en esos momentos.

He regresado a casa, la cita ya no es asunto mío. He cumplido la orden de mi amo y he seguido a la inspectora mientras estaba sola; después, ya no debía quedarme. Las órdenes eran desaparecer y preparar el granero para cuando el amo regresara junto a mí. Él sabe que yo siempre haré lo que me pida. Por lo tanto, me acerco a la mesa del escritorio para recoger una carta que hay allí para enviar.

Capítulo 18

Arthur estaba en la biblioteca de su casa y la señora Cook le servía un *brandy* después de una cena exquisita, para luego dejarlo disfrutando del licor. Una vez solo, se puso cómodo en su sillón favorito con asiento mullido, respaldo alto y reposabrazos, recostándose ligeramente sobre el brazo izquierdo mientras leía uno de los diarios que había escrito en su juventud y que guardaba con cariño en el escritorio.

Una tarde oscura de lluvia y tormenta en la que no había podido salir a jugar al jardín con su niñera, Arthur se entretuvo en la cocina con la señora Cook mientras hacían pastelillos para la cena. Una vez que estos se hornearon, él espolvoreó por encima de ellos azúcar molida, que les daba aspecto de estar cubiertos de nieve. Cuando ella guardó la bandeja en la despensa para que se conservaran para la cena, Arthur le dio un beso en la mejilla a la mujer y se dispuso a pasar la tarde en su cuarto, ya que su padre le había regalado un libro nuevo que había estado leyendo.

La casa en la que vivía con sus padres y con los abuelos, hasta que estos murieron, era una mansión llena de pasillos y cuartos repartidos en tres plantas. La planta baja estaba destinada al servicio, junto con los salones de visita que se encontraban cerca de la puerta principal. En la primera planta estaban las habitaciones de la familia, lugar al que se dirigía Arthur en ese momento. Al subir las escaleras y caminar por el pasillo que daba a su habitación, oyó un grito de mujer que provenía del otro lado de las escaleras en un cuarto de invitados. La curiosidad del joven Doyle lo llevó directo a ese lugar en el que esperó unos segundos con la mano en el pomo de la puerta, esperando escuchar de nuevo a la mujer que creía haber oído con anterioridad.

En cuanto la puerta quedó abierta, Arthur vio al hombre que cuidaba de las plantas del invernadero y la finca de la casa tendido en la cama, desnudo, mientras que su niñera, la chica que jugaba con él en el jardín, lo montaba y este la sujetaba por las nalgas fuertemente para ayudarla a subir y bajar sobre él. Arthur se había quedado petrificado. No sabía cómo reaccionar a lo que estaba viendo, ni siquiera su niñera se había dado cuenta de que el joven Arthur estaba en el umbral de la puerta.

En aquel momento, Arthur apenas tenía doce años. Al vivir y estudiar en casa durante su juventud, sus tutores le habían ocultado ciertas cosas. Lo que los chicos de su edad habían aprendido en el colegio hablando con sus amigos, a él se le había omitido. Por ese motivo, el joven Arthur se había movido un paso hacia atrás, ocultándose en las sombras del pasillo, desde donde podía observar todo lo que hacían esos dos empleados y con lo que parecía que estaban disfrutando.

El jardinero había invertido la posición con su amiga Juli. Ahora era ella quien se encontraba tumbada en la cama mientras Tom acariciaba el cuerpo de la chica con una rosa de

espinas. Justo en el momento en el que Tom acercaba la rosa a sus labios una gota de sangre había comenzado a recorrer su rostro y descender por el cuello de Juli. El jardinero se encontraba entre sus piernas cuando se deslizó sobre ella y limpió la gota de sangre con un recorrido lento de su lengua a la vez que emitía un suspiro de placer. Luego, con su mano libre, sujetó a Juli por las muñecas, subiendo sus brazos por encima de la cabeza e hizo el mismo recorrido con la rosa. Esta vez rozó el pecho de Juli con las espinas de la rosa para lamer esas gotas de sangre rebeldes que le dibujaban surcos en la piel. Tom alcanzó el éxtasis y se dejó caer sobre la chica, que también gozaba de ese último momento... al igual que Arthur desde el pasillo.

Arthur cerró el diario que había estado leyendo y lo posó sobre su escritorio de la biblioteca. Alargó la mano para coger la copa que le había servido la señora Cook y bebió un trago con sumo placer y recostado en su sillón mientras recordaba el momento más incómodo de su juventud al mojar los pantalones cuando la pareja de amantes había finalizado su juego de placer en la habitación de los señores de la casa.

Él, durante muchos años, había recreado aquel momento con sus amantes, incluso había organizado encuentros de parejas mientras él miraba una escena idéntica a la que tanto le marcó. El Dr. Arthur Doyle buscó siempre amantes cada vez más osadas, disfrutando de juegos sexuales que implicaran dolor físico para ellas.

A los dieciocho años, el joven señor se había preparado para asistir a la universidad, solo y sin compañeros de colegio que lo acompañaran. Cuando llegó al campus de la facultad de medicina, se fijó en un chico tan brillante como antisocial, Mad. Pronto congeniaron y empezaron a salir juntos a las fiestas de las hermandades que los invitaban. En esas fiestas conocieron a personas con gustos similares a los suyos, con ganas de experimentar y descubrir cosas nuevas. Mad era mucho más impulsivo que su amigo, prefería disfrutar y someter a sus parejas. A Arthur le gustaba mirar. Todos esos años de estudio del cuerpo humano solo confirmaron que esos dos jóvenes eran el futuro de la medicina.

Cuando comenzaron la residencia de medicina con un gran programa en un hospital del centro del país, fueron los mejores alumnos. Sus caminos se separaron al elegir una especialidad diferente. Mad decidió formarse como forense mientras Arthur había elegido la cardiocirugía. De esa manera, conquistaron el mundo de la medicina, innovando y desarrollando técnicas nuevas en ambos campos.

A pesar de su separación profesional, nunca dejaron de vivir juntos y compartir sus días.

Años después, en su mejor momento, cuando todo les iba genial en sus carreras, con galardones y reconocimiento a su dedicación profesional y logros, Mad se vio en la necesidad de mentir en un informe forense como responsable de su análisis a un paciente del hospital. Él había reconocido el cadáver que descansaba en la mesa de autopsias, trasladado a su laboratorio.

Una ambulancia había llevado a un hombre con heridas mortales y un hilo de vida. Cuando la hermana de la víctima había encontrado al chico ensangrentado en su cuarto aún seguía con vida. Más tarde, fallecía en la sala de urgencias del hospital de la ciudad de Blue. Los médicos habían hecho todo lo posible por salvar su vida, pero los cortes en su cuerpo eran demasiado profundos.

A Mad no le hizo falta llamar a su amigo para confirmar que había sido él el culpable de la muerte del chico que tenía delante. La noche anterior, cuando habían terminado su turno, decidieron acercarse a un bar de copas a distraerse un rato. El bar en el que hablaban de cómo Arthur había tenido un día complicado por la operación de corazón de una mujer en la que todo

había salido mal era el local que recordarían mucho tiempo como el lugar de los trajeados. Allí entablaron amistad con un chico muy agradable que no disimulaba su interés por Arthur. Mad conocía a su amigo y sabía que el chico también era de su agrado, por lo tanto, se despidió y los dejó solos.

Los gustos sexuales de Arthur y Mad no eran un secreto para ninguno de los dos, en más de una ocasión habían sido cómplices en el juego. Con el paso de los años, su necesidad de buscar diversión había requerido de planificación y organización previa, lo que se convirtió en parte de la excitación.

Arthur posó su copa sobre el posavasos que la señora Cook le había dejado para evitar manchas por la condensación del vaso y sonrió satisfecho. Arthur había planificado su próximo momento en el granero de la casa de la playa, Mad también había organizado su parte.

Arthur había conocido a la mujer perfecta. Estaba seguro de que la inspectora Parker tenía un lado oscuro y salvaje. Debía quedar con ella en los próximos días, ya que a finales de la semana él emprendería un largo viaje.

Capítulo 19

John estaba en su apartamento recuperándose de las heridas que le habían provocado los golpes de la pelea que había sufrido en el bar de Kim.

Durante la última semana había desayunado con su amigo y con Elsa. Ella se acercaba todas las mañanas con bollos recién hechos y los informes de los nuevos interrogatorios a familiares y amigos de las víctimas. El inspector de los Hamptons, a quien habían ido a visitar para interrogarle sobre los avances en la investigación de la muerte de Paul, el novio de Sarah, la primera víctima de lo que ellos creían asesinatos en serie, prometió ayudarlos en lo que pudiera y había cumplido esa promesa, ya que durante esa semana había estado ayudando a Elsa a relacionar las víctimas entre sí.

En un principio, Elsa se había mostrado escéptica con la teoría del nuevo inspector, pero la verdad era que tenía mucho sentido. Las cuatro víctimas estaban relacionadas con los cursos impartidos por el doctor Arthur Doyle. Algunas habían asistido a ellos, otras, como Alice Moore, había acudido a la conferencia que este había dado en la universidad. Además de que las cuatro tenían el último libro de Arthur en su posesión y todo indicaba que había sido su lectura del momento. Ya fuera por interés en el ámbito profesional de ellas o por curiosidad sobre el tema, esa había sido una forma de estar en contacto con el doctor o sus allegados.

Elsa entendía las pruebas y la dirección que había tomado la investigación. Arthur podía saber quién de su entorno podía conocer a las mujeres asesinadas. Sin embargo, ella conocía a ese hombre. Durante más de un mes había salido varias veces con él y estaba segura de que no volvería a ayudar a Elsa ofreciéndole un culpable de su centro de ayuda. Era el hombre honorable que conocía toda la ciudad de Blue por ayudar a los más desfavorecidos en el centro social fundado por el alcalde.

El asesino sádico que disfrutaba torturando y matando a mujeres fuertes e independientes, que no dudaban en disfrutar con pasión de su sexualidad de una forma abierta y sin tabúes, no estaba en el centro de ayuda y hasta ahí había dicho Arthur sobre el tema.

Solo la segunda víctima había mostrado cierta curiosidad por saber si sus gustos la convertían en algo que socialmente debiera ocultar. Mia Such era una de las pacientes que acudían al centro social para hablar sobre el tema en un grupo de apoyo. El libro del doctor lo podía haber comprado por curiosidad, pues ella también trabajaba en un hospital, curiosidad que confirmaban sus compañeros en interrogatorios posteriores.

Elsa se sentía feliz al lado de ese hombre, no quería creer que pudiera ocultar pruebas sobre el caso para encubrir a alguna amistad.

El desayuno en casa del inspector John llegó a su fin en el momento en el que sonó el teléfono de Elsa: Ruth la reclamaba en comisaría. Por lo tanto, se despidió de su compañero y Luc, el amigo de este, para encaminarse a otro día de trabajo.

Una vez en comisaría, Elsa acudió a la planta baja donde se encontraba el laboratorio y la sala de autopsias para verse con la forense del caso. Ruth había estado repasando los informes

además de las notas que iba haciendo ella mientras practicaba la autopsia a las víctimas. Y había encontrado menciones a uñas arrancadas en el dedo pequeño de los pies, que había escrito previamente al informe y que luego, por no considerarlas importantes, no las había descrito en el informe oficial. De una manera particular para cada chica, no le había dado importancia a que faltaran las uñas pequeñas del pie, pues podía haber sido en un forcejeo con el asesino, pero al ser un hecho en las cuatro víctimas y siempre en el mismo pie lo consideró importante y decidió llamar a Elsa. La psicóloga que trabajaba en comisaría con los agentes e inspectores le había dicho a Ruth que eso podía ser un regalo que se llevara el asesino para recordar a la víctima. Dentro de los asesinos en serie se podían encontrar a aquellos que guardaban una parte del cuerpo como trofeo para recordar en otro momento en la tranquilidad de su lugar secreto y disfrutar de ese fetiche.

Ruth había explicado lo que la psicóloga le había comentado. Por lo que Elsa decidió que estudiarían todas las notas escritas de nuevo, junto con los informes, y buscarían nuevas pistas. El ADN encontrado en el cuerpo de las víctimas era un callejón sin salida. Había una coincidencia en la base de datos de la policía, pero el archivo estaba codificado. El capitán se estaba encargando de convencer a sus superiores de que le dieran la clave de acceso, pues así podrían averiguar quién era al asesino de las cuatro chicas.

A John solo podían acusarlo de matar a la última chica, por encontrar semen suyo en el cuerpo de ella, pero era falso que la hubiera matado. Eso pensaba su compañera que decía que todo era una mala coincidencia al tener relación John con Ali Moore.

Elsa y Ruth estaban trabajando sobre la mesa del despacho de la forense, allí tenían acceso a todo, salvo a los cuerpos de las víctimas, que ya se los habían entregado a los familiares para que dispusieran de ellos para el funeral.

El asesinato había sido estudiado. Se había cometido en algún lugar tranquilo en el que se sintieran a salvo de curiosos. Las chicas presentaban los mismos cortes en las zonas sexuales del cuerpo de la mujer, las ataduras de muñecas y tobillos indicaban que el asesino disfrutaba con su sufrimiento y con el miedo que estas mostraban, lo que se comprobó por las lágrimas que se hallaron en la cara de las mujeres. La sangre que cubría sus cuerpos había sido derramada de una forma lenta, lo que implicaba que murieron de forma dolorosa.

Después de un descanso, pues ya tenían la vista cansada, decidieron volver a los interrogatorios de los familiares. La familia de Sarah Miller no se había mostrado muy colaboradora, lo único que quería era llevarse el cuerpo de la chica lejos de la ciudad que les había arrebatado a su hija años atrás.

Elsa fue hasta su escritorio en la planta donde se encontraban las oficinas; recordaba que las cartas originales que había enviado el asesino se encontraban en los cajones de la mesa de su compañero. Estaba revolviendo carpetas en todos los espacios con mucha prisa, pues sabía que se estaba acercando a algo importante después de tanta investigación, conjeturas e hipótesis, lo que nunca imaginó era lo que encontraría en uno de los cajones. La carta que John había ocultado dentro de un blog de notas estaba dirigida solo a él.

—Elsa, ¿qué estás haciendo? —preguntó el capitán viendo el desorden de su mesa.

Elsa estaba catatónica. El sobre que tenía en la mano estaba abierto y suficientemente deteriorado para saber que se había leído muchas veces. John le había ocultado esa carta por algún motivo, pero no entendía por qué si la investigación era de los dos.

—Hola, capitán. Estaba buscando las cartas originales que el asesino envió a comisaría para nosotros. Las he encontrado, pero, además de esas, en el escritorio de John hay otra carta

destinada solo a él —explicó Elsa sin dejar de mirar el sobre mientras le daba vueltas sin atreverse a abrirlo.

Fue entonces cuando el capitán alargó la mano para que se la diera. Él la leería en voz alta. Elsa se sentó en la silla de su compañero mientras el capitán ponía cara de asco según avanzaba su lectura.

Buenos días, John,

Voy a por ti. Te encerrarán los tuyos en un lugar oscuro y tirarán las llaves al océano. Si yo me divierto, a ti te sentenciarán como a un monstruo.

Disfruta del tiempo que te queda en libertad.

Elsa miraba a su capitán. El asesino conocía a John y este sabía a quién buscaban y si no decía nada, se acabaría convirtiendo en cómplice. Elsa se levantó de la silla y le pidió la carta al capitán. Debía enseñársela a su compañero y pedirle que le explicara cuánto sabía y cómo podían llegar al culpable. Demostrar su inocencia, en esos momentos, iba a ser muy difícil, la policía ya creía que estaba implicado tras hallar su semen en Ali Moore, la última chica asesinada.

Ruth estaba en el laboratorio realizando la autopsia al cadáver de otro caso, Elsa se acercó a su amiga y le dio un beso en la mejilla mientras se despedía y salía rápido de la sala prometiendo que se lo explicaría todo en otro momento.

Elsa había metido todas las cartas que había escrito el maníaco en una carpeta, incluida la última que había encontrado en la mesa de su compañero. Tenía su coche en la acera de enfrente de comisaría. Esa mañana había decidido ir a cenar con Arthur cuando saliera de trabajar, por esa razón lo había llevado, decisión que había aplaudido en aquel momento, pues así podría llegar al piso de John antes que si esperaba al autobús. Había un tráfico horrible, la comisaría estaba en el centro de Blue y John vivía a veinte minutos, que esa tarde se convertirían en treinta.

Aparcó bastante cerca del portal de su compañero. Llamó al telefonillo y Luc le abrió la puerta, sorprendido de que les hiciera una visita a esas horas de la tarde, ya que lo habitual era que fuese o muy temprano o muy tarde cuando salía de comisaría. Una vez en el tercer piso, Elsa vio a John apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados y cara de interrogación.

—¿Qué haces aquí, guapa? —preguntó John con una sonrisa.

La forma en que lo había mirado su compañera desde la puerta del ascensor no le había gustado nada. ¿Habría desistido en ayudarlo en demostrar su inocencia? No había forma de evitar que lo encerrarán, aun sabiendo que no era el culpable de los asesinatos.

—John, explícame por qué no me dijiste que el asesino te había escrito una carta amenazándote —dijo Elsa, dejando a su compañero mudo, pues no se esperaba que ella descubriera eso.

—Has encontrado la carta que escondía en el escritorio de comisaría, ¿verdad? —preguntó él, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí. ¿Cómo se te ocurrió no contarme que te había amenazado? Porque era eso, una amenaza para que abandonaras el caso, ¿verdad? —preguntó Elsa aterrada por que su compañero estuviera en peligro.

—Espera, Elsa, no corras tanto. Entra en casa y te lo explicamos todo —dijo John señalando el interior de su casa para que esta entrara.

Elsa no entendía nada. Esa mañana, durante el desayuno, su compañero y el amigo de este habían podido decirle que John estaba amenazado por el asesino. Necesitaba aclarar todo de una

vez.

Al entrar en la sala de estar, Elsa encontró a Luc sentado en la pequeña mesa redonda donde desayunaban todas las mañanas, pero, esta vez, había esparcidas varias carpetas con fotografías. En todas ellas, aparecía Elsa y, de una manera o de otra, tenía siempre una sombra detrás de ella, lo que quería decir que alguien la estaba siguiendo. John, con ayuda de Luc, había estado cuidando las espaldas de Elsa por petición del capitán tras el incidente de hacía unas semanas. Con la pelea de John, ella se había quedado desprotegida aunque viviera con Andy, ya que esta también le había hecho saber a John que notaba cómo alguien las observaba durante la noche desde la farola de la calle de enfrente de la casa de Elsa.

—Elsa, siéntate, por favor —le pidió Luc.

Los tres chicos estaban nerviosos y con ganas de aclarar las cosas. Solo Elsa estaba libre de sospecha y creían que el asesino se estaba aprovechando de esa circunstancia para llevar ante la justicia a John de forma errónea.

—Cuando comenzamos a trabajar juntos en este caso, me avisaron desde jefatura de que alguien estaba haciendo muchas preguntas sobre mí. Un compañero del ejército con un alto cargo en esa oficina sabe que una persona con poder no quiere que yo esté trabajando para la policía —confesó John.

Elsa no tenía dudas sobre la veracidad de lo que le estaba explicando su compañero. Lo que no acababa de entender era por qué jefatura ponía trabas a que los inspectores detuvieran al asesino que tenía a la ciudad en jaque.

John vio la duda en la cara de su compañera mientras él explicaba la historia: Elsa no creía lo que él le estaba contando.

Elsa entendía su postura al respecto, incluso veía el motivo por el que Luc estaba decidido a ayudar a su amigo con algunos aspectos de su vida como el exceso de alcohol que este consumía. No debía haber sido fácil para John salir de misión y perder a un compañero, ese chico del que le había hablado varias veces y que había descubierto que era familia de Kim, la chica del bar que estaba cerca de comisaría. Y, además, a su regreso a la ciudad de Blue encontrarse con enemigos que querían hacerle la vida difícil.

—Está bien, John. Necesitamos saber quién ha escrito la carta de amenaza contra ti e intenta convertirte en el culpable del asesinato de la última víctima del psicópata —dijo en tono conciliador Elsa.

—Elsa, necesitamos encontrar a una persona con suficiente poder para clasificar un expediente. Alguien tan importante que ni siquiera el capitán de nuestro departamento puede hacerse con la información —le replicó él.

John estaba involucrado en un caso que la sociedad de Blue seguía día a día en los periódicos y necesitaban ver detenido a alguien. Era muy difícil descubrir qué jefe de la policía o político podría estar encubriendo al asesino.

Capítulo 20

Andy estaba remoloneando en la cama mientras miraba los mensajes de su móvil; esa noche había contestado a más de quince preguntas de John sobre si Elsa había llegado a casa o había avisado de que se encontraba bien. Esa noche, Elsa había quedado con Arthur para cenar y John le había dado a Andy unos pendientes con un micrófono incorporado para poder tenerla vigilada, ya que él tenía cada vez más claro que Arthur era el asesino que buscaban. De modo que Andy, para poder dormir, tuvo que desconectar el móvil y abandonarlo en la mesita de noche de la habitación que ella usaba cuando se alojaba con su amiga Elsa.

Andy había conocido a John un día en la cafetería cuando ambos compañeros estaban tomándose un descanso para almorzar. Era un chico reservado pero muy atento con Elsa. Quería ganarse la confianza de su amiga, pues empezaron su relación en la policía con el modo ofensivo que Elsa llevaba puesto siempre. Una vez que el ambiente se había relajado y consiguieron entender el valor de cada uno, comenzaron a trabajar con mucha más complicidad mientras analizaban el caso.

A las ocho de la mañana, Andy dio un puñetazo en la cama al oír de nuevo el móvil. Se estiró para coger el aparato con una mano mientras con la otra separaba las mantas y se levantaba de muy mal genio al oír también el timbre de la puerta principal. Estaba segura de que al recibir a la temprana visita, no se contendría y le daría un sartenazo a cualquiera que estuviera parado en el umbral.

Andy bajaba las escaleras pisando fuerte con sus zapatillas de andar por casa cuando de nuevo sonó el molesto timbre. Con el pelo enmarañado y la cara sin lavar apoyó la mano en el marco de la puerta principal de la casa mientras la abría y se topaba con un John enfadado.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir? —preguntó preocupado.

—Buenos días a ti también. Pasa —lo invitó ella resignada, pues ya estaba despierta sin oportunidad de darse la vuelta en la cama y seguir soñando.

—Lo siento... ¡Buenos días! —se disculpó al recordar la forma en la que había entrado sin saludar.

Andy era una buena amiga y se preocupaba por Elsa al igual que John, pero no veía lo mismo que él, aunque Andy sabía que buscaban a un asesino en serie que tenía a la ciudad loca de preocupación, no creía que el culpable de los asesinatos fuera el novio de su amiga como le había asegurado John para engañar a Elsa para que usara los pendientes.

—No importa, sé que Elsa está bien, John. Vosotros me disteis esos pendientes con un micrófono en su interior y se los puse yo misma. Si esta noche los chicos encargados de escuchar su cita no han avisado de que ella estaba en peligro es porque está bien. —Así intentó Andy tranquilizar al inspector, pero John no tenía cara de estar bien: sabía lo que se había escuchado esa noche en la sala.

—Los micrófonos dejaron de emitir hace cuatro horas. Estamos hablando con el juez que lleva el caso para que nos emita una orden con la que podamos entrar en casa de Arthur —confesó

él, dejando a Andy parada en seco de camino a la isla de la cocina con dos tazas de café en las manos.

Su peor temor se había hecho realidad: el hombre que las seguía y tenía controladas sus salidas y entradas en la casa había secuestrado a Elsa. No sabía si había sido el encapuchado, pero ¿quién si no?

—¿Cómo sabéis que es él? —preguntó Andy por inercia, aunque ella también estaba perdiendo el optimismo.

—No lo sabemos —le contó John mientras veía las lágrimas asomar a sus ojos.

—¿Ya tenéis la orden? Yo quiero ir contigo a buscarla y no me digas que no puedo —gritó ella.



Un equipo de asalto de la policía se preparaba para entrar en la finca del profesor Doyle en los Hamptons. Andy estaba con John en el coche esperando que entraran primero los hombres del arsenal de armas; luego, ellos interrogarían a los que allí se encontraran. Desde el coche patrulla se veía mucho movimiento. La puerta de la casa había sido tirada abajo tras un par de llamadas sin escuchar respuesta. Andy había llegado a pensar que todo era una broma y que su amiga se había ido a algún otro lugar a pasar el fin de semana y por eso en la casa no había nadie. Pero John la había devuelto a la realidad con una mirada clara de que debía hacerse a la idea de que a Elsa le había pasado algo y lo único que podían esperar era encontrarla con vida.

Cuando la policía salió de la casa con las armas enfundadas, John suspiró y se dispuso a entrar él mismo para comprobar que no había nadie allí dentro. Una vez en la cocina, el inspector vio los restos de lo que probablemente fuera la cena. Todo estaba sin recoger y eso a John le resultó sospechoso, ya que él sabía por Elsa que Arthur tenía cocinera. Puede que le diera el día libre para tener intimidad en la cena con su chica, pero John no dejaba de sentir un mal presentimiento. Elsa debería estar ahí.

El resto de la casa estaba vacía. En las habitaciones encontraron los armarios abiertos y con falta de ropa y lo que habían dejado estaba revuelto. Se habían ido con prisas. Un agente se había acercado al inspector para informarle de que se le necesitaba fuera de la casa en un pequeño cobertizo que había al fondo de la finca cerca del río. ¡Un cobertizo! En ese momento, recordó que las víctimas había sido trasladadas a sus hogares, pero habían sido asesinadas en otro lugar, probablemente, donde hubiera tierra que ensuciara sus pies.

John había salido de la casa corriendo para comprobar que en aquel lugar no había nadie y que todo era paranoia suya. Poco antes de llegar a la puerta de madera que guardaban dos agentes, se paró para respirar un momento. Sabía que su compañera estaría al día siguiente en su mesa de comisaría con una taza de café en la mano mientras se reía de él. Con pasos lentos consiguió entrar en ese oscuro lugar en el que le costó unos segundos poder enfocar la vista.

Elsa estaba ahí.

John se echó las manos a la cabeza e inclinado de cuclillas intentó respirar antes de incorporarse de nuevo. Había una especie de cama colgada de una viga, inclinada unos sesenta grados y con cadenas para tener a las víctimas a su merced. El cuerpo de la que había sido su compañera estaba en ese colchón atada de pies y manos a las esquinas de este con lazos rojos de

excesivo tamaño. Ella había ido esa noche a casa de su pareja con la única intención de encontrar una nota escrita de su puño y letra para compararla con la caligrafía de las cartas que el asesino enviaba a comisaría a nombre de ellos dos. Elsa estuvo convencida de su inocencia desde el principio. El hombre que la había enamorado era un asesino con buena apariencia, hecho que usaba para atraer a las mujeres y luego matarlas de una forma espantosa.

John quería irse de allí. Durante años había visto cómo moría gente a su alrededor en las misiones del ejército en las que participaba. El último destino en el desierto se llevó a la chica a la que amaba. Y su primera compañera de la policía era asesinada por un maníaco.

John estaba lo más cerca del cuerpo de Elsa que los compañeros de la científica le permitían, sin embargo, pese a las protestas de Ruth, que no podía dejar de gritar a todo el mundo aguantándose las ganas de llorar por su amiga, él tuvo que dar un paso más para fijarse en lo que Elsa tenía en la boca. Además de los cortes que el asesino había infligido en sus labios, un trozo de papel se adivinaba en su garganta.

—Ruth, ¿puedes coger unas pinzas para sacar de la boca de Elsa ese papel? —preguntó John.

—¡No me estás ayudando! —gritó ella, sin poder evitar un sollozo a la vez que le entregaba el papel metido en un bolsa de pruebas—. Debo hacer muchas cosas antes de que venga el capitán, me vea y me quite del caso.

—Lo sé, te entiendo —agradeció él con una caricia en el brazo—. No te molesto más.

El capitán no se hizo esperar. Había estado hablando con Andy al lado del río, no quería que la chica viera a Elsa en esas condiciones. Uno de los agentes que primero habían entrado en el cobertizo le había avisado de que el cuerpo estaba expuesto como el de las otras víctimas. John había visto la señal del hombre para que lo acompañara fuera del lugar. Matt había sido quien ayudó a Elsa cuando esta había salido de la academia de policía y conocía a Andy, la amiga de la escuela. Al salir corriendo de la casa, Andy había seguido a John, pero el capitán, que estaba observando el operativo desde la distancia, había detenido a la chica, ya que imaginaba el motivo por el que John había salido tan deprisa hacia el final de la finca.

Una vez que John terminó de observar la escena del crimen, ya no tenía nada más que hacer en el interior de aquel lugar inmundo. Guardó la bolsa de pruebas con el papel hallado en la boca de Elsa en una caja del equipo forense y se acercó a la orilla del río para ver cómo se encontraba Andy. Luego, en comisaría, podría seguir molestando a Ruth para esclarecer las pruebas y ver qué había dejado el asesino para ellos. En ese momento, solo podía dejar trabajar a la chica hasta que fuera sustituida por el capitán.

John caminó en dirección al capitán, este estaba a la orilla del río abrazando a Andy mientras ella lloraba. Cuando Andy vio a John, se abrazó a su cintura, pues el inspector era muy alto, y siguió llorando. Liberando así a Matt para que siguiera con su trabajo.

—Lo siento, John. Si te hubiera hecho caso y esta noche hubiéramos venido a buscar a Elsa cuando me enviaste el mensaje, quizás seguiría viva —se lamentó Andy.

Se había comportado como una idiota al creer que la preocupación de John era innecesaria y que su amiga solo estaba disfrutando de una velada con su pareja, que él no le haría daño.

—No, Andy, no hubiéramos podido hacer nada. Elsa murió poco después de llegar aquí —la tranquilizó sin soltar su abrazo.

—Quiero verla, John.

—No, no te dejaré que la veas así. Mejor recuérdala en un día feliz —intentó convencerla él.

—Pero...

—Ya veremos...

Media hora después, Matt había salido del cobertizo e iba en busca de Andy, que aún no había soltado a John. La había convencido de que no era un buen lugar para ella y le dijo a un agente que la acompañara a casa de Elsa, donde debía buscar su correo y posibles regalos que le hubiera hecho Arthur para ayudarlos en la investigación. Fue lo primero que se le ocurrió a Matt para evitar que la chica estuviera allí cuando sacaran el cuerpo de su amiga en una bolsa en dirección al laboratorio forense.

Andy ya había subido en el coche patrulla y se alejaba de allí. John, en cambio, no era capaz de dar dos pasos sin sentirse culpable. Él debería haber entrado en la casa a hurtadillas esa noche, de ese modo, al menos, hubiera sido de apoyo a Elsa cuando esta lo hubiera necesitado.

John había decidido sentarse en una piedra que sobresalía cerca de un camino que bordeaba el río. Ahí tenía pensado esperar a que el capitán le avisara de que se llevaban el cuerpo. Luego, comenzaría a reconstruir la escena del crimen. Era un momento importante en la investigación, pues nunca habían estado en el lugar de los hechos.

El camino que le quedaba a la derecha era más bien estrecho, solo se podía recorrer caminando o en bicicleta, pero había que estar acostumbrado a los caminos de montaña para no tener un accidente. Sin embargo, John había observado que se había transitado hacía poco tiempo. Las pisadas eran de zapatillas como las que usaba él para hacer deporte en el parque. Pero esa era una finca privada, por lo tanto, eran pisadas de los que vivían en aquella casa. Tardaría demasiado tiempo en analizar las huellas del lugar y compararlas con el calzado que pudiera encontrar en la casa, si es que los habitantes no habían usado ese calzado para huir, además, se acordaba de la huella que Elsa había encontrado debajo de la cama de Charlie la tercera víctima, también podrían cotejarla.

Lo mejor que se le había ocurrido era seguir el sendero para ver a dónde le llevaban las pisadas.

El sendero seguía por la orilla del río durante, al menos, dos kilómetros. Hasta ese punto, las pisadas habían sido claras de, al menos, dos personas, pero llegando a una zona con menos maleza, el rastro se perdía. Las ramas que hasta ahí habían estado rotas, de repente, desaparecían. La orilla del río se mostraba deshecha como si un bote hubiera estado allí esperando. Tenía que dar la vuelta y pedir que siguieran ese camino, que buscaran restos de ropa, olores con los perros y ver si así encontraban, al menos, una dirección en la que hubieran seguido el río. Este no era muy ancho y lo más probable era que el asesino hubiera cruzado al otro lado donde le esperase un coche en lugar de seguir durante horas la corriente.

John regresó al cobertizo en el momento en el que Ruth salía al lado de la camilla que presumía que llevaba el cuerpo sin vida de Elsa. Estaba sorprendido por la aceptación del capitán a que ella llevara el caso de su amiga, probablemente, tomarían el relevo sus compañeros una vez estuvieran en la sala de autopsias.

—Hola, John. ¿Dónde estabas? Tienes mucho que fotografiar ahí dentro —se interesó Matt.

—Lo sé, capitán. Solo seguía un sendero con pisadas por el que creo que han huido los habitantes de la casa, al menos, el asesino y un ayudante. Hay dos tipos de huellas —se explicó él.

—Vale, envía ahora a gente para que lo estudie. ¿Quieres que me quede contigo para ayudarte a desarrollar la escena? —preguntó el capitán, con la esperanza de que dijera que podía solo porque él necesitaba ir a comisaría para empezar a organizar cosas.

—Tranquilo, no es necesario.

La última en salir del cobertizo había sido Ruth. Estaba hundida después de encontrar a su amiga en esas condiciones, sabía que no era culpa suya que Elsa hubiera confiado en ese hombre,

pero se sentía culpable por no darse cuenta de que era una mala persona y haberla puesto sobre aviso.

John se encontraba en la puerta esperando a que ella se acercara al coche que la llevaría de vuelta a comisaría. El inspector había tardado un poco en encajar en la oficina, Elsa no se lo había puesto fácil, pero él no se había rendido, así demostró que era capaz de ser un gran policía. En ese momento, tenía a toda su comisaría pendiente de él, ya que sabía que las pruebas de ADN lo inculpaban en uno de los asesinatos al haber tenido una relación con una de las víctimas, y el segundo ADN encontrado en los cuerpos de las chicas no había sido identificado. Por lo tanto, aun siendo inocente, los policías de la jefatura de policía de la ciudad de Blue lo acabarían deteniendo, pese a la oposición de su capitán, que conocía la historia completa al igual que su amigo Luc.

El verdadero asesino era un genio. Había conseguido que John pareciera culpable y tenía amigos en la jefatura de policía que lo estaban ayudando; primero a ocultar su expediente a la comisaría del centro y luego a huir para que no pudieran interrogarlo por lo ocurrido en su propiedad. Dejando al inspector como único involucrado por la relación que mantenía con la psicóloga y que habían demostrado con su ADN.

—¿Qué tal, Ruth? —preguntó John a la forense.

—Rota de dolor, pero lo solucionaré buscando las pruebas que necesitas para atrapar al asesino y meterlo en la cárcel —contestó ella, intentando sonar fuerte y convencida—. Hablaré con el capitán para que me deje participar de algún modo.

—No creo que sea buena idea, pero, por si acaso, yo voy a recoger y analizar todo lo que ese maníaco haya dejado ahí dentro —dijo John, señalando la sala de tortura.

Ruth asintió y se alejó del inspector para largarse de aquella finca cuanto antes. En el coche había estado pensando en hacer su propia investigación para ayudar al inspector a avanzar, ella sabía que las muestras de ADN habían dado un resultado positivo en la base de datos, pero que la información estaba codificada. Aun así, ella conocía a un hombre en la oficina del jefe de policía que podría ayudarla. El asesinato tan brutal de su amiga no quedaría sin resolver. Si John tenía razón y el culpable era el profesor Arthur Doyle conseguiría una muestra de su ADN para compararla con los registros que tenía en su laboratorio. Debía llamar a Andy y preguntarle si en casa de Elsa había alguna prenda o cepillo del novio de esta.

Capítulo 21

John estaba en el bar con su amiga Kim. Había tirado por la borda los esfuerzos de Luc por mantenerlo sobrio, era un fraude para sus amigos y para él mismo. La primera copa se la había bebido de un trago; la segunda, la tenía en la mano mientras le daba vueltas encima de la barra. Kim había querido quitársela y servirle una soda, pero no lo había conseguido. Cuando ella llegó, ya él le había pedido la copa al camarero nuevo, pero, al menos, intentaría que no se tomara la segunda.

—No sabía que volvíamos a beber, John —dijo Kim con un tono ácido.

Le dolía que ese hombre tan bueno y capaz de resolver cualquier contratiempo que le surgiera, tuviera que tener una copa en la mano cada noche para poder dormir. El ejército había sido su vida desde que era un adolescente. Su chica había compartido con él esa pasión por servir a su país y un accidente le había arrebatado la vida a ella y acabado con la de John.

—No bebemos, bebo yo solo —contestó él mientras seguía mareando el líquido del vaso.

—Entonces tendré que remediar eso —le provocó ella, sirviéndose una copa de la botella que usaba él.

John no tenía fuerzas para protestar por la provocación de su amiga, pero no permitiría que ella tomara un solo trago, aunque tuviera que dejar su copa entera para conseguirlo. Entendía lo que ella pretendía hacer y la admiraba por su valor para enfrentarse a él. Después de que Mike muriera en aquella azotea, John no quería ir a verla, creía que ella le echaría la culpa por no proteger a su hermano, en cambio, fue ella quien le hizo ver que Mike eligió su vida y vivió en consonancia con sus deseos. Kim había sufrido mucho cuando perdió a su compañero de travesuras de niños y adultos. Había despotricado contra el ejército y sus guerras, pero las fotos que Mike le enviaba cuando estaba de misión en países extranjeros le habían hecho entender que él era feliz con lo que estaba haciendo. Lo echaba de menos, pero esa había sido su elección en la vida y lo que lo había hecho feliz.

John, en cambio, se había culpado por permitir que él muriera bajo su mando; luego, se le sumaron demasiados compañeros y amigos que le habían hecho replantearse su carrera militar. La bebida le ayudaba a caer muerto en cualquier sitio y poder dormir sin recordar. Las pocas personas que quedaban a su lado terminarían por abandonarle. Kim y Luc querían que él volviera a ser el de siempre y se molestaban en cuidar de él hasta que pudiera volver a hacerlo solo. Sin embargo, en esos momentos, había un psicópata que le seguía la pista y se divertía poniéndole pruebas para ver si las resolvía, pero lo único que conseguía era parecer cada día más culpable. Pronto lo detendrían y nadie podría hacer nada por remediarlo, ya que el primer ADN que habían conseguido encontrar en el cuerpo de las víctimas no podían demostrar de quién era y el segundo sí que sabían que era de John.

—John, la chica que ha muerto confiaba en ti para ayudarla a resolver el caso. ¿Vas a dejar que el culpable se libre de la condena? —preguntó Kim, sabedora de que su amigo odiaba dejar a los asesinos sin castigo.

—Sabes que no tenemos forma de demostrar que el honorable profesor es el culpable, solo una prueba de caligrafía puede hacerlo y después tiene que admitir la prueba el juez que lleva el caso, pero son corruptos y están protegiendo al asesino, además, Arthur ha huido: no tenemos a quien interrogar —contestó John derrotado.

Pronto lo detendrían John para contentar a la ciudad, alguien tenía que pagar.

—Por si acaso cambias de opinión, aquí tienes una nota que han dejado para ti esta tarde —informó a su amigo mientras se la entregaba.

«ANDY SERÁ LA SIGUIENTE SI NO LO EVITAS.

Yo vigilaba para él».

—¿Quién te ha entregado esto? —preguntó John, alarmado por la amiga de Elsa.

—La verdad es que me resultó muy raro... El hombre que vino a entregarla preguntó cuándo ibas a venir, porque quería que te la diera cuanto antes. Estaba lleno de moratones. Uno de sus ojos tenía un color verde horrible como cuando te estás curando de una paliza muy severa, de inmediato, me acordé de aquel tipo que se lio a golpes contigo la semana pasada. A lo mejor quería disculparse... —tanteó el terreno Kim, pues la nota estaba cerrada y ella no la había podido leer.

—¿Disculpas? No, probablemente le ordenaron que me sacara de en medio. Elsa y yo nos acercábamos a la verdad y necesitaba tiempo para planear su huida. No sé si matar a Elsa estaba en sus planes —razonó él sobre la marcha. De repente, tenía las cosas un poco más claras. Podría dar con él si encontraba al hombre que le hacía las investigaciones.

Kim se quedó allí sentada y sin amigo en un segundo, pues John había salido a la carrera en busca de algún compañero a quien explicarle su teoría. Ella dibujó una sonrisa de suficiencia al creer que era muy buena ayudando a ese hombre cuando estaba deprimido. Al menos, se divertía pensando en lo que él le diría si se lo contaba.

Una foto de Luc, Mike y John le dio la idea de llamar a Luc para decirle que había visto a John y que estaba bien, ya que horas antes el chico la había llamado para preguntarle si había visto a su amigo en común. La verdad era que mientras cogía el teléfono para hacer la llamada miraba la foto sin creer que esos tres hubieran ido al extranjero siendo tan jóvenes buscando aventuras.

—Hola, Kim —le dijo Luc, sentándose en un taburete en la barra—. He visto a John en dirección a la comisaría. Me dijo que había estado aquí y que volvería en un minuto.

—Vale, me parece genial. Ahora mismo te estaba llamando para hablarte de él. Hoy ha estado bebiendo y, aunque eso no está bien, me preocupa más lo deprimido que lo he visto —confesó ella.

Luc se había quedado sin contestarle porque un cliente llamó la atención de ella para que le sirviera a un grupo de chicas que parecían haber salido de trabajar hacia poco y querían divertirse sin el jefe delante, al menos, eso proclamaban a voces. Él había hecho lo mismo hacía mucho tiempo. Esos momentos entre compañeros era lo que te demostraba en quién podías confiar. La diferencia entre ellos y esos amigos era que John formaba parte de la juerga aunque fuera quien daba las órdenes.

Media hora más tarde, John estaba sentado en el bar de nuevo junto a su amigo Luc. Había ido a comisaría para pedir a una patrulla de agentes que vigilara la casa de Elsa, era allí donde se

había quedado Andy para ayudarlos con la investigación y encargarse de recibir a la familia según fueran llegando para su funeral. Ruth no había sido autorizada a realizar la autopsia de su amiga, solo a observar lo que fueran averiguando los otros forenses; ella podía estar presente por si alguien tenía dudas, pero nunca verse involucrada. Por lo tanto, de una manera discreta le pasaba información a John sobre los resultados que iban encontrando, además de estar en contacto con Andy para que les proporcionara cosas de Elsa sin que los familiares se sintieran incómodos con un registro de la casa. El motivo por el cual Ruth debía pasarle información sin que se enterara la nueva pareja de inspectores era porque habían apartado del caso a John, pues se había visto comprometido y, además, no confiaban en él en la jefatura de policía, por mucho que había protestado Matt, su capitán, para que no asignaran inspectores de otra comisaría al caso.

Luc debía conocer todos los detalles del caso antes de pedirle un gran favor, John estaba convencido de que pronto lo detendrían si no habían sido capaces de demostrar que los restos biológicos que habían hallado en los cadáveres de las chicas eran de Arthur Doyle. En cambio, el ADN suyo sí lo habían identificado en el cuerpo de la cuarta víctima, Ali Moore. De momento, seguía siendo policía, por lo tanto, debía conseguir que autorizaran conocer el nombre de la persona identificada por la base de datos como la única que había estado cerca de todas las chicas. Para ello, necesitaba a Ruth y a Luc para encontrar a Arthur.

El pasado de ese hombre era secreto. Su vida como médico del Hospital General de Blue no la conocía nadie, salvo sus antiguos compañeros, pero ellos habían firmado una cláusula que les impedía hablar de lo que había pasado antes de que este abandonara la medicina. Solo sus compañeros profesores de la universidad podían hablar de Arthur Doyle, pero nadie quería hacerlo. Sus alumnos lo adoraban y el trabajo que hacía en el centro social le profería una imagen de santo que no ayudaba. Luc había querido detener el discurso de su amigo en más de una ocasión, pero este alzaba la mano pidiéndole paciencia y que no le interrumpiese.

—¿Por qué me cuentas esto, John? —preguntó Luc en un momento que había tomado John para respirar.

—La verdad es que necesito que investigues al profesor a fondo. Sé que oculta cosas de su pasado. Estoy convencido de que es la persona que buscamos, que es él quien está detrás de ese expediente que no podemos abrir y que juega conmigo por lo que le pasó a Mary: ella era su hermana y se está cobrando venganza —le explicó sin duda alguna.

—¿Es posible que te equivoques? Solo por ser un hombre poderoso no tiene por qué ser culpable —intentó Luc que analizara todo desde la calma.

La muerte de Mary había supuesto un gran golpe para todos, ella hacía que la dura realidad que vivían ellos en aquel desierto tuviera un rato de luz. Pero la chica nunca mencionó a su hermano como el hombre influyente que conocían en ese momento. Apenas si tenían relación, al menos, es lo que ella había dicho en alguna ocasión, pues hablaba poco de su hermano. Solo los unía la madre. Mary era hija de un segundo matrimonio. Arthur era bastante mayor que la chica y no les había dado a entender que tuvieran una gran relación. Podía ser que Arthur quisiera ser un gran apoyo para ella cuando decidió seguir sus pasos en la medicina, pero nunca lo sabrían.

—Él me escribe notas que los nuevos inspectores ignoran porque no les conviene tenerlas en cuenta sin pruebas inculpatorias directas, al fin y al cabo, es una persona muy influyente —se explicó de nuevo John—. Necesito que encuentres a ese hombre y consigas una prueba de ADN legal que podamos comparar en el laboratorio.

—Vale, lo haré. Lo último que quiero es verte en la cárcel por algo que no has hecho —aceptó Luc—. ¿Después de encontrar el cuerpo de Elsa en la casa de Arthur ni siquiera lo han

interrogado? —preguntó incrédulo Luc.

—Tenían una relación. No es extraño que estuviera allí, aunque lo interroguen no lo culparán. Solo le preguntarán si conocía a alguien que quisiera hacerle daño a la inspectora Parker —intuía John y Ruth pensaba lo mismo—, por eso necesito demostrar que es culpable antes de que me señale como autor del crimen, alegando que fui yo quien la perseguía de algún modo. Si lo busco yo, me verá acercarme, en cambio, a ti no te conoce.

Luc estaba a cuadros. Su amigo tenía razón: si ese psicópata estaba decidido a acabar con John, lo delataría para encerrarlo.

John había seguido con la investigación con ayuda de los compañeros de comisaría, pero los nuevos investigadores impuestos por el jefe de policía lo vigilaban constantemente. El bar de Kim había sido su lugar de encuentro para compartir información.



Esa noche, cuando John regresó a comisaría, el capitán lo llamó a su despacho una vez que vio cómo se despedían los inspectores de la jefatura. El informe forense sobre Elsa estaba encima de la mesa. Matt le había indicado que lo cogiera. Las fotos de su compañera habían hecho que se le cayeran las lágrimas. Mostraban todos los cortes que había sufrido en su cuerpo, los mismos que las otras cuatro víctimas. Matt le señaló la última foto, la uña que faltaba en la colección del asesino era la que se había llevado del pie de Elsa. John tuvo que cerrar la carpeta y con un golpe seco la dejó encima de la mesa de nuevo.

—Elsa no fue una víctima al azar, lo tenía planeado —dijo el capitán—. Además del juego que utiliza para torturar a las chicas y ver cómo se desangran, que es lo mismo con todas, con Elsa tuvo relaciones sexuales. Han encontrado semen en su vagina.

—¿Coincide con las muestras que tenemos? —preguntó John con esperanza.

—Sí.

—¿Qué? ¿Y de quién es? ¿Lo han identificado?

—No lo sabemos. No hemos conseguido que nos den acceso al expediente clasificado —confesó Matt.

En ese momento, John comprendió que estaba detenido. Podían descartar la suya propia también, pero seguía siendo el sospechoso que querían detener desde la oficina del jefe de policía cuanto antes.

John sabía que eso acabaría pasando, pero había planeado que fuera con la investigación más avanzada para no pasar demasiado tiempo en prisión mientras Luc encontraba al verdadero culpable. Si había oído bien, el capitán había dicho que el semen coincidía en las cinco chicas, pero solo Elsa se había acostado con él. Con eso debería bastar para que los investigadores de la jefatura entendieran que el asesino era el novio de su compañera. Y, por supuesto, exculparlo a él. Pero no fue así. Matt le había hecho una señal en la que le rogaba silencio y le había entregado otra carpeta. Su capitán sabía que era inocente y había encargado un seguimiento del amigo de Arthur, su inseparable chofer, Mad. Ese hombre sabía dónde se encontraba el psicópata, ambos eran inseparables. Probablemente, fuesen cómplices, al menos, en el seguimiento de las víctimas. Alguien debía hacer el trabajo de secuestro y traslado del cuerpo, ya que eso Arthur no lo había podido hacer por ser un personaje conocido en la ciudad.

Mad había estudiado con Arthur en la universidad y luego habían sido compañeros en el Hospital General de Blue. En el informe que le había entregado su capitán se explicaba cómo el entregado chofer había sido despedido por mentir en una resolución de muerte en un informe oficial; daba a entender que había hecho un informe falso para encubrir a su amigo Arthur, aunque eso último había sido tapado para que no viera la luz.

Además, él había sido el tipo que regaló un arma a Elsa cuando empezó su relación con Arthur. Quizás, él sabía lo que iba a suceder e intentaba protegerla. Ese hombre era la clave para encontrar a Arthur. John le contó a su capitán lo que Luc estaba haciendo para que le entregara toda esa información y lo ayudara a demostrar su inocencia.

John, con mucha fuerza de voluntad, se levantó del sillón del despacho de Matt para que los dos hombres que se encontraban al otro lado de la puerta pudieran entrar a detenerlo.

Capítulo 22

Luc había decidido empezar por el registro de la casa del profesor. El papel que John y Ruth habían descubierto en el interior de la boca de Elsa había resultado ser una nota escrita por la mano de Arthur. Elsa había encontrado una prueba de caligrafía la noche de su asesinato, John no sabía por qué ella había decidido hacer eso, quizás el mismo profesor Doyle quiso introducirlo en su boca para que John supiera que él estaba al tanto de lo que buscaba. Ella siempre había creído en la inocencia de su pareja, lo que para su compañero, el inspector Murriel, era frustrante. Sin embargo, esa nota había desaparecido entre los objetos que se llevaron hasta el laboratorio para su análisis. La imagen del cobertizo de esa enorme finca del asesino era lo más horrible que había tenido la desgracia de presenciar Luc. Él estaba acostumbrado a que en una incursión militar hubiera tiros y muertes en todos los puntos de un edificio, pero ese lugar tenía la planificación de cómo iba a torturar a las chicas. Una plancha enorme con forma de cama colgaba del techo y estaba dispuesta de tal manera que fuera cómodo jugar con las víctimas mientras ellas se encontraban atadas a merced de su cuchillo. Una mesa cercana era en la que había expuesto las armas como bisturís, cuchillos, alambres, lazos... que usaba el psicópata para prolongar su agonía mientras él disfrutaba de ella.

John había estado acertado a la hora de seguir el rastro de huellas que había en la senda que bordeaba el río, este le había contado que en la orilla del río, a un par de kilómetros al este de la finca, tenía que haber un bote con el que cruzar al otro lado. Su amigo había acertado de lleno, allí estaba el bote otra vez. Luc tensó el cuerpo al escuchar cómo chapoteaban en el agua. Era cierto que había ido a la finca al anochecer para que nadie lo pudiera ver registrando la propiedad del profesor y que podía haber sorprendido a cazadores furtivos, pero el escalofrío que le recorrió la espalda le había confirmado que lo seguían. Alguien sabía que Luc estaba donde no debía. Oyó cómo se rompían unas ramas antes de sentir un dolor punzante en la cabeza que hizo que se doblara y quedara apoyado de rodillas en el suelo, sujetándose la cabeza y maldiciendo. Al menos, dos personas pasaron por su lado y huyeron en la pequeña barca.

Media hora más tarde, con un dolor de cabeza espantoso, consiguió llegar al interior de la casa al otro lado de la enorme propiedad. Entró a la vivienda por una ventana de la planta baja y a lo que parecía un salón enorme con chimenea. La mesa estaba puesta y abandonada, sin recoger desde hacía varios días. El mal olor y los bichos eran los dueños de ella. Luc creyó identificar un tarro de lo que podían haber sido fresas.

En la planta superior solo encontró una habitación de la que se pudiera pensar que había vivido una persona recientemente. La cama aún tenía las sábanas revueltas y había unas copas de champán en la mesita. La policía no había registrado la vivienda, se limitaron a recoger las pruebas del cobertizo. Luc no entendía por qué se habían saltado la casa, John iba a tener razón diciendo que la jefatura no dejaba actuar libremente a su capitán.

Al final del pasillo había un despacho rodeado de muchas estanterías con libros que hacían

del lugar una biblioteca increíble. Luc se sentó en el sillón al lado del escritorio y abrió el primer cajón. En su interior había cuadernos viejos que, al pasar las páginas, intuyó que podían ser diarios. Al otro lado de la mesa, había otro cajón con sobres y folios con el membrete del profesor Arthur Doyle de la Universidad de Blue junto a un ejemplar de su último libro firmado para Elsa.

Por fin se daba cuenta de cómo ayudaría a exculpar a John y sacarlo de la cárcel: todas las víctimas tenían el libro de ese hombre y lo conocían personalmente, aunque no estaban firmados, por lo tanto, no podrían comparar la caligrafía con los diarios y las cartas que el psicópata había enviado a comisaría. Pero este ejemplar que había encontrado en el cajón para Elsa si lo estaba y podrían usarlo si le permitían hablar con Ruth.

Luc debía salir de aquella casa, no le gustaba nada la sensación que sentía. Pero, al levantarse del sillón, vio en la superficie de la mesa el resguardo de un billete de avión con destino a Londres. Ese hombre salía de una ciudad oscura y fría como Blue y se metía en otra ciudad oscura y con mucha lluvia.



John estaba en una celda de la comisaría, aún no lo habían trasladado a prisión, antes debía hablar con el juez que llevaba el caso. No comprendía cómo había acabado allí si todos sus compañeros en comisaría, incluido su capitán, sabían que era inocente. Tumbado en un camastro con las piernas cruzadas y los brazos colgando, se sentía derrotado. No podía luchar con esa clase de justicia de favores donde lo principal era proteger a los poderosos a costa de los demás. Necesitaba saber quién era esa persona con tanta influencia como para encerrarlo a él y dejar libre a un asesino en serie.

Luc era su última esperanza, actuaría fuera de la ley y sin dar explicaciones a nadie hasta que pudiera presentar las pruebas que dejaran claro quiénes debían estar encerrados. Su amigo había prometido llamarlo para ponerle al día de sus avances. En la investigación, Ruth sería su enlace con él.

—Te han venido a ver, John. ¡Levanta! —gritó un guardia desde la puerta.

—¿Quién es? —preguntó John según se levantaba.

Se había quedado mudo. No podía ser cierto. Él estaba ahí, frente a sus narices. Alguien debía detenerlo y obligarlo a someterse a las pruebas de ADN.

—¿Qué tal, inspector?

—¿Cómo has entrado aquí? ¡¡Guardias!! —llamó John desesperado.

—Por la puerta, John. Quería hacerte una visita antes de abandonar la ciudad. Estaré fuera una temporada. No era lo que tenía planeado, pero así es más excitante, ¿no? Un lugar nuevo, gente nueva... Quizá podamos vernos algún día otra vez, pero en otra parte, por favor: esta celda es deprimente. Te invitaré a un buen vino —le dijo muy tranquilo Arthur.

—Lo único que haré yo en cuanto salga de aquí será meterte un tiro en la cabeza —le amenazó el inspector.

Arthur tenía un sobre en la mano mientras observaba el ataque de ira de John. El militar le divertía mucho, pero no era nadie a su lado. Él vengaría la muerte de Mary y ¿qué mejor manera para verle sufrir que encerrado en la cárcel? No solo Mary había confiado en ese hombre, sino

también la adorable inspectora Elsa, otra chica que pudo disfrutar poco tiempo por culpa de la prisa que le había entrado a John por detenerlo.

—Tengo algo para ti —susurró Arthur más cerca de la celda para que solo lo oyera John—. Esta carta te la iba a enviar a comisaría, pero teniendo en cuenta que ya no eres el inspector del caso, nunca conocerías las últimas horas de tu compañera. —Tiró la carta dentro de la celda y salió de la habitación triunfante y dispuesto a conocer mejor a ese amigo que John había enviado a Londres.

Querido amigo;

¿Quieres saber lo que le ha pasado a tu compañera?

Yo estuve planeando la cita durante meses. Deseaba que saliera bien y ha sido estupenda. Mi coche la esperó en la puerta de su casa mientras ella se preparaba para mí como una adolescente nerviosa con su primera cita, tanto que fue su amiga quien le puso esos pendientes que tú le diste con el micrófono escondido.

Cuando llegó a mi casa con su vestido rojo y ese escote... pensé que empezaríamos por el postre. Pero aguanté.

Cook había preparado un cóctel previo, eso eliminó los nervios de los dos por lo que estaba por venir. La cena fue larga y divertida. Ella, solo con cogerme de la mano y sonreír, mis pantalones se volvían un incordio. Cuando llegaron las fresas con chocolate, Elsa me quitó la chaqueta para que estuviera más cómodo, desvistió las mangas por mis brazos con suma lentitud hasta que acabó en el suelo arrugada. Se sentó encima de mi pierna derecha y me besó como yo la besaría más tarde. Se recostó sobre mí mientras me ofrecía una copa de champán. Al estirarse de nuevo sobre la mesa para posar su propia copa y coger una fresa untada con chocolate caliente, como nosotros, me restregó su trasero arriba y abajo provocándome, así que tuve que sujetarla por la cintura y la acerqué hacia mí, subiendo sus piernas al reposabrazos izquierdo de mi sillón. De esta manera, con su brazo izquierdo, rodeó mi cuello y con la mano libre comió un bocadito de fresa, ofreciéndome probar el jugo de caía de su boca... igual que haría yo más tarde con su sangre.

Me levanté del sillón con ella en brazos y la posé en el suelo despacio mientras rozaba mi cuerpo. Luego, la invité a ir a mi habitación a recoger su abrigo para dar un paseo por el jardín.

Yo había adquirido nuevas flores y las había plantado en el invernadero, así recordaría a esa mujer todo el año, además de alrededor de la finca porque sabía que ese detalle a ella le encantaría. El invernadero fue el primer lugar al que la lleve después de recoger el abrigo, para entonces ya no llevaba tus pendientes puestos, yo se los había quitado suavemente, los dejé en la mesa de la cena bajo mi servilleta.

Al salir de la casa, el frío hizo que Elsa se acercara más a mí para no perder el calor.

Tal y como yo había adivinado, ella disfrutó de las flores blancas, de su olor y su grandeza. Para mí fue una gozada sentir su felicidad, verla sonreír. Le regalé unos lazos rojos enormes que coloqué alrededor de sus muñecas y la invité a pasear por la orilla del río. Luego, ella sintió curiosidad por la privacidad que nos otorgaba el cobertizo y se lo enseñé.

Creo que no sospechó nada hasta que le sujeté los lazos fuertemente a mi cama colgante.

Ahí vi su miedo... suspiré de placer.

Anejos

La sexualidad humana es tan amplia como amplio es el abanico de diferentes tipos de personalidad que nos diferencia a unos de otros. Todo este conjunto de conductas sexuales que conforman la sexualidad incluyen los comportamientos relacionados con la satisfacción de la necesidad y el deseo sexuales.

Aunque a lo largo de la historia a esta necesidad se le ha adjudicado un fin casi exclusivamente reproductivo, los últimos siglos han sido clave para entender que la sexualidad también tiene como objetivo el placer y disfrute de la persona.

Arthur Doyle:

Las personas sádicas disfrutan sexualmente con la idea o la práctica de hacer daño a otros. Aunque se habla con frecuencia del sadismo sexual patológico, hay mucha gente sádica que sólo cumple sus fantasías con personas que lo consienten; esto engloba las prácticas de bondage, disciplina, dominación, sumisión, sadismo y masoquismo.

Charlie:

La salirofilia se trata de una filia o fetichismo sexual en el que aquellos que la padecen únicamente obtienen placer al ensuciar o denigrar a su pareja o amante, pero sin que sufra daño físico. Algo más liviano como romper o estropear la ropa de la pareja o amante, o cubrir su cuerpo con arena, barro, pintura o suciedad también se encuentran dentro de las variantes de esta filia. A pesar de ser una de las conductas sexuales más ocultas (o poco conocidas) es de las más inocuas (y menos morbosas, para muchos).

Mia Such:

El parcialismo es una conducta que se encuentra dentro de las filias no especificadas y se caracteriza porque la atención se centra exclusivamente en una parte del cuerpo como pueden ser las manos, los pies, el ombligo... para lograr la excitación sexual.

Las personas que sufren de parcialismo son incapaces de mantener relaciones sexuales si no pueden hacer uso de ese estímulo concreto; les sirve tanto observar como tocar, pero esta pasión exacerbada les lleva a situaciones anormales como no poder controlar su excitación en público, disfunciones sexuales, a no ser que se imaginen o vean esas partes del cuerpo que les excitan.

A pesar de que lo más común es que el parcialismo se produzca con las manos, las nalgas o los pies, también existen objetos de deseo menos frecuentes como la atracción por la celulitis, las personas extremadamente obesas o las cicatrices. La imposibilidad de controlar este trastorno sexual les lleva a sufrir múltiples frustraciones en su vida, problemas para mantener una relación estable.

Elsa:

La hibrístofilia es una tendencia a sentir atracción por las personas peligrosas o propensas a dañar a los demás, es una de ellas.

Desde hace ya muchos siglos, tendemos a pensar que el ser humano se caracteriza por ser un animal racional. Sin embargo, a la práctica hay muchos aspectos de nuestra conducta que revelan que esto no es así. Los asesinos y criminales pueden llegar a ser vistos de un modo romántico a pesar de sus actos. Y es que en lo que se refiere a compartir una relación basada en la intimidad y la confianza con alguien, parece muy claro que cuanto más peligrosa sea la pareja elegida, mayores posibilidades existirán de que la cosa salga mal. La hibrístofilia es la tendencia a sentir atracción por individuos que han demostrado ser propensos a dañar a los demás. A modo de ejemplo, los delincuentes, asesinos y criminales en general pueden ser considerados un objetivo romántico o sexual justamente por su condición, por encontrarse al margen de la ley.

Sarah Miller:

La mecanofilia es un tipo de filia en la que se siente una gran atracción sexual hacia las máquinas, sobre todo hacia los autos o vehículos de cuatro ruedas. Lo que les atrae no es el mantener relaciones sexuales dentro o fuera del vehículo, sino que la máquina los excita, con el rugido de su motor, por su olor a nuevo, a gasolina. Por sus líneas deportivas.

Alice Moore:

La osmolagnia es una [filia](#) que consiste en la atracción o excitación sexual causada por olores que emana del cuerpo [humano](#), especialmente aquellos provenientes de las áreas sexuales. Cuando una persona se encuentra nerviosa y tensa en una conversación difícil tiende a sudar mucho y a hacerse más evidentes los olores del cuerpo humano. Lo que a la persona que se encuentra a nuestro lado puede resultarle sexualmente atractivo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a RM Madera por corregirme el libro fijándose en cada detalle, muchos de los cuales me han hecho reír un montón.

Gracias también a David Sicilia por la portada. Creo que es increíble, desde el principio captó lo que yo quería contar en la historia.

Además, quiero dar las gracias a mi padre por ayudarme con armas de fuego que utilizan en el ejército los grupos de asalto. A mi madre por preguntar a diario cuando acabo el libro, aunque ella sepa de antemano que no le gustará la historia. Y a mi hermana por dejar que la convierta en la mala del cuento o en víctima de un sádico asesino. Ni padre ni hermana me leen... pero habrá que quererlos igual.

Esta vez, ya no soy tan anónima como en la publicación de mi anterior aventura, y quiero dar las gracias a muchas más personas que me siguen día a día con mis ocurrencias y muñequito mostrando sus reacciones a lo que me ocurre.

Gracias por estar ahí.

Sobre la autora

¿Qué contar sobre mí?

Tengo treinta años. Acabé mis estudios en 2007. He trabajado en hostelería hasta que hice un módulo de tanatopraxia. Siempre me ha gustado leer: es un *hobby* que ocupa mucho tiempo de mi día a día. Tanto que me acabé preguntando si yo podría crear una historia tan bonita como las que leía... Y ¡aquí estoy!

El caso de Alice Stone: ¿desaparición, secuestro o asesinato? fue la primera que escribí. Ahora me lanzo a la piscina con Filias, una novela que me ha requerido mucha documentación y delicadeza a la hora de escribirla.

He de reconocer que ha sido una experiencia increíble.

Espero que os guste tanto como a mí.